

HARTO POBRE CABALLERO

Vida y obra del adelantado
Don Álvaro Núñez Cabeza de Vaca



Fanny Ustarroz

Harto pobre caballero

Vida y obra del adelantado
Don Álar Núñez Cabeza de Vaca



Ustarroz, Fanny

Harto pobre caballero. - 1a ed. - Buenos Aires : Fundación Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad - CICCUS, 2010.

176 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-1599-31-8

1. Literatura Argentina. I. Título

CDD A860

Fecha de catalogación: 30/06/2010

Diseño y armado de interior y tapa: Luciana Carbone

Ilustración de tapa: Elena Caranci

© Ediciones CICCUS

☒ Bartolomé Mitre 4257 PB "3" (C1201ABC)

☎ (54 11) 49 81 63 18

✉ ciccus@ciccus.org.ar

🌐 www.ciccus.org.ar

Primera edición: julio de 2010

Hecho el depósito que marca la ley 11723.

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro en cualquier tipo de soporte o formato sin la autorización previa del editor.



Impreso en Argentina

Printed in Argentina

Harto pobre caballero

Vida y obra del adelantado
Don Álar Nuñez Cabeza de Vaca

Fanny Ustarroz

A Fanny y a Carlos, que me dieron la vida y mucho más.

Agradecimientos

*A la Doctora María Estela G. de Fauve por haber accedido,
con su generosidad habitual, a supervisar la
Introducción de esta novela.*

*A mis amigos Marta E. de Fernández Longo y
Súlim Granovsky por la lectura del texto original.*

*A Elena Caranci por la recreación de la imagen de
Alvar Núñez Cabeza de Vaca que me regaló tiempo atrás
y que hoy ilustra la tapa de este libro.*

A Mario, Esteban, Paula y Manuel, por todo.

Introducción

Alvar Núñez Cabeza de Vaca nació en Jerez de la Frontera hacia 1492; no cualquier año para España, no cualquier año para su destino. Fue entonces cuando el muy católico matrimonio formado por los reyes Don Fernando de Aragón y Doña Isabel de Castilla pudo ver cómo, en el transcurso de unos pocos meses, caía el último reducto moro en la península ibérica, salían expulsados de sus tierras los judíos no conversos y los dominios de la corona se extendían sobre leguas y leguas de tierras cuya existencia se había ignorado hasta ese momento.

La pérdida de Granada en manos cristianas, significó para los moros (habitantes del norte de África, devotos del Islam), el fin de una historia que había comenzado ocho siglos atrás cuando, en el año 711, se había producido la invasión musulmana a Iberia. Una leyenda relataba cómo el rey visigodo Rodrigo violó a Florinda, llamada la Cava, hija del conde Don Julián, y de qué manera éste, para vengarse, había permitido el paso de los moros por el estrecho de Gibraltar, que él debía custodiar.

Guadalete fue el nombre de la batalla en la que los invasores vencieron definitivamente a los seguidores de Rodrigo, dieron muerte a éste y destruyeron su reino.

Rápidamente, los musulmanes extendieron sus dominios sobre toda la península y sólo hallaron resistencia en algunas regiones, particularmente en la cordillera cantábrica del norte de España, donde en el 722 un puñado de cristianos al mando de Don Pelayo obtuvo la primera victoria sobre los moros en la batalla de

Covadonga. En el momento en que dicha batalla se produjo, los mismos cristianos sólo la consideraron una manifestación de resistencia de los montañeses ante cualquier intento de invasión (como ya había ocurrido cuando, doscientos años antes de Cristo, las legiones romanas ocuparon España) y no un primer episodio de una empresa de recuperación del reino perdido. Recién cuando la tenacidad y la organización de los habitantes de aquellas montañas de Asturias lleve a buscar refugio en ellas a los antiguos miembros de la clase dirigente visigoda, Covadonga pasará a ser considerada la acción inicial de todo un movimiento de reconquista.

Poco a poco los enfrentamientos con los moros y la frontera entre ambas tierras enemigas se irán desplazando hacia el sur. León sucederá en importancia a Asturias y a León lo reemplazará Castilla. El nombre de esta región estará dado, precisamente, por la gran cantidad de castillos que en ella se construyeron para proteger a los cristianos de las temibles y devastadoras incursiones musulmanas (las aceifas) en las villas que se iban levantando a medida que el dominio cristiano se expandía. Era imperioso poblar el territorio que se iba ganando para afianzar el dominio sobre él. Por esa causa, y para incentivar la colonización, se ofrecieron garantías y privilegios, tales como la condición de hombre libre y la posesión de las tierras que se ocupaban, a todos aquellos que participaban en la reconquista. Con la espada se mataban moros y se obtenían hacienda y honor.

Entretanto los años pasaban y, en su transcurso, si bien por un lado se consolidaba la voluntad de desalojar a los musulmanes, por el otro se arraigaban las particularidades regionales. A mediados del siglo XII, la península se encontraba dividida en cinco estados, uno bajo dominio musulmán, al-Andalus, y cuatro en manos de cristianos: Aragón, Castilla, Navarra y Portugal. Será recién en el siglo siguiente, en el año 1212, cuando, con el triunfo de la batalla de Navas, la reconquista tome definitivamente las características de una cruzada en común del cristianismo contra el Islam y de una recuperación de un territorio por sus antiguos propietarios. Navas permitirá a Castilla tomar posesión de las tierras del valle del río Guadalquivir (sur de España), en tanto Portugal extenderá sus dominios hasta el Cabo Verde (extremo occidental de Europa) y Aragón ocupará Valencia, Murcia y la isla de Mallorca en el Mediterráneo. Perdidas estas tierras, a mediados del siglo XIII lo

único que restará del otrora poderoso al-Andalus es un pequeño emirato, el de Granada, que será el que finalmente se derrumbe en enero de 1492.

Isabel y Fernando obtendrán con esta última arremetida al escaso poder moro sobreviviente, la causa común que permitirá a castellanos y aragoneses sentirse partícipes de un destino común y de una identidad compartida. Paralelamente, la aristocracia representada por la alta nobleza organizada en "casas" (constituidas por la familia, las posesiones y las personas que estaban bajo la autoridad del noble que era cabeza de dicha familia) que ha debido replegarse en el plano político ante el poder de los reyes, permutará, junto a los caballeros e hidalgos pertenecientes a la baja nobleza, los campos de batalla por los despachos y escritorios de una burocracia que no dejará de crecer.

Pocos meses después de la rendición de Granada, los judíos no convertidos al cristianismo serán obligados a salir de España. Ya en el siglo XIV había comenzado la persecución de los seguidores de aquella religión en algunos lugares del país, circunstancia que llevó a que muchos de ellos se convirtieran al catolicismo y pasaran a engrosar las filas de los llamados "cristianos nuevos" por oposición a quienes no tenían antepasados judíos y eran, por lo tanto, "cristianos viejos".

La comunidad judía poseía muchos integrantes destacados en distintas profesiones (particularmente la médica), en el comercio y en las finanzas. Las posibilidades que estas actividades les proporcionaban permitieron su ascenso económico y en el siglo XV comenzaron a sucederse los matrimonios que unían a familias pobres de la nobleza con familias ricas de cristianos nuevos. El encumbramiento social que esto implicaba, sumado a los bienes que ya poseían, despertó la inquina de los cristianos viejos que ponían en duda la sinceridad de las conversiones y sospechaban que, dentro de las paredes de sus hogares, la mayoría de los judíos continuaban practicando los ritos de su religión original.

Para solucionar el problema, los Reyes Católicos decidieron crear un tribunal especial, el de la Santa Inquisición, cuya misión había de ser la de investigar los casos en los que existiesen dudas sobre la veracidad de la conversión y expulsar de España a quienes se les comprobase que seguían siendo fieles a la tradición judía. El tribunal creado estaba conformado por clérigos pero dependía del

Estado y paulatinamente fue ampliando su radio de acción hasta abarcar todo lo que estuviese relacionado con la defensa de la ortodoxia católica frente a los partidarios de la Reforma (movimiento cismático que, en el siglo XV, encabezó Martín Lutero quien se enfrentó con la Iglesia Católica a la que consideraba traidora de los principios del cristianismo y a cuya autoridad suprema, el Papa, desconocía), las sectas y demás prácticas consideradas heréticas.

Sin embargo, pese a que se suponía que la persecución de los cristianos nuevos sospechosos iba a calmar los ánimos y a mitigar el antisemitismo, tal cosa no sucedió y el 31 de octubre de 1492 se ordenó a todos los judíos no conversos que abandonaran la tierra española.

En la lucha por la reconquista, Castilla los había convocado para que la socorrieran, principalmente en el plano financiero. Finalizada la guerra, la búsqueda de la unidad nacional ya no pasó tan sólo por la unidad territorial sino también por la unidad religiosa. El otro fue expulsado (los moros también lo serán en el siglo XVII) y la antinomia cristiano viejo/cristiano nuevo continuó pero enmarcada dentro de una sola religión fundante de la identidad española.

En ese mismo mes de octubre se va a producir el descubrimiento de América por parte de los españoles. El viaje que llevaría al navegante Cristóbal Colón a descubrir un nuevo continente, fue el primero de los muchos que hacia aquellas tierras partirían desde Castilla.

Para 1492 España ya poseía naves capaces de atravesar los océanos y en Sevilla y en Cádiz los genoveses habían iniciado a la sociedad en los principios del capitalismo mercantil; elementos como las letras de cambio y los seguros marítimos eran conocidos por quienes se dedicaban a las actividades comerciales. En estas circunstancias apareció Colón y su idea de llegar al Asia navegando a través del Océano Atlántico. Desechada su propuesta por los portugueses, el navegante italiano se dirigió a Castilla donde los Reyes Católicos sometieron su proyecto a una comisión de expertos cuyo dictamen fue desfavorable. Pese a ello, unos meses después los monarcas decidieron financiar la expedición, concediendo a Colón el título de Almirante y Virrey de las tierras que descubriese y la percepción del diez por ciento de las riquezas obtenidas en ellas.

El 12 de octubre el navegante descubrió una isla del archipiélago de las Lucayas y después llegó a Cuba y a La Española. Regresó

a España en 1493 y luego hizo dos viajes más. A partir del segundo viaje ya comenzó el proceso de colonización. La reconquista había enseñado a los cristianos la importancia de consolidar el dominio de la tierra afincándose en ella. Sus nuevos propietarios estarían dispuestos a todo para defenderla.

En su reinado, Fernando e Isabel buscaron unir política y religiosamente a España y luego aprovecharon el destino, que obstaculizó la ruta de Colón atravesando en él un nuevo continente, para desplegar su proyecto imperial. Antonio de Nebrija ya lo vislumbraba cuando en abril de aquel increíble 1492 publicó la primera Gramática de la Lengua Castellana para que, al estar establecida sus normas, el idioma no desapareciera y con él, el relato de las hazañas de aquellos tiempos. Pero también, y entre otras consideraciones, la escribió para facilitar la enseñanza de la lengua en aquellos pueblos bárbaros que él entendía la corona llegaría a sojuzgar y que, como naciones vencidas, deberían aprenderla para conocer y acatar las leyes del vencedor. Como el autor explicitaba, en la Historia todo Imperio ha estado acompañado por una Lengua.

Pero en el año 1504, y como es costumbre entre los mortales, también a la poderosa reina le llegó el momento de su muerte y su hija Juana, quien padecía desórdenes mentales, quedó como heredera de la corona de Castilla en tanto Fernando retenía la corona de Aragón. Dada la discapacidad de Juana para gobernar, su marido, Felipe I el Hermoso, fue nombrado rey de Castilla en 1506 pero murió poco después de ser coronado como tal. Ante esta situación, Fernando asumió la regencia de Castilla y estableció que, al morir, se designara a Carlos, hijo de Felipe I y de Juana, para que la continuase. Carlos era nieto de Fernando por parte de madre y, por parte de padre, de Maximiliano de Hasburgo, quien regía el Sacro Imperio Romano (que comprendía Flandes, Alemania, el Franco Condado y Austria) y a quien Carlos aspiraba a suceder como emperador. Para lograr su propósito desconoció las disposiciones de su abuelo materno (fallecido en 1516)) y buscó y obtuvo que se lo nombrara rey de Castilla y Aragón, entendiendo que, para sus aspiraciones imperiales pesaba más el título de rey que el de regente.

El disgusto de los súbditos españoles ante un monarca que no conocía sus tierras y que, ya coronado, permanecía en los Países Bajos donde siempre había vivido, obligó a Carlos I a dirigirse a su reino. A poco tiempo de llegar, Maximiliano murió y Carlos se

ausentó nuevamente de España para ir a negociar (y comprar) los votos de los siete grandes electores que debían elegir al sucesor del emperador del Sacro Imperio, cuyo poder se basaba en la honra y el vasallaje de una serie de reyes, duques, condes, ciudades libres y obispados. La suma de todos ellos constituía el territorio del Imperio y su significado, totalmente medieval, otorgaba al emperador la decisión sobre los asuntos terrenales de los hombres mientras el Papa la ejercía sobre los espirituales.

Cuando el rey partió (1520) estallaron disturbios en varias ciudades y, poco a poco, la mayor parte del reino pareció sumarse a los rebeldes (los comuneros). En Castilla el movimiento tomó un sesgo de clara oposición a los Señores. Ante la situación de riesgo, Carlos I y los nobles se pusieron de acuerdo para defender sus amenazados privilegios. Entretanto, el rey de Castilla y Aragón obtuvo la corona que ansiaba y asumió la dignidad imperial como Carlos V; a partir de entonces rigió los destinos de Castilla (y los territorios dependientes de ella, Navarra y las Indias), Aragón, Nápoles, Sicilia, Flandes, el Franco Condado, Alemania y Austria. En febrero de 1522 la rebelión de los comuneros fue definitivamente aplastada y el emperador regresó a España en julio del mismo año.

Pero el velar por los intereses de sus extensos dominios hizo que, muchas veces, su política no coincidiese con lo que sus súbditos ibéricos esperaban de él. Así, en su carácter de emperador, debió enfrentar a los turcos que habían llegado hasta Viena; situación que no preocupaba a los españoles que sí veían comprometidos sus bienes por las excursiones que los mismos turcos llevaban a cabo en el Mediterráneo occidental. Por otro lado el rey de Francia, preocupado por la hegemonía del Imperio en Europa, multiplicó los enfrentamientos con Carlos; las tierras de Italia que por entonces pertenecían a España sirvieron de excusa para tales luchas. A su vez, la unidad de los territorios imperiales estaba amenazada por los seguidores de la Reforma y Carlos buscó neutralizarlos de distintos modos. La complejidad de estas cuestiones hizo que Castilla se viera comprometida a costear, con vidas y divisas, empresas que continuamente desangraban sus arcas. El oro del nuevo mundo alimentó las guerras del viejo.

En lo que hizo a la conquista del recién descubierto continente, ésta quedó en manos de la iniciativa privada. Los jefes de cada expedición eran quienes se encargaban de obtener los medios nece-

sarios para adquirir las naves, pertrecharlas y dotarlas de tripulantes. Al regreso del viaje, las utilidades se repartían proporcionalmente entre quienes habían invertido en él, excepto un quinto de las mismas que se reservaba para la corona.

Coherente con la política de los Hasburgo de potenciar el sistema de gobierno mediante Consejos, el Rey Carlos I creó el Real y Superior Consejo de Indias el 1º de agosto de 1524. Fue concebido como la más alta autoridad legislativa y administrativa (después del Rey) del imperio indiano. Entre sus funciones se encontraba la de nombrar un Juez de Residencia que era el encargado de llevar adelante el Juicio de Residencia a todo aquel funcionario indiano que terminara su desempeño como tal. Este juicio era obligatorio, y en su transcurso se sometían a revisión las actuaciones del funcionario y se escuchaban todos los cargos en su contra. A su término, el accionar de la persona juzgada podía ser considerado correcto o no. En este último caso, se lo multaba o, si el desempeño había sido particularmente desastroso, se lo inhibía para ocupar otro cargo público.

En cuanto al rey Carlos I (emperador Carlos V), renunció a su título de duque de Borgoña y soberano de los Países Bajos en 1555 y en 1556 entregó a su hijo, Felipe II, la corona de Castilla, Aragón, Sicilia y Las Indias (la de Nápoles le había sido otorgada como regalo de bodas). Acompañado por 150 cortesanos se retiró al monasterio jerónimo de Yuste (Extremadura) y allí falleció en 1558.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca (I)

Las olas se han calmado y el cielo es nuevamente azul. El barco no corre peligro de hundirse y la tripulación me mira azorada. Yo, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, me yergo ante ellos y los observo. El viento amaina su rugido y, como tantas veces, me pregunto cuál es la cifra de mi vida, aquélla que me permita entender lo que yo mismo ignoro.

He recorrido muchos caminos convencido de ser guiado por una estrella protectora y muchos he tenido luego que desandar sintiéndome perseguido por un destino funesto. Por más que lo he intentado, nunca he podido ver con claridad para qué he sido puesto en este mundo ¿Qué debo pensar? ¿Quién soy yo? ¿Acaso un elegido por Él para elevarme sobre mis desgracias y mostrar a través mío su infinita misericordia? ¿O sólo la triste encarnación de un fragmento de tiempo y espacio que aspira a honores y respeto y sólo encuentra fracasos y humillaciones?

Esta tormenta agita mis dudas. ¿El juicio de Dios ha dictaminado mi inocencia y, castigando a mis captores, los ha puesto al borde de la muerte para que reconozcan su malicia? ¿O es mi imaginación la que supone intención divina en lo que ha sido simplemente una situación más de peligro en la que me he visto envuelto?

La calma llegó cuando mis enemigos abrieron los grilletes con los que me habían cargado en Ascensión y me dejaron en libertad. El platillo parece inclinarse hacia la protección divina.

Jerez de la frontera

De acuerdo, Francisco, si tú y Teresa han decidido que su hijo lleve el apellido materno y no el paterno, yo nada tengo que decir.

-Pero padre, es el único de mis pequeños con el que honraré a la familia de mi mujer...

-Elección de ustedes es que Alvar Núñez sea un Cabeza de Vaca y no un Vera. Tal parece que se les antoja más honroso llevar el apellido de un pastor que el de un conquistador al servicio de la gloria de España. Hagan lo que quieran, tienen mi consentimiento pero no mi aprobación.

Pedro Vera terminó de hablar y se retiró de la habitación donde su hijo, callado y con la cabeza gacha, miraba el piso y maldecía el momento en que había tenido que venir a dar las buenas-malas nuevas del nacimiento de un nieto varón y de la promesa hecha a su mujer de bautizarlo con el apellido materno. Sabía, tenía muy claro, que a su padre poco y nada le iba a gustar la decisión pero no pensó que se sentiría desairado al punto de buscar lastimarlo mencionando el supuesto origen humilde de los Cabeza de Vaca. La leyenda según la cual fue el rey Sancho de Navarra quien autorizó el uso de tal apellido al pastor Luis Alhaja como recompensa por haber señalado, sobre el cráneo de una res, el mejor paso para atacar a los moros en la batalla de Navas de Tolosa, era conocida pero no probada. Por otro lado, no faltaban en aquella familia personajes prestigiosos como Luis Cabeza de Vaca, conde de Pernía y obispo de las Canarias o el mismo abuelo de Teresa, Diego Fernández de Zurita, quien fuera maestro de sala de Juan II y embajador suyo

en la corte granadina. Pero Pedro Vera no había dudado en herir a su hijo destacando las diferencias de linaje con su propia familia a cuyo brillo él había aportado su fama como conquistador de las islas Canarias.

Cuando Teresa vio llegar a su esposo, supo inmediatamente que su intuición había sido la correcta. Halagada por el ofrecimiento de Francisco de darle el apellido materno al recién nacido, no dejó de preocuparse por la reacción que tendría su suegro al conocer la noticia. Sin embargo, cuando transmitió sus temores a su marido, éste sólo contestó que nadie, ni siquiera su famoso padre, lo haría renunciar a una decisión que él juzgaba digna y justa.

Pequeño, pequeñito, déjame envolverte con mis brazos y no habrá mal que pueda contigo. No ha sido fácil para tu padre el negarse a la posibilidad de que fueras otro Vera y sólo lo ha hecho porque mucho me quiere pero, ¿sabes?, es preferible descender de un pastor y no de un lobo... Te miro y me sonríes, no puedo decir lo que pienso y quizás nunca pueda hacerlo pero, mi príncipe chiquito, un día crecerás y conocerás la verdad que hoy no entenderías ni podría yo revelar.

Teresa acunaba a su hijo ignorando que ni ella ni Francisco serían testigos de su vida. Ambos murieron siendo sus cuatro hijos muy pequeños y unos tíos que, como ellos, vivían en Jerez de la Frontera, se hicieron cargo de su crianza.

Alvar había nacido en aquella villa de España en un tiempo cercano al descubrimiento con el que Cristóbal Colón cambió el destino de Europa y de sus habitantes. ¿Sabría aquel navegante la profunda transformación que sus naves al volver acarrearían junto con los indios y los frutos de las nuevas tierras? ¿Podría prever el caos de gente, de mercancías, de dinero y de lenguas, de malhechores y de valientes, que iba a derramarse por los caminos y por las calles de tantas ciudades españolas? ¿Imaginaría al Guadalquivir deslizándose hacia el Océano y depositando en él barcos y barcos llenos de codicia y de ansias de revancha hacia la vida?

La placidez de su pueblo natal enmarcaba mientras tanto los sueños y la tristeza del niño huérfano. De sus padres no tenía recuerdo alguno, sus hermanos mayores contaban historias sobre ellos pero, pese a la atención con que los escuchaba, nunca se despertó en su memoria el más mínimo eco.

Jerez era, para él, la frescura de las bodegas, el verde de las viñas y los paseos hasta el río Guadalete. La frontera a la que aludía el

nombre de la villa era el lugar donde se separaban, pero también se unían, dos culturas, la musulmana y la cristiana. Así, sobre una antigua mezquita se elevaba la torre de la iglesia católica de San Marcos, el Alcázar construido por los moros para defender a la ciudad era ocupado por entonces por los gobernantes de los cristianos y todas las calles mostraban idéntica confusión de músicas, aromas y comidas de los dos pueblos. Con el tiempo, transcurrir por lugares de encuentro y diferenciación entre el nosotros y el otro se convertiría en una recurrencia en la vida del aún pequeño Alvar

Su renombrado abuelo Vera también vivía en Jerez pero el nieto, ya adulto, conservaría de él muy pocos recuerdos pues falleció cuando el niño tenía alrededor de seis años. Una barba canosa y unos ojos que el tiempo no había apagado y que semejaban dos lagos de agua oscura siempre al borde de la tempestad, era todo lo que de su rostro quedaba en su memoria. También lo suponía muy alto pero en ese entonces todos los adultos le parecían enormes dada su propia pequeñez. Lo sabía serio y de pocas palabras, articuladas siempre en voz baja y autoritaria. Los nietos lo miraban desde lejos, orgullosos de su parentesco pero intimidados por la pátina de eternidad que parecía recubrirlo y Alvar siempre supuso que, más allá de la temerosa obediencia generalizada, él era quien más dificultades tenía para acercarse a don Pedro. No era equivocada su percepción, su abuelo nunca se vio atraído por el chiquillo. No sólo se trataba del problema que planteó su apellido; el parecido físico y anímico con su madre se hacía evidente a medida que iba creciendo y Vera y Teresa Cabeza de Vaca se habían respetado pero no se habían querido.

El viejo conquistador era una estatua viviente y como tal se comportaba ante los demás; sin embargo, sin embargo...su nieto recordaba aquel momento en todos sus detalles, tal vez por lo extraño de la situación.

Habían ido de excursión con toda la familia a orillas del Guadalete. Mientras los adultos comían y charlaban, los niños reconstruían la batalla en la que los cristianos perdieron España a manos de los moros pero, por supuesto, haciendo que el rey Rodrigo saliese de ella vivo y triunfante. El abuelo se acercó a observarlos, cortó una rama de un árbol que allí crecía y comenzó a pelear apoyando al campo cristiano. Los nietos lo miraron azorados y detuvieron el juego, él entonces sonrió y dijo:

-¿Es que ya no queréis defender el honor de España?

Sus palabras lograron rearmar con presteza una batahola que sólo concluyó ante la cobarde huida de aquellos a quienes la suerte había elegido para representar a los infieles. Precisamente entre ellos se encontraba Alvar quien, en el transcurso de la lucha, cruzó su rama-espada con la de su abuelo, sin acobardarse por la talla de su enemigo. Don Pedro, sorprendido por la actitud, no pudo dejar de preguntarse si aquello era sólo osadía o tal vez la expresión del rencor que le provocaba el saberse marginado por su abuelo. En cualquiera de los dos casos el temperamento del pequeño lo sedujo y no quiso dejar de reconocerle el mérito.

-¡Honor al valiente moro!, gritó, mientras clavaba la punta de su arma en el pecho agitado del niño.

¡Qué regalo inesperado para el caído! ¡Qué orgullo ser reconocido por el conquistador y Gobernador de las islas Canarias! ¡Cómo hubiese deseado ser un Vera más! ¡Cuánta gloria heredada por sus hermanos y negada a él!

En el jardín de sus tíos, y librado a su propio esfuerzo, su espada de madera cortaba ramas y hacía caer las hojas mientras se adentraba por nuevos caminos y descubría escondidos rincones. Los arbustos, selvas; las acequias, ríos; todo se transformaba para dar testimonio al mundo de su decisión y arrojo. No existía enemigo ni paisaje que pudiese menoscabar su valor. Dios lo amparaba, España lo requería y los hombres todos no cesaban de relatar sus hazañas asombrosas y de aclamar su nombre. Montado en un imaginario caballo (más ligero que Pegaso, más intrépido que Babieca) devoraba leguas en pocos segundos y cruzaba aldeas con sus habitantes reunidos para aclamarlo y gritar su nombre al sol.

Cuando de tan altos cielos bajaba, las burlas de sus hermanos por no ser poseedor del ansiado apellido, se resolvían en insultos y puñetazos; Alvar no podía dejar de sentirse el diferente de su familia. Le costaba un gran esfuerzo perdonar a sus padres el no haberlo bautizado como un Vera más pero se sentía capaz de lograr que el Cabeza de Vaca materno adquiriese su propio esplendor.

Para conseguir su propósito decidió dirigirse a Sevilla, la gran ciudad que le permitiría cumplirlo y evitar ser un olvidado más en su olvidada villa natal. Familiares de su madre le posibilitaron entrar al servicio de la casa de los duques de Medina Sidonia (los poderosos Guzmanes) quienes habían sido enemigos acérrimos de

Pedro Vera. Ningún obstáculo significó esta situación para Alvar Núñez; con el tiempo había conocido hechos de su antepasado que lo alejaron de cualquier ensoñación que lo tuviera como protagonista. Su crueldad con los nativos de las Canarias, las violaciones y los vejámenes que hizo padecer a las mujeres, el haber vendido a la población como esclava, se le ocurrían acciones imposibles de perdonar. La sangre inocente que su abuelo derramó, la sentía caer sobre sí y se creía obligado a lavar una culpa que no por no buscarla era menos sufrida. El hijo de Teresa había llegado a la misma conclusión que su madre, ningún linaje es peor que el de un lobo.

Sevilla

Desmontó de su caballo y miró deslumbrado a su alrededor. Sevilla, desplegada sobre el río Guadalquivir, se ofrecía a él con sus ostentosos palacios, sus casas con jardines cuidados, sus fuentes frescas, y sus flores, y sus colores.

Alvar sabía que los duques de Medina Sidonia, a quienes iba a servir, habían vencido a la casa con la que rivalizaban en poder en Sevilla (la casa de Arcos) y que desde entonces, y apoyados por el rey Fernando de Aragón, se habían convertido en los verdaderos amos de la ciudad. Sin embargo nunca, hasta verlo, había imaginado que tantas fincas, tantos edificios y tanta riqueza pudieran tener un único dueño.

Al dirigirse hacia la entrada de la magnífica residencia de los duques, un criado se adelantó hacia él y le preguntó su nombre

-Soy Alvar Núñez Cabeza de Vaca y vengo desde Jerez de la Frontera a presentar mis respetos y a ponerme a disposición del señor duque.

-Sígame caballero; su tío, el conde de Pernía, me ha enviado para que lo acompañe ante su señor.

Así diciendo, el criado tomó el bolso que Alvar portaba y, una vez que les fue franqueada la puerta, lo acompañó junto a un criado del palacio hasta un amplio salón donde el duque los aguardaba. Ambos criados se retiraron haciendo reverencias y el señor de la casa así habló

-Bienvenido Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Celebro tener a mi servicio al sobrino del obispo de las Canarias. Si las referencias no

engañan, sé que de hoy en más, podré confiar en tu inteligencia y coraje para lo que sea menester.

-Su Señoría, soy yo quien celebra el entrar a su servicio y espero que las circunstancias me permitan probar rápidamente la validez de las palabras de quienes han tenido la deferencia de recomendarme.

Poco más se dijeron señor y servidor e inmediatamente éste fue conducido a sus habitaciones por un criado. La mención que el duque hiciera de Luis Cabeza de Vaca no como conde de Pernía sino como obispo de las Canarias (que al ser nombradas evidenciaban más la omisión de cualquier referencia a su abuelo paterno) lo hizo sonreír. Por primera vez en su vida se encontraba en un lugar donde el apellido materno era honrado y, paralelamente, el paterno era ignorado hasta su total silenciamiento.

Desempacó las pocas pertenencias que consigo traía y, maravillado por las grandes dimensiones de las distintas habitaciones, por los hermosos mármoles sobre los que caminaba y por las ricas vestiduras que adornaban las paredes, comenzó a pasear su asombro pueblerino por el palacio ducal. En sus lujosos salones habría de tratar con nobles, ricos comerciantes y muchos bibliófilos que se acercaban a conocer la biblioteca de su señor o a ofrecerle algún raro códice que habían hallado. Alvar jamás había visto obras como aquellas, con sus encuadernaciones magníficas, con adornos de oro en sus tapas, con fantásticas ilustraciones en sus letras capitulares y en el texto en general. Los volúmenes iluminados, aquellos que sobre sus diseños llevaban laminillas de oro y plata, llamaban particularmente su atención y pasaba el tiempo entre ellos deslizando sus dedos por las cubiertas y sus ojos por sus páginas.

Pero el joven no tenía más de 20 años, su curiosidad por conocer el lugar donde ahora vivía no se agotaba con aquellas incursiones por la opulenta biblioteca y, en cuanto tenía ocasión de hacerlo, salía al mundo real a recorrer Sevilla. Le gustaba internarse en ella y perderse por el antiguo barrio judío, ese laberinto de calles, plazas escondidas y patios encalados y floridos que se replegaba sobre sí mismo buscando escapar de los rayos despiadados del sol. En tanto lo recorría no podía dejar de pensar en las esperanzas de quienes lo construyeron y en su dolor cuando se vieron obligados a partir. *Si por mi propia voluntad, meditaba, abandoné Jerez e igual me resultó difícil la partida ¿qué habrán sentido ellos al abandonar todo (lugares, objetos, trabajo, estudios) para dirigirse hacia no sabían dónde en un para siempre*

sin retorno? ¡Cuántos llantos y cuántas maldiciones aún temblarán dentro de estas paredes! ¡Qué tristezas no acumularán sus rincones!

Sus paseos también lo llevaban con frecuencia a las calles del centro de la ciudad, donde la alta nobleza y los comerciantes enriquecidos mostraban al mundo el poder del dinero que les había permitido construir sus enormes residencias. Recorría el barrio de los profesionales y los burócratas y se detenía a observar la mercadería que diversas tiendas ofrecían. En ocasiones, sus paseos lo llevaban hasta el Corral de los Olivos o hasta el de los Naranjos, punto de reunión del hampa sevillana, o, más allá de las murallas, hasta el barrio del Arenal, sus criminales y sus putas.

Truhanes y caballeros, cristianos, judíos y moros, se cruzaban y mezclaban por aquí y por allá. Lo más selecto de la delincuencia española se había volcado en Sevilla. Ladrones, falsos lisiados y rufianes se disimulaban entre moros empobrecidos, que trataban de sobrevivir cuidando jardines y vendiendo comida en las calles. Gente sin trabajo que había llegado a la ciudad también la recorría buscándolo inútilmente, junto a ellos se multiplicaban los mendigos que prolongaban sus miserables vidas acudiendo a la caridad ajena. Por toda la ciudad se derramaban artesanos y burócratas, campesinos y comerciantes genoveses y españoles; todos gritando, todos apurados, todos tratando de no perder en alguna esquina los sueños de riquezas y poder que los hermanaban.

Alvar caminaba entre ellos pero no se creía uno más. Los desdénaba por su baja cuna y por la mezquindad de sus pequeños sueños. Tampoco se podía pensar un igual con los Grandes, como los Medina Sidonia, pues se sabía muy inferior en posesiones y conocimientos. En cuanto a los otros servidores del duque, si bien sus orígenes eran similares a los del jerezano, la competencia en la que vivían, buscando ser cada uno de ellos el favorito del señor, le molestaba y le parecía indigna. Sus compañeros eran sensibles al alejamiento del joven y, por juzgarlo orgulloso los unos y rústico los otros, respondían con un distanciamiento simétrico. Sólo uno de ellos, Fernando de Molina, caballero de la villa de Carmona y, por lo tanto, también él criado lejos de la gran ciudad, compartía en parte sus dificultades de adaptación a la sociedad urbana y buscó acercársele. Sin embargo, Antonio pronto comprendió que el aislamiento de Alvar iba más allá de sus diferencias con los sevillanos y llegó a ser su compañero pero nunca su amigo.

En aquel entonces, a veces solo y otras veces acompañado por Fernando, eran frecuentes sus visitas al Compás (un burdel del Arenal) pero nunca disfrutó demasiado montando esos cuerpos manoseados, con sus ojos sabedores de tantas miserias y sus bocas escupidoras de tantas groserías. Una sola entre muchas prostitutas, Dolores, le enseñó que estar con una mujer era algo más que abrirle las piernas. Ella era muy vivaz, todavía hermosa, y el jerezano se hizo la historia de la inocencia escondida que le permitió gozar como jamás antes lo había hecho. Está claro que de los dos, el único inocente era el joven y, más temprano que tarde, tomó conciencia de su ceguera. Pese a ello, y aunque no frecuentó más aquel barrio extramuros, toda su vida encontró, en algunos ojos negros que se cruzaron en su camino, una chispa que lo hizo volver a tener veinte años, la sangre caliente y la esperanza intacta.

Para entonces, Alvar había adquirido ya las características físicas que conservaría en toda su adultez. Era alto, muy delgado y tenía negras la cabellera y la barba. Sus ojos eran oscuros, sus labios finos y su nariz pronunciada. Tanto sus gestos como su voz transparentaban su cuna y educación y él ponía especial cuidado en que ambas quedaran siempre en evidencia. Sabía tratar con hombres de cualquier origen pero no deseaba que nadie confundiera el suyo.

Cuando habían pasado unos pocos años de su llegada, y siempre al servicio del duque, debió cumplir con el servicio militar y marchó a Italia como parte de las tropas que se dirigían a defender al virrey de Nápoles, Ramón Cardona, y al Papa Julio II, de los ataques de los franceses¹. Los enfrentamientos se sucedían continuamente y Alvar participó en el sitio de Bolonia y en la batalla de Ravena.

Al regresar a España, Cabeza de Vaca debió enfrentar a los comuneros que en Sevilla, y bajo las órdenes de Juan de Figueroa, llegaron a tomar el Alcázar de la ciudad. Junto a otros servidores y criados del duque de Medina Sidonia, rescató el edificio y ayudó a

¹ El conflicto en el que iba a participar se remontaba a 1494 cuando los soldados franceses invadieron Nápoles y se apoderaron del lugar sin demasiadas dificultades. En ese momento, los Reyes Católicos lograron aliarse con Venecia, Génova, Milán, el Papa, el Emperador e Inglaterra y derrotaron a Francia conquistando Nápoles y designando allí a un virrey.

capturar al jefe de los rebeldes. Su experiencia bélica le confirmó que no era la guerra el camino que debía seguir para obtener la gloria. Tanta sangre vertida, tanto cuerpo destrozado, tanta cabeza rodando, lo convencieron de buscar algo más que pasar la vida introduciendo la espada en la carne ajena y evitando, a su vez, ser la vaina del arma de otro.

El jerezano se decía:

Por la época en que he nacido, no he podido ser parte de las luchas contra los moros junto a los cristianos que restablecieron un reino y glorificaron una fe. En la primera guerra en la que he participado lo que se buscaba era revalidar los títulos de España sobre territorios que me eran lejanos y a los que sólo con mi razón reconocía como propios de la corona. En el segundo enfrentamiento, mi arma debió levantarse contra hombres a los que juzgo equivocados pero que eran tan españoles como yo mismo. Quizás mis sentimientos respecto a la guerra habrían sido muy distintos si Dios y las tierras donde vivieron mis antepasados hubiesen sido los que me llamaran, pero esto es sólo especulación; ser soldado no será mi destino.

María

T tiempo después de su regreso a Sevilla, Alvar Núñez Cabeza de Vaca tomó por esposa a María Marmolejo, una joven mujer que había conocido poco antes de viajar a Italia.

Hoy Álvár Núñez me propuso matrimonio. Recién llegado de Italia, pidió permiso para visitarme y esta tarde lo recibí. Al entrar en la sala se acercó a mí, tomó mis manos entre las suyas (tan finas, tan fuertes) y me juró que el mayor dolor que le podría haber acarreado el morir en la guerra hubiese sido el no verme nunca más. Me aseguró que, en ese momento en el que me tenía frente a él, sus ojos sólo deseaban no volver a la oscuridad que había significado mi ausencia y que por eso me pedía que fuera su esposa para que a su vida jamás le faltara luz. Yo, que lo sabía mi amor desde el día en que Fernando de Molina lo trajo a una fiesta en mi casa, traté de explicarle que también mis ojos ansiaban verse reflejados para siempre en los suyos pero, antes de poder terminar de hablar, Alvar me abrazó, me besó y juntos fuimos a buscar a nuestros padres quienes ya dieron su aprobación y bendijeron nuestra unión.

¡Dios mío, estoy tan contenta!, sé que me hará feliz y yo haré todo para que él también lo sea. Es tan tierno, tan gentil, tan inteligente, que estoy segura de que la vida que compartiremos será una dulce vida.

Los futuros esposos se habían conocido poco antes de la partida del jerezano para cumplir con el servicio militar. María Marmolejo era hija de un rico comerciante perteneciente a una familia de judíos conversos y había sido educada de acuerdo con las muchas posibilidades que el dinero permitía. En aquella época, y a partir del ejemplo dado por la reina Isabel de Castilla que estudió latín con

una mujer (Beatriz Galindo), la nobleza y la alta burguesía comenzaron a preocuparse por dar a las niñas igual acceso al conocimiento que el que tenían sus hermanos. María no sólo sabía leer y escribir en latín y en el naciente idioma castellano sino que, además, frecuentaba libros de historia, filosofía y literatura. Reflexionaba con Aristóteles y se entretenía con el romancero.

De aspecto sereno, parecía manejar con calma las riendas de todas sus emociones; cuando se alteraba, sus manos blancas se movían nerviosas subrayando sus palabras, pero siempre mantenía el tono de voz bajo y el decir delicado. Cuando Alvar Núñez la vio en los salones de los Marmolejo, inmediatamente llamaron su atención la belleza de sus ojos negros (¿parecidos a los de Dolores?) y el halo de serenidad y de confianza en sí misma que la acompañaba. Él, que desde pequeño se había sentido incómodo con los demás, acababa de conocer a una mujer que parecía poder dudar de muchas cosas pero no de ella misma ni del lugar que ocupaba. Las diferencias acercan, y si la seguridad de María fue la que sedujo al jerezano, la fragilidad interior que adivinó en Alvar fue la que enamoró a María.

El día que ella aceptó compartir con él su vida, el futuro esposo tuvo la certeza de que esa mujer iba a saber custodiar su hogar y que cada vez que él regresara encontraría el fuego prendido y la mesa preparada. Poco le importaron las objeciones que escuchó por ser ella cristiana nueva en tanto la suya era una familia de cristianos viejos. Sabía que en este mundo, la casa de los Medina Sidonia siempre había mantenido buenas relaciones con los conversos y estaba convencido de que, en el otro mundo, Dios no poseía una mirada que pudiese ser detenida por barrera alguna de raza o religión. El Señor observaba en lo profundo del corazón del hombre y allí detectaba la presencia o la ausencia de bondad; nada más contaba para Él.

Casado ya e instalado en Sevilla, siempre al servicio del duque, le fue encomendado el control de la vigilancia de una de sus puertas de acceso.

Una mañana de tantas otras, un terrible griterío se extendió por toda la ciudad; al escucharlo, Alvar salió a la calle y pudo ver a centenares de vecinos que, dando voces y persignándose, se dirigían hacia el puerto. Allí, balanceando su despojado esqueleto sobre las aguas del Guadalquivir, se encontraba la *Victoria*, la nave que

había formado parte de la flota que, al mando de Hernando de Magallanes, había zarpado de Sevilla tres años atrás rumbo a las Indias. Apenas un esbozo, un desdibujado recuerdo del barco que partió, llegaba ahora reflejándose en las espantadas pupilas de la muchedumbre que se había reunido en el muelle. Las velas destrozadas, el maderamen podrido, los dieciocho sobrevivientes deambulando sobre la cubierta...ni el sol sevillano podía dar vida a esos despojos que frente a ellos flotaban y que arrastraban el dolor como una vela desflecada más. Pero no sólo el sufrimiento y la muerte los rodeaba, una hazaña imposible de olvidar acompañaba a todos los integrantes de aquella patética aparición; eran los primeros navegantes que habían logrado dar la vuelta al mundo, aquellos que, recorriendo leguas y leguas de mar, habían arribado al mismo lugar desde el cual habían partido. Alvar rápidamente comprendió que no habría nada que pudiese oscurecer esa gloria; los tripulantes de la *Victoria* y su capitán Sebastián Elcano, habían entrado en la Historia en el mismo momento en el que entraron al puerto con su nave.

Ese barco y su destino, instalaron una idea que fue creciendo dentro suyo. Una sola vía existía para que alcanzase el reconocimiento que siempre había soñado, un mundo nuevo había aparecido en el horizonte y hacia él debía dirigirse; allí le esperaban las aventuras que permitirían dar a conocer su heroísmo y las tierras que conquistaría para la corona engrandecerían a los reyes y a él mismo. No ignoraba que desde el soberano hasta el último mendigo, todos anhelaban los cargamentos de oro y plata que traían los barcos. Pensaba:

Carlos I los necesita para sostener en Europa la auténtica fe católica frente a los cismáticos seguidores de Lutero, combatir al turco y vencer a Francia; los grandes y poderosos los desean para aumentar el boato que rodea sus vidas y los más miserables buscan con ellos asegurarse el pan...y la envidia de los demás. A mí, por el contrario, si llegase a ser quien trajera aquellos cargamentos, sólo me importaría ser conocido y respetado por todos y ver aumentada la fama y el honor de mi apellido.

El jerezano no despreciaba la riqueza ni las comodidades que ella otorgaba, le gustaba vivir con dignidad y siempre creía haberlo hecho a la altura de su linaje pero, porque sabía que lo tenía, no aceptaba asimilarse a la codicia que a su alrededor crecía.

No poca resistencia opuso María a los propósitos de su marido. Él, que le había propuesto matrimonio para tenerla siempre cerca,

que había jurado que sus ojos no soportarían su ausencia ¡ahora pretendía abandonarla y probar suerte en una tierra desconocida y poblada de quién sabe qué peligros y criaturas!

-Poco honor haces a tus palabras, Alvar. Parecería que alejarte de mí es mucho más fácil y hasta deseable que lo que has sostenido el día en que acepté ser tu esposa.

-María, amor mío, entiéndeme como sólo tú puedes hacerlo. Sabes que siempre soñé con alcanzar fama y gloria y que mal podría lograrlo al mando de quienes vigilan una de las puertas de Sevilla. Te amo y te doy mi vida pero poco valor tiene ésta si yo mismo la desprecio.

-¡Por favor, no hables así!, conozco como piensas y qué deseas pero me aterroriza pensar que por justificar esa vida termines perdiéndola...y a mí con ella.

-No puedes negarme la posibilidad de intentarlo, de lo contrario terminaré odiándote a ti por la exigencia y a mí por haberte escuchado.

-Está bien, esposo mío, cúmplase tu deseo pero nunca olvides que no eres tú sino nosotros los que nos embarcamos. Cuidarte será cuidarme, morirte será matarme. Ve a buscar tu destino pero no olvides que yo soy parte de él.

Pocos días después, supo Alvar Núñez que Pánfilo de Narváez preparaba una expedición para conquistar nuevas tierras al noreste de las de Nueva España (actual México)) y allí se alistó con el cargo de Tesorero y Alguacil mayor.

Primer Viaje

La flota al mando de Narváez zarpó el 17 de junio de 1527. Cinco naves y seiscientos hombres con el puerto de Sanlúcar empuqueñeciéndose a sus espaldas, en tanto frente a ellos se extendía y ampliaba el mar que debían atravesar.

Fue el primer encuentro de Alvar con el océano y nunca lo hizo su amigo; su enorme extensión, los abismos que sus olas encrespadas insinuaban, la debilidad de las naves y la violencia de las tormentas, subrayaban la situación de fragilidad y el jerezano siempre había odiado todo lo que lo colocara en circunstancias tales.

Tanta pequeñez de los barcos en relación a la inmensidad del mar, tanta pequeñez de sus tripulantes frente a ese puro derroche de agua y cielo, tanta pequeñez de sus vidas ante tanta metáfora de la eternidad, todo los unía y tejía lazos de camaradería que vencían en aquellas almas cualquier sentimiento de soledad. Cuando las tempestades los alcanzaban, cuando el viento silbaba entre las velas y hacía crujir el maderamen, oficiales y marineros trabajaban hombro con hombro para sacar al navío de la situación de riesgo. Cuando el peligro desaparecía, oficiales y marineros celebraban la alegría de estar vivos y poder continuar su ruta hacia las lejanas tierras a las que cada uno les daba la forma y el color de sus sueños.

Entre los tripulantes que allí se habían embarcado había uno, Estebanico, que era un moro negro, burlón, que tocaba el tamboril y gustaba de narrar cuentos. Cuando lo hacía, su voz grave trepaba por el palo mayor y desde allí descendía cargada de aldeanas putas, curas glotones y viejos flatulentos. Toda la tripulación apreciaba a

Estebanico y festejaba a carcajadas sus historias, el negro reía también y, cuando se cansaba de su oficio de cuentista, retomaba el de tamborilero. Al escucharlo, Alvar paseaba nuevamente por las calles de Jerez de la Frontera alucinando los colores y los aromas que habían acompañado su niñez.

Al llegar finalmente a Cuba, los sentimientos de enemistad que en su alma había hecho crecer el mar se convirtieron en presagio. El cielo se oscureció, las aguas turquesas palidecieron y un fuerte viento que doblaba las palmeras y hacía crujir las naves, pronto se convirtió en huracán. Ante sus ojos atónitos se destruyeron las casas y la iglesia del poblado en el que habían fondeado y muros de agua salada se derrumbaron sobre los navegantes y arrastraron a las profundidades a dos barcos y a sesenta hombres. Cuando la tempestad pasó, maderas quebradas, hierros retorcidos y cadáveres hinchados flotaban alrededor de las carabelas. No se podía decir que el nuevo mundo los recibía con los brazos abiertos, más parecían garras sangrientas las que les mostraba, y por primera vez, sintieron la hostilidad de aquellas tierras hacia los que venían a conquistarlas.

La frecuencia con que se sucedían las tormentas y la necesidad de adquirir provisiones, los llevaron a permanecer en la isla hasta mediados de febrero de 1528. Recién entonces partieron hacia las nuevas tierras y las grandes riquezas de un reino que suponían los esperaba en La Florida y al que llamaban El Dorado.

¡La Florida!, una tierra con un nombre tan prometedor de bienestares y tan avara para dispensarlos. Jamás pudieron imaginar lo que allí les esperaba, pero la rueda de la fortuna había girado y, para su mal, la suerte ya estaba echada.

Al poco tiempo de llegar, y contra lo que el jerezano sostenía, Narváez decidió dividir a los hombres en dos grupos, uno que se quedaría en los barcos para dirigirse por mar hacia el norte, y otro, constituido por trescientos hombres, que iría bajo su mando en igual dirección pero por tierra. La idea del gobernador (que tal era el título con que el rey había honrado a Narváez) era que ambos grupos se reencontraran más adelante. La objeción de Alvar se basaba, precisamente, en lo dificultoso de que tal cosa sucediera dado que desconocían la geografía en la que tendrían que moverse. Ante su desacuerdo, se le ofreció quedar al mando de uno de los barcos pero el ofrecimiento fue rechazado. Él podía plantear la irra-

cionalidad de una decisión y evaluarla como suicida, pero nunca dejaría que se pusiera en duda su valor para afrontar cualquier situación por adversa que ella fuera.

Embarazados con botas y armaduras comenzaron a marchar por terrenos de tierra y arena acribillados de lagunas que debían atravesar, a veces con el agua al cuello, tratando de no confundir las serpientes venenosas que por allí pululaban con las raíces de los numerosos árboles caídos. Las armas que llevaban a cuestas llagaban sus espaldas y el sol brillante les calentaba el seso. El cansancio, el hambre y la sed los vencían y los indios del lugar convertían su vida en un infierno...y a él enviaron a muchos de ellos.

El paso era cada vez más lento y el desaliento cada vez mayor. En vano se acercaban a la costa y oteaban el horizonte en busca de las naves y de sus compañeros, sólo el agua turquesa y el resplandor blanco del cielo los recibía. Años debieron pasar para que Alvar llegara a saber que los barcos de su expedición, que se habían comprometido a seguirlos y a los cuales esperaban desesperadamente, habían equivocado su camino. Desesperando de encontrar a quienes habían continuado por tierra, los oficiales habían decidido finalmente dirigirse a Nueva España donde sus compatriotas dieron por perdidos a todos los demás.

A los sobrevivientes de La Florida, la mala vida los había diezado y el que no moría flechado lo hacía por enfermedad. La situación era desesperante; continuar en aquellas tierras sin alimento y sin agua era imposible, alejarse aparecía como la única oportunidad de salvarse. Pero ¿cómo hacerlo? Se decidió entonces que la única opción era construir unas naves y con ellas dirigirse al oeste en busca de las tierras ya conquistadas por España; en sus condiciones, intentar la búsqueda de El Dorado o su eventual conquista, era grotesco.

La empresa parecía muy difícil de poder concretarse, los pocos que quedaban en pie estaban desfallecientes. Famélicos y tiritando por el frío y la fiebre, martillaban, cortaban y ataban; cada clavo un esfuerzo, cada movimiento una tortura. Los cuerpos doloridos sólo pedían descanso y eso era lo único que no podían darle pues todos estaban convencidos de que su salvación dependía de lograr alejarse de aquel paisaje fatal. Pero lo que su mente comprendía el cuerpo lo negaba y continuamente debían luchar contra ellos mismos para no tirarse en la playa y dejarse morir.

Para colmo de males, ninguno de los que allí estaban había construido jamás un barco y carecían no sólo de experiencia sino también de materiales para hacerlo. Con el hierro de ballestas, estribos y espadas fabricaron clavos, sierras y hachas; las hojas de las palmas sirvieron como estopa y uniéndolas a crines y colas de caballo armaron las cuerdas. Las camisas fueron velas, con pequeños árboles hicieron los remos y, por último, mataron a los pocos caballos que aún sobrevivían para desollar sus patas y poder llevar el agua en botas.

Finalmente la extraña flota estuvo terminada y, antes de hacerse a la mar, los tristes restos de lo que había sido la magnífica expedición de Narváez se reunieron a su alrededor y rezaron a Dios pidiendo su protección. Cuando terminó la oración, subieron a las cinco naves y comenzaron a deslizarse a lo largo de la costa. Las embarcaciones eran frágiles y tan mínimas que, una vez dentro, sus tripulantes no podían moverse. Alvar Núñez había sido designado por Narváez para ir al mando de una de ellas.

Al tiempo de navegar el hambre los ganó y, para aumentar sus males, las botas donde llevaban el agua debieron ser arrojadas por la borda pues se habían podrido. La sed era intolerable y pese a que encontraron algunas islas en su ruta, quiso su triste suerte que muchas de ellas careciesen de agua o que, aquellas que la poseían, estuviesen habitadas por indios belicosos que los obligaron a continuar el camino. Algunos de los tripulantes, enloquecidos por la falta de agua, se tiraron al mar y murieron en él; los demás continuaron esperando que Dios o el azar, que a veces parece relevarlo en sus funciones, amaneciera mejores días sobre ellos.

Pero una tormenta más de las muchas que debieron enfrentar, terminó dispersando a la flota y las tinieblas devoraron a los barcos y los volvieron invisibles entre sí. Alvar y sus hombres fueron a dar a una isla donde encontraron indios amigables que les trajeron desde su aldea agua y comida.

Para entonces, ¡qué imagen tan deshilachada la de aquellos conquistadores!, ¿dónde las frentes erguidas, las armaduras brillantes, las armas prestas?, ¿por qué podían luchar, más allá que por sus propias vidas? Menos de un año había transcurrido desde que partieran de España y ya se habían convertido en los pálidos fantasmas de sí mismos.

Con el estómago tranquilizado por las provisiones que aquellos indios les trajeron, habiendo cesado los calambres que el hambre

provocaba y saciada ya la sed, el coraje se renovó. Decidieron que la tormenta que agitaba al mar no los detendría y continuarían el viaje pese a ella. A todas luces la decisión fue equivocada e imprudente, pero, para ese entonces, estaban tan cansados de que las circunstancias eligieran por ellos que dispusieron todo para que, por esa vez al menos, la opción les perteneciera.

Apenas se habían alejado unos metros de la costa cuando una gran ola los alzó y envió nuevamente a la playa destrozando totalmente la nave y ahogando a tres hombres. Comprendieron en ese momento que debían despedirse del sueño de llegar navegando a Nueva España, era su destino quedarse en esas tierras y, contra él, nada podían hacer.

El norte del nuevo mundo

Cuando el nuevo día amaneció, triste fue el espectáculo que se vio en la playa. Desperdigados por la arena yacían los cuerpos de los sobrevivientes. Desnudos como nacieron y perdido lo poco que para entonces les quedaba (que siendo poco era mucho para ellos), la total ausencia de ropas ponía su escasez al descubierto; los ostensibles huesos y la lastimada piel que los recubría, violácea por el frío de aquel noviembre, remarcaba la apariencia de muertos vivos.

Los indios que tan bien los habían recibido el día anterior, regresaron esa tarde a la costa portando agua y alimentos para obsequiarlos nuevamente. Fue entonces cuando los vieron y tan miserable les pareció la condición de aquellos hombres que, ante el asombro de los españoles, todos ellos comenzaron a llorar. Como ignoraban que sus visitantes habían intentado navegar en plena tormenta la noche anterior, no comprendían el desastre que ante su vista se mostraba. La observación de los restos de la nave y los gestos con los que trataron de hacerse entender los naufragos, les fue aclarando lo que allí había ocurrido. Inmediatamente decidieron que no podían dejarlos en la playa desprotegidos y ateridos de frío como estaban. Comenzaron entonces a discutir entre ellos la mejor estrategia para trasladarlos a la aldea y, finalmente, encendieron fogatas a lo largo del camino. Los rescatados fueron pasando del calor de una al calor de la otra hasta llegar al pueblo, donde fueron recibidos con bailes y comida, y cada uno fue alojado por una familia. Aquellos indios eran generosos pero pobrísimos y

habitaban la isla² desde el mes de octubre al de marzo; para entonces las raíces con las que se alimentaban eran tan pequeñas que debían cruzar al continente en busca de otros alimentos y allí permanecían el resto del año.

Al poco tiempo de haber llegado, Alvar Núñez y los suyos se encontraron con un grupo de compañeros que, habiendo sido tripulantes de otra de las naves que habían armado en La Florida, habían naufragado en las costas de aquella misma isla. En total sumaban noventa y ocho sobrevivientes aislados en una tierra desconocida, perdidos en una zona inexplorada y rodeados por indios cuya lengua ignoraban.

La tribu que los había rescatado y protegido apenas poseía víveres para su propio sustento, razón por la cual todos los huéspedes comenzaron inmediatamente a colaborar en la recolección de raíces y en la búsqueda de peces para aliviar las nuevas necesidades que encarnaban. Por su parte los indios, pasada la primera sorpresa de aquellas apariciones y cumplido su papel de elemento extraño a conocer y con el cual entretenerse, comenzaron a tomar conciencia del problema que representaban para su mantenimiento. Poco a poco, lo que comenzó siendo una colaboración espontánea de los extranjeros en la búsqueda de alimentos, se fue transformando en largas y obligadas jornadas de trabajo a destajo. Los hombres debían levantarse temprano, cavar desde la mañana hasta la noche sacando raíces de debajo de la tierra o del agua ayudados por un palo y llevar luego a la aldea una carga o dos de leña que laceraba sus carnes desprovistas de vestimenta alguna.

Para aumentar sus desdichas, comenzó por entonces una época de grandes tormentas que impedían recoger las raíces y atrapar los peces. El hambre se extendió en la aldea y llevó a tal nivel de desesperación a cuatro cristianos, que habitaban una choza en la costa, que se devoraron entre ellos hasta que uno solo quedó vivo.

Los indios estaban más alterados con el hecho que los compañeros de los protagonistas, ya que no era la primera vez que ellos tenían conocimiento de una situación como la que se había planteado.

² Probablemente Galveston, ubicada en la costa de Texas, Estados Unidos

A principios de siglo, en Andalucía, se habían sucedido grandes sequías seguidas de lluvias torrenciales que provocaron inundaciones y la consecuente escasez de alimentos. En tales circunstancias, precisamente en Jerez de la Frontera, se habían conocido casos de canibalismo y, por lo mismo, este hecho no los sorprendía tan fuertemente como a los indígenas.

Al jerezano, el recuerdo le tocaba muy de cerca dado que uno de los que en aquel entonces fue apresado por antropófago fue Antonio Bermejo, hijo del jardinero de sus tíos. Unos años mayor que Alvar, muchas veces había acompañado a su padre para ayudarlo en su trabajo. Cuando todo sucedió, al pequeño se le había hecho muy difícil unir la imagen de aquel hombre joven con la del ser cuya desesperación había vuelto no sólo posible sino incluso deseable el comer la carne de un semejante que con su muerte evitaba la propia. Con el tiempo comprendería que únicamente quien ha pasado por una situación extrema puede entenderla y, en ese caso, la experiencia hace que se abstenga de juzgar.

Mientras tanto, como los males no tenían fin, distintas pestes comenzaron a diezmar a nativos y náufragos y, de estos últimos, sólo quince de los noventa y ocho que habían arribado, quedaron con vida.

Cuando el hambre y las enfermedades comenzaron a descargar su horror sobre la aldea, muchos fueron los niños que murieron y mucho el dolor y el luto que se apoderaron de los nativos³. La desesperación y la impotencia por la cantidad de indiecitos muertos, llevaron a sospechar a la tribu que los cristianos estaban atrayendo males hacia ellos, valiéndose de hechicerías desconocidas, con el fin de apoderarse de sus pertenencias y hacerse dueños del lugar. Cuando ya habían decidido su exterminio, un viejo indio les hizo comprender que, dado que la muerte también se había hecho presente entre los visitantes y que se había llevado consigo a ochenta y

³ En aquellas tierras, los pequeños eran muy amados. La muerte de cualquiera de ellos era lamentada por los padres, los parientes y la tribu toda y durante el transcurso de un año, cada amanecer, cada mediodía y cada atardecer todos lloraban y gemían en su recuerdo. Al cabo de ese tiempo, se hacían honras fúnebres al muerto y los padres lavaban de su rostro y de su cuerpo el tizne con el que se habían marcado el día del fallecimiento de su hijo.

tres de ellos, tan víctimas habían sido los extranjeros como los nativos. En esas circunstancias, atacarlos carecía de sentido. El anciano fue escuchado y los preparativos para el ataque cesaron.

Por todo lo que en aquella tierra habían sufrido, por la destrucción de las naves, por el clima impiadoso, por el hambre terrible y por las enfermedades que los asolaron, los viajeros decidieron bautizar a aquella isla con el nombre de Malhado, y así lo hicieron.

Tiempo después los nativos, que los habían separado asignándolos a distintas familias, se dispersaron y, como era su costumbre al llegar la primavera, se dirigieron al continente. Los quince sobrevivientes se vieron alejados entre sí y Alvar se marchó con el grupo familiar que le había tocado en suerte el día en que los indios los rescataron después del naufragio. La presencia de los otros cristianos no había disminuido los padecimientos que sufrieron pero había impedido que a ellos se sumase el sentimiento de soledad. Al saber que los iban a separar planearon huir, pero la debilidad de sus cuerpos y la ignorancia total de las características de las tierras continentales y de sus habitantes los hizo desistir. No fue fácil llegar a tomar la decisión. Algunos de los expedicionarios entendían que cualquier posible era mejor que aquel infierno pero Alvar sostuvo que era mejor partir hacia el continente con los indios. La idea era, ya allí, estudiar sus peculiaridades para después intentar comunicarse entre ellos y preparar la huida con mayores posibilidades de éxito. El jerezano obtuvo la aprobación de la mayoría pero los que sostenían la postura de huir cuanto antes no vieron en sus dichos prudencia sino cobardía. Nadie les garantizaba el encontrarse nuevamente y no creían que hubiese otro lugar en el viejo o en el nuevo mundo donde se pudiese vivir en peores condiciones que las que vivían con aquellos indios.

Cuando llegó el momento de despedirse de sus compañeros y de quedar a solas con los nativos, Alvar se desmoronó. Frente a él, la realidad de su situación se desplegó sin veladuras. Debía vivir en aquellos parajes sin tener con quién hablar, compartiendo hábitos que no eran los suyos, mísero en las posesiones y huérfano en los afectos. La distancia embellecía sus recuerdos de Sevilla y de Jerez y la falta de iguales, y especialmente de María, se le hacía insoporrible. Por las noches quería dormir y los celos se lo impedían; no podía dejar de pensar en la vida que su esposa estaría llevando en su ausencia. La sabía honesta y recatada pero no la ignoraba mujer.

Momentos había en que se sentía seguro de su fidelidad pero, cuando él mismo buscaba apagarse entre las piernas de alguna india, no podía dejar de pensar que tal vez ella estuviese también buscando un hombre que la acompañase en la oscuridad de su lecho y en la soledad de sus días.

Poco y nada de lo que había sido su pasado le era útil en el presente. Gustaba de los libros y allí no los había, disfrutaba de la buena conversación e ignoraba hasta las palabras más elementales del idioma de quienes lo rodeaban, deseaba yacer con una mujer y sólo se sentía rodeado por hembras. El humor negro de la melancolía ensombreció su corazón y su cabeza. En ocasiones se sorprendía a sí mismo hablando con el agua y con los árboles ¿Qué mala estrella me trajo a estos parajes? ¿Por qué mis sueños deben terminar en este fracaso total por el cual dejé sola y triste a mi amada María? ¿Qué sentido tiene continuar con mi vida en estas tierras olvidadas de Dios?

Paradójicamente, la formulación de esta última pregunta fue el comienzo de su renacer como ser humano. *Resulta evidente, razonaba, que este lugar no puede ser ignorado por Aquél que fue su Creador quien, por lo tanto, sabe de mi presencia en él y no va a abandonarme, al igual que no lo ha hecho hasta ahora. Cada nube, cada árbol, cada hombre, replica las nubes, los árboles y los hombres de mi tierra; un mismo Ser nos ha dado la vida, una única Inteligencia nos juzga, un solo Dios vela por todos. Yo no estoy solo y no debo sentirlo así.*

Haber arribado a dicha conclusión, le permitió concebir un plan de acción; decidió que lo primero que había que hacer era sobrevivir, luego explorar el lugar y, finalmente, organizar su partida hacia las nuevas posesiones de España.

La huida

Para poder llevar a cabo los planes que había trazado, Alvar comenzó por alejarse de los indios con los que había convivido en la isla. Con el tiempo, el trato de estos se había transformado en despótico y el jerezano se había convertido en su esclavo. Con muchas precauciones, una noche oscura, sin luna, se deslizó fuera de la choza que ocupaba y se dirigió hacia otra aldea india cuyos habitantes vivían todo el año en tierras continentales. Su llegada no causó excesiva sorpresa entre los nativos; la noticia de la presencia de un hombre extraño, de piel clara y barbado se había extendido por toda la región, si por algo se extrañaron fue por su pedido de asilo pero no por su apariencia. Aceptado como huésped por la tribu, Alvar debió entonces meditar sobre la mejor forma de llevar adelante sus planes y para hacerlo se sirvió del recuerdo de las costumbres de Sevilla. Razonó que si dedicarse al comercio no era deshonoroso en aquella ciudad, tampoco debía serlo en el nuevo mundo (en Sevilla los Grandes en las grandes empresas y él allí en las pequeñas) e inmediatamente se organizó para oficiar de mercader en toda la región.

Pidió permiso en su nueva aldea para que lo dejaran en libertad de ausentarse y volver a ella cada tanto y, para convencer a sus habitantes de que se lo otorgaran, les explicó (un poco con gestos y otro poco con las palabras del idioma de ellos que ya conocía) las evidentes ventajas de lo que les proponía. Con su sistema, los indios podrían trocar el excedente de lo que ellos recogían o trabajaban por aquellos productos de los cuales carecían y que abunda-

ban en otras zonas ocupadas por distintas tribus. La propuesta fue bien recibida y a partir de allí el caballero andaluz se dedicó a llevar y traer mercaderías entre los distintos grupos indígenas que se encontraban dispersos en esa extensa región.

Llegaba a los pueblos de la costa con cueros, pedernales, cañas duras y pinturas que traía desde las aldeas del interior y volvía a éstas con pedazos de caracoles que los indios usaban para cortar frutas. Caminando leguas y leguas en sus idas y venidas, los pies comenzaron a acostumbrarse a la falta de calzado y su piel se engrosó y endureció de manera tal que no podía dejar de preguntarse como haría, si algún día lograba regresar a su patria, para volver a calzarse las botas que allí debería usar.

En todos los lugares a los que iba era bien tratado y recibido con alojamiento y comida. Poco a poco, fue aprendiendo a comprender y a expresarse en el idioma indio con toda facilidad. Por otro lado, el frecuentar repetidamente estas aldeas, hizo que nunca le faltara una india para recordarle que era hombre y que todavía su sangre era joven y ardía. Tampoco le faltaron los remordimientos y los celos con respecto a María después de que cada uno de esos encuentros se concretó.

El tiempo transcurrió en esas tierras, recorriéndolas desnudo como llegó al mundo (que era lo habitual en todos los hombres y en algunos grupos de mujeres que lo habitaban), mercando y estudiándolas. Cumplió así con los dos primeros puntos de su estrategia (continuar vivo y conocer el territorio que debía recorrer cuando huyese) y se impuso poner en acción el tercero (la huida). Sin embargo, seis años pasaron sin que se pusiese en movimiento pues no deseaba partir solo a su aventura y Alfonso, un cristiano que vivía en la región y a quien había encontrado por azar en uno de sus viajes, se había mostrado dispuesto a seguirlo pero nunca terminaba de decidirse a hacerlo.

¿La búsqueda de compañía para la aventura sería sólo el nombre que tomaba su propia duda? Alvar había aprendido a sobrevivir en aquellos lugares, los naturales lo conocían y lo trataban bien, sus escasas necesidades estaban satisfechas, ¿para qué intentar una ruta desconocida cuyos riesgos ignoraba pero que debían ser muchos?

Las vacilaciones terminaron el día en que comprendió que él, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, nunca más sería Alvar Núñez Cabeza de Vaca si seguía allí. El destino de gloria que había imagi-

nado para sí nunca se realizaría y el hábito no podría jamás evitar la sensación de extrañeza respecto a esos pueblos indígenas con los que se relacionaba. Debía irse, debía encontrarse.

El compañero que finalmente había decidido intentar el regreso, pronto se arrepintió y volvió a su pueblo. Alvar prosiguió su ruta porque estaba resuelto a lograr el propósito de volver a España y a que nada lo hiciera renunciar a él. Ni caminos difíciles ni peligros presentidos lo detendrían. No deseaba continuar aislado, añorando sus cosas y su gente, quería recuperar su vida y para ello debía alcanzar las tierras que la corona ya había conquistado y cruzar el Atlántico nuevamente. Soñaba con volver a escuchar a su alrededor la dulce lengua materna, con aspirar nuevamente el perfume de las flores de los patios sevillanos y con poder hundir su rostro en el negro pelo de María.

Mucho tiempo tuvo que continuar caminando en soledad hasta que un día divisó una aldea india donde, para su sorpresa, se reencontró con dos españoles (Andrés Dorantes y Alonso del Castillo) que habían sido capitanes de uno de los barcos que naufragó y con Estebanico, el negro tamborilero marroquí. Los cuatro, que ya habían compartido algunos días en la isla del Malhado, pensaron entonces que el destino les daba una buena señal al volver a reunirlos y que de allí en más deberían continuar juntos su camino. La presencia de los otros tres compañeros cerraba así los seis años que Alvar había pasado solo y desnudo entre los indios. Ella aumentaba su esperanza de alcanzar la reconquista personal de aquellas posesiones de las que había sido despojado si no por los moros, sí por el destino.

El problema que tenían para poner en acto sus intenciones era que los nativos los tenían muy bien vigilados por lo cual debían esperar una ocasión favorable para poder huir. En ese tiempo, el jerezano supo que las otras tres naves que habían construido habían naufragado también y que sus tripulantes, incluido Pánfilo de Narváez, habían muerto.

Un año y medio se demoraron hasta que el esperado descuido de los captores llegó

—¡Andrés, Alonso, Alvar, despierten! Estebanico zamarreaba a sus compañeros y el blanco de sus ojos parecía iluminar la semipenumbra de la habitación

—¡Un rayo ha partido a un árbol, éste ha caído sobre una de las

chozas y todos los hombres y las mujeres han corrido a ayudar a sus ocupantes! ¡Rápido, rápido, aprovechemos la distracción!

—¡De acuerdo!

Exaltados y presurosos los tres hombres que habían estado durmiendo en el piso, se levantaron y siguieron al marroquí que ya estaba deslizándose afuera en dirección opuesta a donde se veía revoloteando y gimiendo a los indios. El agua caía despiadada desde el cielo y todo era barro alrededor de los fugitivos pero el sonido de la lluvia y el estruendo de los relámpagos enmascaraba cualquier ruido involuntario que ellos hiciesen.

—¡Cuidado!

—¡Espacio!

—¡Por allí!

Lentamente las cuatro figuras se fueron esfumando y, cuando ya se consideraron lo suficientemente lejos de la aldea, se irguieron y corrieron riendo y gritando bajo la tormenta. Nueva España los esperaba para regresar, desde allí, a sus hogares.

A pocos días de haber iniciado el recorrido hacia el oeste, decidieron acercarse a un río que por allí transcurría. El objetivo era tratar de obtener algunas frutas que les permitiesen alimentarse y resistir mejor el frío de aquel lugar. Comenzaron entonces a dispersarse por la costa y, cuando Alvar quiso volver, se dio cuenta de que no sabía cómo hacerlo y, lo que es peor, que había quedado completamente aislado de sus compañeros y sin ningún elemento con el que orientar el regreso al lugar en que habían acampado.

Quiso la suerte que en ese momento encontrase un árbol que estaba ardiendo (consecuencia de algún rayo que en él había caído) y cuyo fuego le dio calor toda la noche. A la mañana siguiente, cargó leña y dos tizones y comenzó a buscar a sus tres amigos; decir tizón era decir fuego y decir fuego era decir supervivencia.

Por la noche, ayudado por una piedra afilada, cavaba hoyos en la tierra, disponía cuatro fuegos en cruz, que debía rehacer cada tanto, y dentro del pozo arrojaba ramas secas y pajas sobre las cuales dormitaba. Las llamas no sólo servían para darle calor sino también para alejar a cualquier animal que, merodeando por el lugar, decidiese hacerle compañía o llenar con él su, casi seguro, vacío estómago. Alvar cerraba los ojos y los susurros y deslizamientos que creía escuchar a su alrededor se agigantaban en su mente que se poblaban de aquellas especies de la región que conocía y de las que su

imaginación creaba. El sobresalto que estas imágenes le causaban era el que le ayudaba a despertarse a pequeños intervalos y a evitar la extinción de las fogatas.

En algunas ocasiones, pocas, lograba dormirse más profundamente y entonces cambiaba los ríos sin nombre que de día bordeaba por el rumor del Guadalete o el color del Guadalquivir, las flores desconocidas por los geranios y claveles sevillanos y las indias con las que había estado por la imagen de María, su deseado cuerpo y su sereno rostro. Despertar de aquellos sueños hacía más intolerable su situación de solitario extravió y, una vez que la maravilla de uno de ellos impidió que advirtiese que el tiempo pasaba y los fuegos tenían que ser reacondicionados, poco faltó para que allí mismo se convirtiese en el primer asado de cristiano de aquellas tierras del norte. Una chispa voló sobre su precario lecho, la paja ardió, y él alcanzó a despertarse con el tiempo exacto para saltar rápidamente fuera y ponerse a salvo del desastre. Unos cuantos cabellos quemados quedaron como testimonio del peligro corrido y en las noches sucesivas el miedo pudo más que el deseo y los dulces sueños desaparecieron. Al cabo de unos días en los cuales ya desesperaba por su suerte, llegó a la orilla de un río donde encontró a unos indios que conocían el lugar en el que se hallaban los compañeros y que lo condujeron hasta ellos. Para ese entonces, sus amigos no tenían dudas de que había muerto por lo cual la aparición a salvo del jerezano sumó alegría y emoción al encuentro de los cuatro.

Desde que se había separado de su grupo, el extraviado no había podido hallar nada para comer y, para agasajarlo, Alonso, Andrés y Estebanico esa noche organizaron una opípara comida de tres higos de tuna para cada uno.

Ausencias

La silueta de María era una sombra más entre las sombras que habitaban los rincones de su hogar. Silenciosa se deslizaba por los cuartos vacíos y tomaba el bastidor donde se tensaba un bordado que nunca parecía concluir. Pocos minutos después abandonaba la labor y se dirigía a la biblioteca, abría un libro, comenzaba a leerlo y, cuando comprendía que habían pasado varios minutos y sólo había dejado correr su vista sobre los renglones sin entender lo que estaba leyendo, volvía a dejarlo en su lugar y se retiraba a su dormitorio. Buscaba dormir y no lo lograba. Se dirigía entonces a la cocina donde Blanca, la criada que estaba a su servicio desde que ella era muy pequeña, la miraba con piedad.

—Señora, señora mía ¡Que no puedo verla más con esos ojos siempre tristes y con el cuerpo cada vez más delgado perdiéndose entre sus vestidos negros! ¡Corramos los cortinados, dejemos que la luz entre nuevamente en esta casa! Sé lo que sufre, pero hace mucho tiempo que el señor partió y mucho también el que ha pasado desde que le dijeron que no hay esperanza de que vuelva. Usted es joven, hermosa, rica ¿cómo puede ofender a Dios negándose a vivir? ¿Por qué no hace caso de quienes desean su bien y deja que le manifiesten su amor? ¡Ya quisiera yo tener a mi alrededor los hombres que por usted suspiran! Tome, señora, tome este vaso de leche tibia que le preparé, vaya a descansar y trate de despertar con otra mirada...

María sonreía ante los dichos de Blanca y perdonaba algunas impertinencias porque las sabía nacidas de la preocupación y del deseo de ayudarla. El problema era que ella no quería recibir ayuda ninguna. De todos modos, tomaba obedientemente el vaso, se dirigía a la sala y allí se sentaba en uno de los sillones.

¡Alvar, esposo mío! ¡Qué maltrato le has dado a mi amor! Seis años ya que partiste y más de cuatro que te dieron por muerto los demás. Yo no puedo hacerlo, sólo viendo tu rostro frío y pálido y tu pecho inmóvil sería posible que lo creyera. ¿Cómo pensar tu muerte si yo sigo viva? ¿Por qué tenías que marcharte? ¡Pedí que no lo hicieras! ¡Te rogué que te quedaras a mi lado y no faltases a tu juramento de no poder vivir sin mí! Mira donde nos ha llevado tu obstinación por dar brillo a tu apellido. ¿Acaso sólo el esplendor de los hechos heroicos cuenta como resultado de una vida? ¿Por qué tienen los hombres que pensar que, para serlo, deben ser reconocidos como tales por el mundo? ¿Qué estás haciendo en este momento, Alvar? ¿Piensas en mí? ¿Qué peligros debes afrontar, qué daño te han podido hacer? ¿Alguna vez te has preguntado cómo transcurre mi vida aquí en Sevilla? Porque si lo has hecho, puedo contarte que mi único pasatiempo es llorar cuando estoy sola y fingir serenidad cuando estoy acompañada. Todos te dan por muerto y no han faltado caballeros rondando mi puerta pero, como Penélope, yo vivo esperando tu regreso sólo que sin disponer del sosiego necesario para sentarme y pasar mis días tejiendo como ella lo hacía. Todo me aburre, todo me es indiferente, salvo tú. Te quiero Alvar, vuelve pronto a nuestro hogar y a nuestro lecho. Ambos sufren por tu ausencia.

Los sanadores

Alvar Núñez y sus compañeros no habían huido de la aldea en el momento que ellos habían elegido sino en el que se habían dado las condiciones para hacerlo (octubre de 1534) Por esa razón temían que el frío y la escasez de tunas (único alimento en aquella región) impidiera la empresa. A poco de iniciarla, divisaron a lo lejos el humo que se elevaba desde las viviendas de una aldea india que desconocían y hacia ella dirigieron sus cautelosos pasos. Al llegar, y para su sorpresa, no sólo fueron bien recibidos sino que incluso se los agasajó con bailes y se dispuso un banquete (¡de higos de tuna!) como demostración de la alegría que significaba para sus habitantes el contar con la presencia de los cuatro sanadores.

¿De dónde provenía la designación? Aquellos nativos tenían trato con los grupos que residían en la isla del Malhado y por ellos supieron que estos extranjeros tenían el don de curar. La historia había comenzado cuando, poco tiempo después de que los náufra-gos arribaran a la isla, los indios que allí vivían les exigieron que emplearan sus poderes para sanar a los enfermos. La demanda los sorprendió primero y los preocupó después dado que ninguno de ellos había estudiado o ejercido práctica de medicina alguna. Sin embargo la insistencia fue tal, que debieron terminar accediendo a lo que con tanto énfasis le pedían.

Las discusiones entre los supuestos sanadores habían sido muchas

-¿Qué podemos hacer si desconocemos todo sobre el arte de curar?

-Pues fingir que lo dominamos.

-¿Y qué pasará cuando los enfermos no sanen?

-No lo sé, pero ese es el segundo problema, el primero es ver cómo nos ponemos de acuerdo en lo que haremos y diremos.

-¡Nos matarán si no mejoran!

-¡Nos matarán si no lo intentamos!

Finalmente, y como no tenían idea alguna de lo que se debía hacer o, al menos, de lo que se esperaba que hicieran, decidieron que lo más prudente era, como primera medida, prestar atención a los pasos que los propios curanderos de la aldea seguían. Estudiaron sus prácticas y pudieron ver que su manera de sanar a los enfermos era practicando cortes en las partes del cuerpo que ocasionaban el malestar del paciente y chupando luego la carnes que rodeaban a las heridas abiertas. También usaban el fuego para cauterizar y luego soplaban el lugar que dolía (¡y cuánto a esa altura del tratamiento!), con lo cuál pretendían expulsar el mal que era origen de la enfermedad. A partir de sus observaciones, se encomendaron a Dios y decidieron cumplir con el papel de sanadores que se les exigía partiendo siempre de la imitación de lo visto pero refugiándose en su propia fe. Comenzaron entonces a santiguar a quienes debían atender y luego a soplar y a rezar un *Avemaría* y un *Padrenuestro* pidiendo a Dios que les devolviese la salud perdida. Ante su estupor y gratitud, Él pareció escucharlos y su fama de sanadores creció entre los indios.

En una ocasión, Alvar fue llamado desde una aldea vecina para socorrer a un pequeño que se encontraba muy enfermo pero cuando llegó advirtió que el indiecito ya había fallecido. El dolor de todo el pueblo conmovió profundamente al español quien, en un impulso que no podría explicar ni explicarse, levantó la estera que cubría el cuerpo inerte. El momento había quedado grabado en la memoria de Alvar. Él relataba: "Ví al niño y supliqué a Dios que lo rescatara de las sombras y le otorgara nuevamente vida y salud. El Señor, en su misericordia decidió atender a mi ruego y por su merced yo pude dar al nuevo mundo su propio *Lázaro*. En el momento en que el milagro se produjo, ni yo mismo podía dar crédito a lo que allí sucedía; donde antes había quietud ahora aparecía el movimiento, donde el silencio ahora la palabra, donde el llanto ahora la risa. Todavía me estremezco cuando recuerdo el instante en que el muerto abrió los ojos. Yo sabía muy bien que lo ocurrido no era

obra mía sino voluntad divina pero, en aquel momento, no podía dejar de temblar como un poseído”.

La inmensidad del milagro presenciado, el haber sido elegido como instrumento para que lo inexorable se transformase en transitorio, para que la muerte se entramara con la vida volviéndose tan fugaz como ella, todo se volvía difícil de comprender y asimilar. Cuando pudo serenarse, separarse de los indios que querían tocar su mano y alejarse de los gritos de júbilo y de todas las manifestaciones de asombro ante la maravilla, Alvar intentó comprender por qué Dios había otorgado aquella gracia. Suponía que los gestos de El no eran sin causa ni finalidad y se preguntó qué era lo que sin palabras se le estaba diciendo con éste. En aquel momento la situación en el Malhado eran tan precaria y sus vidas parecían valer tan poco que Su afirmación sobre la muerte sólo supo entenderla como un mensaje de esperanza. Así lo comprendieron también sus compañeros que le acompañaron a orar y agradecer la merced recibida. Todos buscaban dejar bien en claro entre ellos, y ante cualquier improbable cronista, su creencia de que era el Señor quien había actuado a través de Alvar. El tribunal de la Santa Inquisición se hallaba muy lejos pero igualmente, si algún día llegaba a tener noticias de aquel milagro, era necesario que se no se instalara ninguna duda respecto a Quien había sido considerado su Hacedor.

La resurrección de aquel indio y el hecho de que todos los otros que trataron de sanar se pusieran buenos, hizo que sus nombres se extendieran junto con el número de enfermos que debían atender y con las ofrendas con las que sus familiares recompensaban su hacer. Ahora, iniciada la peregrinación hacia Nueva España, el relato de todos estos hechos los precedió, por eso se les ofreció tan cálida bienvenida en el primer pueblo al que se acercaron en su peregrinaje. De allí en más, cuando llegaban a nuevas aldeas indias, nuevos enfermos los esperaban para ser sanados y nuevos amigos y parientes los rodeaban para colmarlos de regalos y agradecerles las curaciones que habían realizado (pese a que se trataba de tribus con una larga tradición de agresiones y guerras con quienes no pertenecían a ella) Cuando terminaban su labor y se iban, una larga procesión de indígenas los acompañaba hasta la entrada del siguiente poblado donde la escena de la recepción y las curaciones se repetían. En este ir y venir, los indios que formaban el cortejo de los sanadores tenían como costumbre aprovechar la bienvenida de

la nueva aldea para saquearla antes de regresar a sus tierras; los despojados no se oponían demasiado al hecho pues sabían que, a su vez, repetirían la historia cuando fueran ellos quienes los acompañasen a un nuevo lugar.

Todos aquellos obsequios que iban recibiendo los ayudaron, sin lugar a duda, a sobrevivir pero la región era tan árida y sus habitantes tan pobres que, junto con las curaciones, debieron vender de aldea en aldea, peines, arcos y flechas que ellos mismos fabricaban. Cuando se les encargaba mejorar y ablandar algún cuero raspando su superficie, los hambrientos cristianos guardaban las ralladuras y con ellas se alimentaban dos o tres días. Muchas veces les ocurrió que habiendo conseguido de alguna manera un trozo de carne cruda, debieron comerlo sin asar para que ningún indio los despojara de él. Sin embargo, y pese a todos los recursos que emplearon, no alcanzaron nunca a evitar el acoso del hambre.

Un poco sanadores, un poco buhoneros, los cuatro fueron así recorriendo las tierras del norte. Se desplazaban desnudos y la piel, que no estaba preparada para tanta exposición al frío, al viento y al sol, se encontraba siempre irritada y la cambiaban más de una vez por año (más propio de una serpiente que de un cristiano) Pero amén de enrojecida, era una piel desgarrada y lastimada por las espinas y las matas que por allí abundaban; las llagas que en ella tenían supuraban y más de una vez debieron pasar ellos mismos por el suplicio del cauterio. Estaban agotados y el malhumor se había instalado en sus corazones; un gesto, una mirada, y ya comenzaban las discusiones y los enconos.

-¿Por qué siempre te quedas con la mayor porción?

-¿Cómo haces para encontrar excusas que te eviten trabajar como el resto de nosotros?

-¿Por qué te molesta todo lo que digo?

-¿A qué se debe esa mirada?

Falsas cuestiones todas que sólo servían para ocultar el verdadero motivo de su alteración. Más de una vez, cada uno de ellos se había preguntado sobre la racionalidad de lo que habían decidido hacer y sobre la posibilidad de llegar a la meta propuesta. Fueron sus sentimientos de camaradería, aunque algo ajados en sus bordes, los que les impidieron llevar las dudas al debate colectivo. No querían teñir con su escepticismo la esperanza que el otro aún pudiese albergar, lo único que deseaban era alejarse de aquel infierno y de

las privaciones y los sufrimientos a los cuales los sometía. Pero Dios no tenía en sus planes inmediatos el facilitarles la salida.

Durante meses y meses deambularon hasta que comenzaron a observar que el paisaje se iba transformando ante sus ojos. Poco a poco fueron apareciendo pueblos más grandes que se destacaban no sólo por el número de habitantes (la mayoría de ellos cubierta con cueros su desnudez) sino también porque sus viviendas estaban rodeadas de campos cultivados donde crecía el maíz y en ellos se criaba un gran número de animales domésticos. El suelo por aquellos parajes era fértil y generosos sus frutos. La caza no era poca y liebres y venados corrían libremente por el campo. Para los caminantes, que desde hacía tantos años solamente en sueños podían recuperar imágenes de abundancia y bienestar, estas circunstancias se constituyeron en claras señales de estar acercándose a su perdido pasado. Por primera vez después de mucho tiempo volvieron a sentirse saciados con la comida y a disfrutar del paso de los días sin los dolorosos espasmos que el hambre les provocaba. Sentirse bien físicamente llevó a que se les avivara el seso y a que los espíritus reconociesen, nuevamente, el valor de mantener dentro de ellos la esperanza. El día que escucharon cantar a Estebanico, sus compañeros cayeron en la cuenta de que nunca más lo había hecho desde el día en que naufragaron. Poco a poco también volvieron sus cuentos y sus chistes y ya no fue sólo música sino también carcajadas las que se escucharon en las chozas que los viajeros ocupaban. Todos se sentían más tranquilos y el optimismo, que los colmaba de manera proporcional a la depresión que antes los había embargado, estrechaba aún más su amistad. De allí a la confianza sólo un paso, y fue Andrés Dorantes quien lo dio

-Quisiera saber si ustedes, como yo, viven esperando el momento de regresar a España y simultáneamente, temen hacerlo. Sueño con ver a mi esposa y a mis hijos pero, en malas noches en las que se vuelve difícil dormir, me pregunto si ella estará o no deseando que yo vuelva.

-Si no lo está búscate otra, que hermosas mujeres sobran en Sevilla y, poco más poco menos, todas ellas tienen lo que nosotros necesitamos.

-¡Basta negro! si no quieres hablar en serio, calla. No quiero que bromees con lo que me atormenta.

-Pues yo no estoy bromeando, tengo mujer en Sevilla pero ni se

me cruza por la cabeza que ella me esté esperando ¿No tiene derecho a pensar que estoy muerto después de pasar tanto tiempo sin ninguna noticia mía? ¿Y entonces qué? ¿Debo esperar que se cuelgue los lutos para siempre y camine por la calle suspirando y gimiendo por su Estebanico? ¡No, esa no es mi Lola ni yo quiero que lo sea! Si cuando vuelvo ella está sola, no pienso preguntarle nada acerca de lo que pasó en estos años de ausencia. Si desea estar conmigo, sea, y si no ¡a la calle a buscar mujer nueva! ¿Tú que piensas, Alonso?

—Pienso que eres un bruto, Estebanico, aunque algunas cosas que dices tienen sentido lo cierto es que uno no puede salir a buscar mujer nueva como quien va a comprar un caballo. Si Isabel cree de buena fe que yo he muerto y está con otro hombre, nada podrá reprocharle cuando vuelva pero no me creo capaz de verla a ella con otro marido y a mis hijos con otro padre. Ya he pensado que no sería mala idea, el día en que lleguemos a Nueva España, enviar mis nuevas a Sevilla y esperar a saber si ellas son malas o buenas para mi esposa. Sinceramente, tengo para mí que terminaré quedándome en estas tierras.

—Los escucho y veo reflejadas mis propias dudas en las de ustedes porque tampoco yo creo que existan argumentos válidos para discutir cualquier traición de María ¿...Dije traición? ¡No quise decir traición sino decisión!... Bien, como sea, lo único que yo tengo claro es que más allá de lo que suceda con mi esposa y del dolor posible, mi vida continuará. Yo no renunciaré por nada a mi patria ni a todo lo que por ella aún puedo hacer.

—De acuerdo, les he preguntado si les pasaba lo mismo que a mí y veo que mi sufrimiento es compartido. Ahora, al hablar, me han dado tres caminos posibles: uno, aceptar que mi mujer me olvide y buscar rápidamente su reemplazo; dos, entender que en mi ausencia ella puede haber formado otra familia y quedarme en estas tierras para no verlo; tres, ser capaz de considerar su posible abandono pero no renunciar por ello a regresar a España. Decididamente voy a escuchar a los dos últimos; me quedaré un tiempo en Nueva España para enviar y recibir noticias pero volveré a Sevilla una vez que tenga claro lo que allí me aguarda y tenga la serenidad para afrontarlo.

La amistad recobrada y aumentada les permitió disfrutar aún más de la generosidad de aquellas tierras y de sus habitantes quie-

nes, por otro lado, conocían la capacidad de aquellos viajeros como sanadores y mantuvieron la misma actitud de respeto y agasajo que habían observado los otros pueblos. La diferencia estribaba en la cantidad y calidad de sus ofrendas; corales, turquesas, esmeraldas y cueros fueron parte de los obsequios que recibían y que luego repartían entre aquellos que los habían acompañado. Sus seguidores les agradecían y regresaban a su aldea, los indios de estas comarcas carecían del hábito de robarse entre sí como lo hacían los anteriores.

La conducta de estos nativos hizo pensar a los cristianos que debían poseer una predisposición natural para el bien y comenzaron a transmitirles su creencia en la existencia de un solo Dios verdadero y en la de su divino Hijo. Ellos estaban seguros de que, como en la parábola del sembrador, aquellos indios parecían poseer en su alma buena tierra y allí fructificaría la palabra recibida

El reencuentro

Un día, ¡inolvidable día!, los cansados viajeros se detuvieron en un pueblo y vieron en él a un indio que llevaba como adorno lo que sin duda era la hebilla de un cinto de donde en algún momento había colgado una espada. La marca de la civilización a la cual pertenecían estaba ante sus ojos y el poseedor de tal maravilla les dijo que lo había encontrado en un lugar donde se hallaban hombres con barba, que andaban a caballo y que se localizaban a unos pocos días de marcha del sitio en el que se encontraban. La ausencia de barba en los indios aumentaba las esperanzas de que aquellos de quienes se hablaba fueran cristianos. Con los ojos llorosos de emoción, los viajeros se abrazaron entre sí y luego de cumplir con el ritual de las curaciones (al que con gusto ellos hubiesen obviado pero que sabían ansiosamente esperado por la aldea toda) emprendieron inmediatamente el camino en la dirección que se les había señalado. Nada, pensaban, podría detenerlos, pero a medida que avanzaban, la sensación de alegría y bienestar de los pueblos que dejaban atrás iba desapareciendo y su lugar era ocupado por el silencio y la devastación. El miedo crecía en aquellas tierras como una planta más. Se podía oler, se podía ver, se podía tocar. Era un muro gris que rodeaba a las aldeas y a su gente; a su sombra las lenguas se ataban y sólo el llanto corría sin freno. Los cristianos que habían llegado desenvainando sus espadas sobre las aldeas, las habían saqueado, las habían destruido y habían esclavizado a todos aquellos que no habían muerto en los enfrentamientos. Los indios de aquella zona no querían cultivar más la tierra para no facilitar el alimento de sus enemigos y varios grupos

habían quemado por mano propia sus viviendas y habían huido a las sierras para mantener su libertad.

Afortunadamente se sabía por aquellos lugares cómo era la relación de los cuatro compañeros con los nativos y esto impidió que se los considerara los iguales de quienes los estaban destruyendo. En realidad, para aquel entonces, a ellos también les resultaba difícil pensar en tal igualdad. Entristecidos por la destrucción que los rodeaba pero ilusionados con alcanzar ¡por fin! su objetivo, continuaron el camino entre ruinas humeantes y cultivos arrasados por la barbarie y la codicia de sus compatriotas hasta que se produjo el encuentro con aquellos soldados y con Diego de Alcaraz, su muy cruel capitán.

¡Extraña apariencia la de los cuatro desconocidos que ante la patrulla se presentaron! Con el cabello largo hasta la cintura, barbudos, vestidos con sombrero de palma, cueros de venados y calzones de palma hilada; descalzos, con el rostro y las manos agrietadas por el frío y el sol; rodeados de indios que los miraban con un respeto que transformaban en odio cuando dirigían su vista a los soldados... ¡Qué lejos estaban aquellas apariciones de cualquier imagen de un cristiano que de Alcaraz y sus secuaces pudieran tener!

La tropa apenas se dio tiempo para escuchar el relato de lo ocurrido a lo largo de todo ese tiempo en que (ahora lo sabían) se los había dado por muertos e inmediatamente comenzaron los conflictos. Tal como acostumbraban, quisieron hacer esclavos a los indios que los acompañaban pero, como los recién llegados se opusieron a tal decisión, la ira los colmó

-Ustedes, indios ignorantes capaces de creer cualquier historia, ¿saben que los cristianos a quienes acompañan son cuatro cobardes, inútiles para cuanto se les pida y cuya ignorancia fue la que los llevó a extraviar sus pasos en estas tierras?

-¿Cómo pueden honrar a quienes tan poco valen?

-¿Por qué veneran a estos cuatro miserables y no a nosotros que, como ellos, somos cristianos y venimos de España?

Los indígenas escuchaban atónitos lo que sus enemigos les gritaban ¿Cómo pensar cobardes a quienes habían sido capaces de caminar y atravesar solos tantas tierras desconocidas para ellos? ¿Cómo imaginar inútiles a quienes poseían el poder para sanar a sus enfermos? ¿Cómo podían afirmar que venían del mismo lugar si los caminantes habían aparecido por el lado por donde salía el sol en

tanto que Alcaraz y sus hombres habían irrumpido en sus tierras desde el lugar donde aquél se ponía? La señal de la vida acompañaba a los sanadores, la de la muerte acompañaba a los soldados.

Las discusiones y peleas entre los indios y la tropa continuaron varios días hasta que, finalmente, Alvar, Alonso, Andrés y Estebanico (cuyo color de piel imponía un respeto particular a los nativos) pudieron convencer a aquellos fieles acompañantes de que no corrían peligro quedándose solos con el capitán español y sus subordinados. Recién entonces y colmados de regalos con los que, bien lo sabían los cuatro, no se alcanzaba de ningún modo a cubrir la deuda de gratitud que su devoción había acrecentado, regresaron a sus poblados. Una extraña sensación de silencio y vacío acompañó su retirada. Los viajeros percibían que habían llegado adonde deseaban, que Dios había protegido su peregrinar y que se hallaban nuevamente entre integrantes de su propia civilización. Pensaba Alvar, *nueve años hace que he partido de España, seis de ellos los he vivido solo entre los indios y dos caminando leguas y leguas, junto a mis tres compañeros, buscando la forma de volver a la patria. Ahora estoy entre cristianos y los tiempos del regreso se aceleran, pero ¿son estos desalmados fieles representantes de lo que he buscado reencontrar?, ¿tanto me ha engañado el recuerdo en relación al actuar y al sentir de mis compatriotas?*

Las dudas lo atormentaban todavía cuando, el 30 de julio de 1536, fueron recibidos en México (por ese entonces sólo la capital de Nueva España era así llamada) con todas las honras que se les tributan a los héroes y el propio Virrey Don Antonio de Mendoza y el Marqués del Valle los acogieron, los vistieron y organizaron grandes fiestas en su honor⁴. La gente saludaba su paso y vivaba

⁴ El Marqués del Valle no era otro que Hernán Cortés, conquistador de Nueva España que había llegado allí en 1519 anticipándose a la expedición preparada por Diego Velázquez, para entonces gobernador de Cuba. Desobedeciendo las órdenes de Velázquez, Cortés zarpó de Cuba con una flota de once barcos. En abril de 1519 desembarcó en la costa del México actual y fundó la ciudad de Vera Cruz, luego penetró en el país y llegó al centro de lo que era el imperio azteca. Quienes lo habían acompañado aseguraban que Tenochtitlán, su capital, había sido una ciudad muy grande y muy bella, construida en el centro de un gran lago, unida a tierra firme por anchos caminos y toda ella atravesada por canales. Su gobernante, el

sus nombres; eran los hermanos perdidos y recuperados, los que habían recorrido desiertos, atravesado ríos y lagunas y sobrevivido al hambre y al dolor para poder volver a estar con ellos. Mendoza y Cortés les daban la bienvenida y el pueblo de aquella ciudad celebraba el reencuentro con música, bailes y grandes comidas. Los caminantes se miraban entre ellos buscando que cada uno de los otros certificara la realidad de lo que estaban viviendo

-¿Ven lo mismo que yo?

-¿Hemos llegado realmente a Nueva España o el cansancio me hace delirar?

-¡Lo logramos! Esta es nuestra casa, nuestra familia ¡y llegamos a ella!

-¡Estábamos locos de atar cuando decidimos volver con los nuestros y hoy ellos nos reciben! ¡Viva nuestra locura!

Tanto agasajo, tanto reconocimiento y lisonja lograron que Alvar se fuera sintiendo cada vez más cómodo entre sus pares. Pese a ello, cuando llegaban a sus oídos comentarios sobre la estupidez o la rebeldía de los indios en general, sobre su ignorancia y su violencia, no podía dejar de recordar la desolación de las tierras por donde habían pasado los hombres de Alcaraz y, al compararla con muchas de las experiencias que él había vivido, en su memoria no dejaban de resonar aquellos versos del Mío Cid:

Dios, que buen vassallo, si oviessse buen señore!

emperador Moctezuma, había recibido amigablemente a los españoles pero la masacre de aztecas provocada por un oficial de Cortés en ausencia de éste (que había regresado a la costa para negociar con Pánfilo de Narváez, enviado por el gobernador de Cuba para castigar su insubordinación), llevó a la guerra contra ellos. Cortés y los suyos, vencidos entonces, regresaron un año más tarde y, apoyados por distintas tribus indias sojuzgadas por los aztecas, vencieron al nuevo emperador, Cuauhtémoc, y prendieron fuego a la villa. Sobre las ruinas humeantes de Tenochtitlán se levantó la ciudad de México y ella era la que de manera tan triunfal acogía a los recién llegados.

Estebanico

Dos meses se detuvo Alvar en México y luego decidió regresar a su tierra. España lo llamaba y no quería demorar la respuesta. Con un largo abrazo se separó de Dorantes, de del Castillo y del negro Estebanico. Este último habría de iniciar, dos años después, una nefasta aventura acompañando a fray Marcos de Niza.

En aquellos tiempos se tenía por cierto que, cuando el rey godo Rodrigo perdió la península ibérica y ésta quedó bajo el dominio de los árabes, siete obispos portugueses habían escapado con grandes riquezas. Para alejarlas de la codicia de los vencedores habrían fundado, en un lugar alejado y desconocido para los otros hombres, siete ciudades que guardaban el tesoro que aquellos miembros de la iglesia habían salvado de caer en manos infieles. Muchas habían sido las expediciones que se habían organizado para encontrarlas y ninguna la que lo había logrado. En un principio se pensó que aquellas poblaciones habían sido levantadas entre altas montañas, en el centro de selvas impenetrables o en alguna inaccesible isla pero, cuando el nuevo mundo fue descubierto, nadie dudó de que estuvieran asentadas en algún punto de su inmensa extensión.

Al poco tiempo de llegar los cuatro caminantes a Nueva España después de su odisea, había comenzado a correr el rumor de la posible existencia de las siete ciudades precisamente en aquellas tierras del norte que en parte habían recorrido. Fray Marcos de Niza fue uno de los cristianos que más se interesó por la idea de aquella proximidad y un día apareció en la residencia que ocupaban los tres viajeros que todavía permanecían en Nueva España.

—¡Dios los bendiga, señores míos! De muy lejos han llegado y a muchos riesgos se han expuesto para poder estar hoy entre nosotros. Espero que la recompensa haya sido proporcional al sacrificio realizado. Yo he solicitado la merced de ser escuchado por ustedes pues tengo muy buenas nuevas para darles. Un indio de estas tierras que ha entrado poco tiempo atrás a mi servicio, me ha hecho saber que más allá de unas montañas que se encuentran al norte, se levantan varias poblaciones que compiten entre sí en lujo y esplendor. Por su descripción, no tengo duda alguna de que se trata de las ciudades fundadas por los obispos portugueses para conservar y defender las riquezas escamoteadas a los moros. Yo estaba dispuesto a dirigirme solo en su búsqueda pero he pensado que sería más seguro que ustedes, que conocen la región, me acompañen para, hallado el tesoro, poder repartirlo entre nosotros.

Alonso y Andrés se miraron asombrados

—¿Nos propone volver nuevamente a ese infierno? ¿Cómo puede pensar que estamos dispuestos a regresar a él después de lo que padecemos? Hemos caminado dos años y atravesado mil peligros. Si algo nos mantuvo vivos fue la esperanza de llegar hasta donde ahora estamos ¿Cómo puede pensar que dejaremos este lugar por enormes que fueran las riquezas a obtener?

—Enténdalo usted, todo el oro del mundo no lograría que repitiésemos otra vez nuestra historia.

—No estoy de acuerdo. Volver a España sin un céntimo me confirmaría que he perdido diez años de mi vida y no es eso lo que quiero. Yo lo acompañaré, juntos iremos por aquellas tierras a buscar las ciudades y juntos nos haremos ricos cuando las encontremos

—¡Ah, Estebanico, pero qué hermosa idea! ¿Y piensas que graciosamente les entregarán sus tesoros porque así ustedes lo solicitan?

—Si por las buenas o por las malas, lo veremos allí. Primeros las hallaremos y después veremos como proceder. El día que vuelva a Sevilla lo haré rico como un rey. Cuando usted lo disponga, Fray Marcos, iniciaremos la búsqueda.

Así lo hicieron en 1539. Partieron desde Culiacán (en Nueva España) hacia el norte, acompañados por un grupo de indios pacíficos, y llegaron a un pequeño poblado donde el fraile, poco habituado al esfuerzo físico, decidió permanecer descansando en tanto Estebanico continuaba su exploración. Cuatro días después de su partida, uno de los nativos llegó trayendo un mensaje del moro

quien aseguraba haber hallado siete ciudades muy grandes, construidas de piedra, con casas de piso alto y grandes entradas oroadas con turquesas. La riqueza de las viviendas estaba acompañada por el lujo en las vestimentas y el brillo de las joyas que sus habitantes lucían en sus paseos a toda hora y en todo lugar. Al escuchar esta buenas nuevas, fray Marcos resolvió seguir la ruta de su guía y éste, tres días después, envió otro mensajero para informar que le había sido posible averiguar que aquella ciudad en la que se encontraba se llamaba Cibola y que ella era la primera de las siete que tantos hombres habían buscado desde hacía ocho siglos. Por un tiempo la historia continuó igual, el marroquí enviaba noticias y el fraile seguía el camino que lo llevaría adonde aquél se encontraba. Finalmente, y en triste hora, un indio se acercó al religioso y le informó que Estebanico había sido muerto por los habitantes de Cibola.

La noticia no detuvo a fray Marcos quién igualmente prosiguió su camino hasta aquella villa y, luego de cierto tiempo, regresó para contar que era muy hermosa, más grande y magnífica que México y que, a pesar de esto, los naturales de la zona le habían contado que era sólo la más pequeña de las siete ciudades que por allí se levantaban. De allí en más, ningún otro explorador pudo encontrar tales opulentas villas por aquellas tierras. Muchos siguieron las huellas del fray y de su guía pero ninguno encontró ciudad alguna que respondiera a las descripciones del religioso o del moro

¿Qué llevó a Estebanico a intentar aquella aventura? Es de suponer que su origen marroquí complicaba su regreso a Sevilla sin riqueza alguna para ofrecer a su familia. La pobreza era el común denominador de los moros en España y su viaje a las Indias no debió haber sido tanto una elección como una única salida entrevista para superar una situación de estrecheces y carencias. Al no obtener tesoro alguno, la propuesta de fray Marcos debió hacerle creer que la vida le estaba ofreciendo una nueva oportunidad para disfrutar de ella.

Aquel desdichado expedicionario, el que con su optimismo y sus risas levantó tantas veces el ánimo de los navegantes durante la travesía del océano, el que compartió la larga caminata por el norte de América con sus compañeros Alonso, Alvar y Andrés, tejió con sus deseos una red de sueños y terminó sus días atrapado en ella.

El regreso

Como no podía ser de otra manera, el viaje de regreso a España de Alvar Núñez, estuvo signado por la zozobra. Dispuesto a partir en el mes de octubre, hubo de esperar a que pasase el invierno para hacerlo pues el barco que en aquella ocasión lo iba a transportar fue tomado en el mar por una tormenta y naufragó antes de llegar al puerto donde el jerezano lo aguardaba.

Navegando ya, dos navíos de los tres que constituían la flota, comenzaron a hacer agua y debieron volver a Nueva España. En el transcurso de esos días un tripulante del barco, al saber quién era el insigne pasajero que llevaban, se acercó hasta él y le relató una extraña historia.

Se presentó diciendo que era amigo de uno de los integrantes de la expedición de Narváez que, habiendo quedado en uno de los barcos que se dirigieron a Nueva España al perder el rastro de los demás compañeros, había salvado su vida. Este amigo suyo era casado, su mujer había viajado con él en una de las naves y por ella sabía que el comandante había sido informado del peligro que corría al tomar la decisión de internarse en tierra firme.

Estando todavía en Sevilla, y ya pronta a embarcarse, la esposa del marinero había visto que se le acercaba, una mujer quien así le habló

-Buena señora ¿Piensas embarcarte en esta nave que está por partir?

-Sí, así es. Voy acompañando a mi marido. ¿Por qué lo preguntas?

-Yo soy una mora de la villa de Hormachos y he venido aquí por-

que Alá me ha concedido el don de ver el futuro en algunas ocasiones Estaba anoche ocupada en mi cocina haciendo hervir un poco de agua para la comida cuando he visto, en el vapor que se levantaba de la olla, unas imágenes terribles. Flotaban en él muchas caras lívidas, cadavéricas, y se veían manos alzadas como pidiendo auxilio. Espantada por la visión, retrocedí para apoyarme en una pared y entonces escuché una voz en mi cabeza que me decía "Avisa a Narváez que, al llegar al nuevo mundo, no debe separar a sus hombres dejando parte de ellos en los barcos y parte en tierra. Si lo hace, terribles catástrofes se desatarán sobre los desembarcados y todos ellos morirán. Sólo podrán salvarse algunos si Dios obra por ellos grandes milagros".

Inmediatamente la visión desapareció y yo me arrojé en este manto y salí de prisa al camino para llegar al puerto antes de que la nave partiese. Vete ahora y dile a Narváez lo que te he contado para que no cometa un terrible error.

Atemorizada, la esposa del marinero pidió hablar con el comandante de la flota pero el permiso le fue negado. Al llegar a La Florida, y escuchar la decisión del gobernador de internarse en el territorio con la mayor parte de sus hombres, la mujer comenzó a dar gritos y a exigir ser escuchada. Para evitar el escándalo, Narváez accedió a recibirla y escuchó el mensaje que la mora le había pedido transmitiese. Cuando éste fue dado, el comandante rió

-¿Crees que mis decisiones dependen de los dichos de una loca? ¡Y mora por añadidura! Se ve, mujer, que muy mal me conoces.

Ante su intransigencia, la mensajera llorando y mesando sus cabellos rogó que al menos dejara que su marido permaneciese en el barco; su súplica fue escuchada y a ello debía la vida el amigo de quien esta historia narraba.

Cuando terminó de escuchar el relato, Alvar pensó, *la mora de Hormachos tenía razón, Narváez se equivocó y Dios ha tenido que obrar grandes milagros para que al menos cuatro de nosotros sobreviviéramos. Sólo Él pudo hacer que soportáramos el hambre, la sed, el frío, el desconocimiento de la tierra y de sus habitantes y, sorteando la locura y la desesperanza, llegáramos a reunirnos con los nuestros. Más aún, hoy me parece claro que el prodigio de habernos transformado en sanadores no fue otra cosa que un medio dispuesto por Él para que se cumpliesen sus designios de mantenernos vivos y permitir nuestro regreso a España. Desde que encontramos a nuestros compatriotas, los cuatro hemos perdido aquellos*

poderes que nos permitieron obtener el respeto y la compañía de las distintas tribus indias que fuimos conociendo. El plan divino incluía nuestra supervivencia y, alcanzada ésta, ha desaparecido el motivos más importante que lo hizo posible.

Mientras el español se perdía en estos pensamientos, el barco continuaba su camino. Al llegar a la isla de las Bermudas un viento huracanado lo sacudió colocándolo en delicado equilibrio sobre el filo de las olas mientras una de sus velas se desprendía y sus sogas bailoteaban sobre la cubierta. La luz de los relámpagos iluminaba en forma intermitente los cuerpos tensos y las manos aferradas a las jarcias pero el navío pudo sostenerse en la superficie y posteriormente, con el mar ya calmo, continuar navegando hacia su destino.

Cuando el fin del viaje parecía cercano, la nave debió enfrentar un nuevo peligro. A la altura de las islas Azores un barco francés la divisó y, estimando por su rumbo que estaba regresando de las Indias, puso proa hacia ella para abordarla y saquear las bodegas. Era presumible que en ellas llevaran el oro y la plata que España esperaba y los franceses no iban a dejar pasar la oportunidad de lastimar su orgullo y sus arcas.

Ya estaban sus cañones dirigidos hacia la nave, ya se acercaban a ella con todas sus velas desplegadas, ya acortaban la distancia que el pesado barco español no podía mantener. Dispuestos a defender lo que llevaban pero sabiéndose en inferioridad de condiciones, los atacados prepararon las armas para el combate y, cuando todo parecía perdido, una flota de nueve barcos con las insignias portuguesas ondeando en el viento, apareció en el horizonte.

Los enemigos, al observar que la formación lusitana se dirigía hacia ellos, rápidamente abandonaron sus intenciones de asalto y se alejaron del lugar. Antes de hacerlo, soltaron las cuerdas que los unían a una carabela colmada de esclavos que venían remolcando y les dieron a estos la falsa información de que el otro barco (el español) era francés.

Cuando los portugueses llegaron donde los esclavos, la jugarreta de los franceses casi alcanzó su objetivo de lograr que la nave española fuera atacada. Sólo en el último momento, el capitán Diego de Silveira, percibió lo que estaba ocurriendo y detuvo a sus hombres. Dispuesto a vengarse por el engaño sufrido y el desastroso error apenas evitado, envió cuatro de sus carabelas en persecu-

ción del corsario francés y se dirigió hacia la otra nave. Después de saludar a los navegantes, preguntó de dónde venían y qué mercadería traían. Le contestaron que venían de Nueva España y que traían plata y oro por un valor de unos trescientos mil castellanos. Así habló entonces el capitán portugués

—A fe mía que vienen muy ricos, pero traen un muy ruin navío y una muy ruin artillería. El renegado francés, ¡hijo de puta!, ha perdido un buen bocado, ¡voto a Dios! Ahora, puesto que han escapado, síganme y no se aparten de mí; que con la ayuda de Dios los pondré a salvo

Contando a partir de allí con tan buena custodia, continuaron la navegación hacia la tercera isla de las Azores y, luego de descansar en ella quince días en los que esperaron la llegada de otro navío que venía también de las Indias, prosiguieron su viaje hasta que, siempre custodiados por la formación portuguesa, entraron en Lisboa el 9 de agosto de 1537.

Tampoco el reencuentro con María fue el tan largamente esperado. En los diez años de ausencia, él la había recordado, la había deseado... y había estado con muchas otras. *Cierto es, se decía Alvar, que una mujer es muy distinta a un hombre, no sé si por naturaleza o por educación. Sin embargo no puedo dejar de preguntarme si la fidelidad de su cuerpo, de la que no dudo, se ha visto correspondida por una fidelidad semejante en el pensamiento. España me suponía muerto. ¿Qué juramentos podría yo citar como violados? ¿Qué culpas podría cargar aquélla a quién por largos años todos habían considerada viuda? ¿Es verdad lo que sostiene y a través del tiempo y la distancia nunca dejó de amarme porque siempre en su corazón me supo vivo?*

Su serenidad, que siempre tuvo en alta estima, ahora, por momentos, llegaba a exasperarlo. Ni una pregunta, ni el asomo de una duda respecto a su comportamiento con las mujeres; ¿acaso no le importaba que hubiese yacido con otras?, ¿había sido tan bueno su adiestramiento para el papel de esposa como para aprender a ignorar cualquier posible desliz de su marido?, ¿estaba tan convencida de quién era y de lo que valía que sus certezas se extendían al campo del amor que podía sentir por ella?

Más inseguro y menos domesticado que María, el jerezano no pudo evitar plantearle, en varias ocasiones, sus dudas respecto a los sentimientos que la habían habitado en los largos años de separación. Sólo obtuvo sonrisas y protestas de amor. ¡Cómo hubiese deseado que, por el contrario, ella se indignase o cuestionara la vida de su esposo en el nuevo mundo; que llorara a gritos o mesara sus oscuros cabellos ante cualquier interpelación de su parte! Pero nada; Alvar entendía que María era demasiado sensible e inteligente como para pensar que no había meditado sobre estas cuestiones, pero suponía que su corazón estaba tan sujetado por la razón que le resultaba imposible ponerlas en palabras. Para colmo de males, cuando el viajero regresó no pudo dejar a sus pies ni oro ni piedras preciosas, sólo ofrecerle su desconfianza como recompensa por tantos años de obligada soledad.

Alvar me mira y su mirada me inquieta. Con el corazón desgarrado lo he esperado día tras día porque nunca dudé de que estuviese vivo. No sé que hubiese ocurrido si hubiese pensado que no lo estaba. Tal vez me hubiese enamorado de otro hombre, o tal vez lo hubiera llorado hasta mi propia muerte. Pero era tan clara, tan fuerte la intuición de su supervivencia que el solo pensar en otro hubiese equivalido a traición. Cuando le explico estas

cosas, mi marido me abraza y parece tranquilizarse pero, al poco tiempo, vuelve a agitarse y a perseguirme con sus preguntas.

Más de una vez su desconfianza me irrita y debo hacer un gran esfuerzo para no demostrarlo. Yo comprendo su inquietud y no quiero aumentar con tormentos actuales los que pasó en todos estos años pero por momentos desearía gritar mi derecho a su confianza ¿Piensa por acaso que a mí no me tortura el pensar en su convivencia con los indígenas? ¿Puedo culparlo si durmió con indias, impedido como estaba de hacerlo conmigo? ¿Y si tuvo una sola india? ¿Y si ha tenido con ella los hijos que no tuvo conmigo? ¿Cómo podría reprochárselo pese a que el solo pensarlo me parte el corazón? Nada de esto que me desvela quiero decir ni deseo que él lo adivine ¿Cómo agregar culpas a su sufrimiento? De noche en el lecho me despierto y doy vueltas sin poder dormir. A mi lado escucho la respiración profunda de Alvar y entonces lloro y me pregunto cuándo podremos salir de este infierno. Cuándo nuestro reencuentro será posible.

Poco a poco, la situación de incomodidad y desajuste con sus pares y su tiempo se volvieron tan intolerables para el jerezano que no dudó en insistir ante el rey para que lo enviase a conquistar nuevos dominios. Por su conocimiento de la región de la Florida y del idioma de sus habitantes, supuso que era el hombre ideal para ser nombrado gobernador en aquellas tierras. Carlos I, pese a todo, desoyó su pedido y designó a Hernando de Soto para gobernar a Cuba y la región comprendida entre el actual estado de Carolina del Norte (EE.UU.) y el Río de las Palmas en Nueva España (territorio que equivale aproximadamente a la mitad del continente europeo)

Cuando le informaron de la decisión real, Cabeza de Vaca no pudo creer lo que se le decía. Tenían a su disposición a un hombre dispuesto a internarse por segunda vez en aquellas tierras lejanas, que conocía el territorio y que en ocho años de deambular por él había aprendido a comunicarse con sus habitantes hablando sus propias lenguas. Un hombre que sabía cómo eran sus costumbres y podía distinguir y localizar los grupos de indígenas belicosos y los que no lo eran. Un hombre que estaba capacitado para trazar las mejores rutas de exploración y conquista a partir de las observaciones que a lo largo de su recorrido había hecho. ¿Y con todo ese bagaje nombraban a otro como Gobernador de la región? Cuando de Soto le pidió que lo acompañase, declinó amablemente el ofrecimiento.

Alvar no podía entenderse a sí mismo. Entre llegadas, partidas y caminatas, vivió diez años lejos de su patria y suspirando por ella, y bastaron unos pocos meses en España para desear alejarse de aquel sitio y de su gente y en comenzar a trabajar para lograrlo. Lo más insólito era que no había pensado en dirigirse a cualquier otro lugar del mundo; desde el principio intentó regresar al que, mientras lo recorrió, le provocara tanto sufrimiento. Tal vez una inocencia primitiva, un retorno a la Edad de Oro, una posibilidad de compartir con el prójimo lo poco que se poseía y una capacidad de respeto y agradecimiento que él consideraba perdidos en su tierra, fueron los que comenzaron a transformarse en nostalgia en su cabeza.

Había pasado privaciones y angustias pero, en la balanza, pesaban mucho más los lazos solidarios con que aquellos indios lo habían sostenido que el recuerdo de las veces que algunos lo maltrataron. Sin su asistencia, ninguno de ellos, ni Dorantes, ni del Castillo, ni Estebanico, hubieran sobrevivido.

Pero, siempre el pero, allá en su alma, en esos rincones oscuros que tanto luchamos por no alumbrar, una duda no dejaba de develarlo ¿lo que buscaba era una sociedad menos corrompida por el oro o lo que deseaba realmente era encontrar tanto de éste que todos los que hoy lo ignoraban no pudiesen sino reverenciar su nombre? Mirar los propios abismos suele no ser aconsejable para quien sufre de vértigo moral y por eso, cuando estas preguntas se presentaban en su mente, prefería actuar en vez de meditar. Semana tras semana continuaba transitando palacios y despachos en busca de su designación en el gobierno de alguna provincia del nuevo mundo. Perdidas las esperanzas de volver a los territorios conocidos, buscaba algún otro lugar donde fueran útiles su experiencia y él.

Paralelamente a estas actividades, se dedicaba a redactar y ordenar sus recuerdos y a reunirse con otros españoles que habían regresado a la patria luego de vivir un tiempo en las Indias. Con ellos hablaban de viajes y tierras descubiertas, de regresos, triunfos y frustraciones. El alboroto de Sevilla y sus calles abarrotadas de gente le molestaba y la búsqueda de un lugar tranquilo donde compartir un momento con quienes habían vivido circunstancias más o menos similares a las suyas, se convirtió en aquellas lentas horas en su mejor pasatiempo.

Cuando la relación de sus recorridos y experiencias estuvo ampliada y concluida, el título surgió con facilidad, no podía ser otro, el libro se llamaría *Naufragios*. Naufragios de naves en el mar durante sus viajes, naufragio de él mismo sumergido durante años en otros paisajes y culturas, naufragio de sus sueños de gloria entre la indiferencia de los coterráneos.

El nombramiento

En marzo de 1540 Alvar obtuvo finalmente el reconocimiento que ya creía que nunca iba a llegar y el rey Carlos I lo nombró Adelantado, Gobernador, Capitán General y Alguacil de la provincia del río de Solís (que los portugueses llamaban de la Plata por ser el camino que las naves debían tomar para llegar a los tierras del rey blanco, cuyo palacio de plata y oro guardaba en sus recámaras grandes riquezas). La gobernación comprendía las tierras que se extienden al sur del Perú y que conforman tres países (Uruguay, Paraguay y Argentina) más la isla de Santa Catalina (actualmente brasileña).

Tres misiones principales les fueron encomendadas: ganar tierras y fortuna para la corona, impedir el avance de los portugueses sobre las posesiones españolas y ordenar el caos que, según distintas versiones, había sobrevenido en aquella región después de ciertas decisiones equivocadas tomadas por su antecesor, don Pedro de Mendoza.

Don Pedro pertenecía a una familia noble de Granada y había participado en la campaña de Italia y también en el saqueo de Roma que las tropas imperiales (entre ellas las españolas) realizaron para cobrarse los trescientos mil ducados que el papa Clemente VII les adeudaba por sus servicios. Lo que tenía de noble lo tenía de valiente, pero en el momento de su designación como Adelantado, la sífilis ya roía su cuerpo y su alma. Alvar estaba seguro de que muchos de los errores cometidos por su antecesor se debieron a las malas condiciones de salud en que se encontraba cuando, en 1535, llegó a las tierras que debía gobernar.

Su primer acto fue fundar una ciudad, Santa María del Buen Ayre, en un lugar donde la caza y la pesca eran abundantes y donde los indios los recibieron bien a él y a su gente. No faltaban allí las provisiones; los mismos naturales se encargaban todos los días de traerles comida que se sumaba a la que procuraban los cristianos no caballeros. Sin embargo Mendoza, enojado con los nativos porque un día no aparecieron, ordenó salir a buscarlos y matar a todos los que no apresaran; a partir de aquella infausta decisión, la vida de los habitantes de la villa se convirtió en un infierno. Sumado a los frecuentes ataques que culminaban con ranchos destruidos y barcos incendiados, el sitio que los indígenas habían impuesto los arrojó al sufrimiento del hambre. La desesperación fue tal que no faltaron los casos de antropofagia cuando las ratas y los insectos, últimos animales que quedaban, también desaparecieron. En 1537 Mendoza, con su carne estragada por la enfermedad, nombró a Juan de Ayolas para sucederlo como Adelantado y se embarcó para España. Dios no quiso que pudiera verla pues murió en alta mar; allí quedó sumergido su cuerpo, lejos de su tierra, con un profundo silencio y una completa soledad rodeando su propio silencio y su soledad eterna.

Desde entonces, las noticias que llegaban de aquellas regiones sólo hablaban de enfrentamientos entre indios y cristianos y de estos últimos entre sí. Por esta causa, el rey pensó que alguien acostumbrado a tratar con los naturales del nuevo mundo (más al norte o más al sur todos igualmente indios...) era el hombre adecuado para calmarlos, encauzarlos en la fidelidad debida a su soberano y llevarlos a la veneración del único Dios verdadero. Así surgió el nombre de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y su designación al frente de tan extensa gobernación.

Como recompensa por sus servicios se le otorgaba la doceava parte de todo lo que hubiese en aquella provincia así como de todo lo que de ella saliese o lo que a ella entrara. Por su parte, el recién nombrado gobernador debía ser quien proveyera las naves necesarias para cumplir con el mandato, las pertrechara y contratase a su tripulación. María separó ocho mil ducados de su propio peculio para que pudiese cumplir con lo que se le exigía e inmediatamente el jerezano se puso en movimiento para lograrlo. Al hacerlo, sin embargo, no podía dejar de pensar que a poco más de dos años de haberse reencontrado, su esposa bien podía haber puesto algún

reparo a su decisión de volverse a ir y no haber ofrecido tan fácilmente sus propios recursos para que lo lograra. Después de que tales ideas lo asaltaban, la culpa por no apreciar tanta generosidad y desprendimiento nublaba su corazón y, oscilando entre el temor de ser despedido por ella con demasiada liviandad y el de no ser él otra cosa que un ingrato y un vil, fue transcurriendo el tiempo de los aprestos de los barcos y el alistamiento de su tripulación.

"Bien caballero, estás durmiendo plácidamente y, ya ves, yo no aprovecho como antes la situación para llorar sino para escribir estas líneas que nunca leerás. He decidido que si lo que quieres es alejarte de mí, no seré yo quien te lo impida. No había pasado un mes de tu regreso cuando ya habías comenzado a mover cielo y tierra para ser enviado nuevamente al lugar que acababas de dejar. El nombramiento de Hernando de Soto como gobernador de Cuba te abatió pero no lo suficiente como para que abandonaras tus propósitos. Por lo visto, tampoco mi amor te resultó suficiente como para que desearas quedarte a mi lado.

¿Que quieres partir? ¡Si nunca volviste! Estos pocos años que han pasado has permanecido aislado en tu silencio o, cuando salías de él, acosándome con tus sospechas. Todo lo que yo recordaba de ti, tu humor, tu sensibilidad, tu gentileza, se ha perdido o, al menos, no has tenido interés en mostrarlos. He procurado rodearte de toda la paz y de todas las comodidades de las que durante años careciste. Para lograrlo, he callado reclamos y reprimido enojos. Todo ha sido inútil. Desde un principio sólo te has entretenido con la ampliación del relato escrito de tu historia, con la búsqueda de un cargo para volver a aquellas tierras y con la compañía de otros indios como tú.

Ahora ha llegado el peor de los momentos, ya no me angustia esta situación, ni siquiera me pregunto si me quieres o si te quiero. Te lo repito, no seré yo quien te retenga si deseas partir. Más aún, he decidido ayudarte para que puedas hacerlo. Siempre quisiste ser famoso por tus hechos heroicos y está claro que no será una mujer (incluso aunque la amaras) la que te podrá impedir que juegues todo por lograrlo. Que si los Vera, que si los Cabeza de Vaca, que si los españoles codiciosos, poco me importan ya tus motivos; te quieres ir y punto.

Quizás cuando te alejes de mí te arrepientas y valores lo que dejas, quizás no lo hagas nunca. ¿Sabes qué? Ya no me importa".

Como parecía escrito en las estrellas que todo lo que Alvar obtuviese en su vida había de llegar a través de sendas oblicuas y sorteando obstáculos impensados, sucedió que al conocer su nombramiento, la familia de Juan de Ayolas interpuso un recurso ante el Consejo de Indias para impedirlo. En esos momentos se ignoraba la suerte corrida por aquél y se lo sabía nombrado sucesor por el anterior gobernador, Pedro de Mendoza. La corona intervino directamente para que su soberana voluntad fuese aceptada. Y así el nuevo gobernador, si bien por un lado tuvo que enfrentar la desazón de una impugnación, por otro pudo experimentar en toda su dimensión el apoyo y la confianza que el rey depositaba en él.

Con la decisión de Carlos I tan claramente expresada y sostenida, el nombramiento fue ratificado y todo estuvo presto para zarpar a las Indias.

Segundo viaje

En septiembre de 1540, Alvar ya tenía alistadas tres naves con cuatrocientos tripulantes, las provisiones correspondientes y los treinta caballos que llevaba para facilitar los desplazamientos en el nuevo mundo. Los tres barcos descenderían por el río Guadalquivir desde Sevilla hasta el puerto de Sanlúcar y un cuarto navío se les uniría en las islas Canarias. Cuando todo estuvo listo para la partida, una multitud de familiares, amigos y curiosos se acercó al muelle para despedirlos. María no estaba allí.

Arribados a Cádiz a fines de aquel mes, hubieron de esperar a noviembre para poder zarpar. El mar, eterno y enconado enemigo del jerezano, agitado por tormentas terribles se alzaba ante ellos y se revolvía con furia impidiendo que surcaran su lomo. Cuando pudieron navegar, lo hicieron hasta las islas Canarias (aquellas que Pedro Vera conquistase casi un siglo antes para España) donde el otro barco los esperaba. Allí nuevamente el mal tiempo los atajó y las aguas revueltas los obligaron a esperar veinte días antes de poder continuar con el viaje.

Poco hacía que habían abandonado el refugio de la tierra firme cuando un gran boquete se abrió en el casco de la nave capitana y permitió que el agua penetrase y estropeará gran cantidad de las reservas de alimentos que en aquellas bodegas llevaban. Los marineros corrieron hacia las bombas de achique, gracias a ellas devolvieron al mar la mayor cantidad posible del agua que él les regalaba y la maniobra permitió mantener el barco a flote hasta que

podieron divisar una de las islas de Cabo Verde adonde se dirigieron para atracar y solucionar la avería sufrida.

Aquel lugar donde interrumpieron por tercera vez su camino, era famoso entre los navegantes de la época por las enfermedades que su aire supuestamente provocaba. No obstante la leyenda, ninguno de los miembros de la expedición vio afectada su salud (los que allí vivían tuvieron este hecho por gran prodigio y los tripulantes de las naves como gran señal de buenaventura) y reparada la nave, pudieron seguir adelante en su accidentada trayectoria.

En un momento de la misma, y habiéndose acabado la provisión de agua que acarreaban, se decidió ir a buscarla tierra adentro y, para ello, acercaron una de las naves a la costa. Era una noche oscura, sin luna, y poco antes del amanecer un grillo, que uno de los tripulantes llevaba como compañía, comenzó a cantar como en los dos meses y medio que llevaban de navegación nunca lo había hecho. El grillo cantaba alegremente mientras el barco se internaba entre rocas enormes que ninguno de los viajeros había visto pero que el pequeño insecto había sentido celebrando en ellas la presencia de la tierra. Rápidamente los navegantes adivinaron lo que ocurría, arrojaron el ancla y evitaron así el desastre total.

La pequeña mascota pasó a ser propiedad común de todos los tripulantes que por ella se sentían rescatados de un negro destino y pocos monarcas en la tierra recibieron en su vida el cariño y el cuidado que desde ese día rodeó al bautizado como Salvador.

Tiempo después, cuando recordaba las circunstancias del viaje, Alvar estaba seguro de que Dios se había hecho grillo, se había hecho canto, se había hecho centinela, para poder evitar una segura catástrofe. También pensaba que era una gran lástima que en todas las situaciones de riesgo que debieron afrontar en los cuatro meses que duró la travesía (tormentas, averías, el aire viciado de la isla de Cabo Verde y la traicionera costa rocosa) él solamente hubiera leído protección en lo que seguramente también había sido una advertencia divina.

El sur del nuevo mundo

Al llegar al nuevo mundo lo primero que hizo Alvar fue tomar posesión en nombre de su majestad Carlos I de un puerto de la costa de Brasil, Cananea, y mandar esculpir una cabeza de vaca en una piedra que allí estaba, para conmemorar el hecho.

-¿Se dan cuenta? ¡En lugar de las armas del rey ha hecho tallar el símbolo de su apellido!

-¿Será que piensa que los Cabeza de Vaca son más que los Hasburgo?

-¡Vaya delirios de grandeza los del señor Adelantado!

-¡Cuando el rey lo sepa lo fulminará con su poder!

El nuevo gobernador no ignoraba que quienes lo acompañaban lo criticarían por lo que había hecho pero entendía que su fidelidad a la corona era tal que, a través de los años, quien reconociera el nombre del vasallo no tendría duda alguna de quien había sido su señor.

El episodio anterior fue tan sólo una pequeña escala en la ruta que prosiguió hacia el sur bordeando la costa brasileña hasta que, el 29 de marzo de 1541, atracaron en la isla de Santa Catalina y se ordenó desembarcar a los tripulantes y llevar a tierra a los veintiséis caballos que habían sobrevivido a la travesía. Inmediatamente Alvar tomó posesión de aquel territorio en nombre de su majestad. Llamado por la curiosidad, poco después se acercó a ellos un indio que había vivido con españoles y, por lo tanto, hablaba la lengua

de los conquistadores. Tal circunstancia permitió que se lo indagara sobre la situación de los pobladores de Buenos Aires.

No fue él, sin embargo, quien mejor información pudo acercar, sino un grupo de nueve cristianos que, a poco de la llegada de Cabeza de Vaca, arribaron a la isla en una pequeña nave en la que huían de la villa cuya situación se necesitaba conocer. Los fugitivos relataron como Ayolas, cumpliendo órdenes de Mendoza, se había dirigido al norte por el río Paraná y luego aguas arriba por el Paraguay, fundando un puerto llamado Candelaria. En aquella zona habitaban unos indios llamados payaguos que recibieron muy bien a los recién llegados y cuyo jefe dio su hija como obsequio al propio Juan de Ayolas. Más adelante, cuando éste decidió partir desde allí tierra adentro para tratar de localizar los dominios del rey blanco y sus tesoros, dejó como su lugarteniente a Domingo Martínez de Irala a quien le ordenó esperara su regreso con los barcos alistados y le encomendó muy especialmente el cuidado de la mujer india que le habían regalado.

A poco de haber partido Ayolas, su lugarteniente se apropió de su pareja y, junto con sus hombres, hizo uso y abuso de las otras mujeres que allí se encontraban. Por esta razón se rebelaron los payaguos contra los españoles y, ante el peligro, Irala decidió descender por el río, sin esperar más al gobernador, y permanecer en Ascensión (poblado que otro español, Gonzalo de Mendoza, acababa de fundar el 15 de agosto de 1537). Cuando Ayolas regresó, encontró que los pacíficos indios que él había dejado eran ahora los mortales enemigos que terminaron por asesinarlo a él y a sus seguidores.

Todos estos acontecimientos se conocían porque Irala había decidido regresar al lugar que había abandonado, para tratar de buscar noticias del gobernador. Al llegar había sabido por el relato de unos indios (que pagaron con su muerte el haber sido emisarios de tales malas nuevas) la suerte corrida por Ayolas y sus acompañantes.

Cuando volvió a Ascensión, Irala fue elegido por sus compañeros de armas para hacerse cargo de la gobernación y decidió que ya era tiempo de enviar un grupo de hombres para que trajeran a dicha villa a los pocos habitantes que todavía permanecían en Buenos Aires. Al llegar allí el barco que transportaba a los soldados, estos encontraron, contra toda previsión, que sus pobladores habían establecido la paz con los indios, cultivaban la tierra, cazaban, y no deseaban abandonar el lugar. Los enviados de Irala comenzaron

entonces a amenazarlos y a maltratarlos. Los recién llegados debían hacer cumplir las órdenes de que abandonaran todo y se dirigiesen a Ascensión, los residentes se negaban a perder aquello que habían logrado. Los nueve españoles que habían llegado a la isla de Santa Catalina lo habían hecho huyendo de aquel trato despótico que, por lo que se sabía, era el mismo que los oficiales empleaban en el resto de la provincia.

Las noticias recibidas preocuparon al jerezano y comenzaron a delinear dentro de él la figura, todavía borrosa, de un posible enemigo. Quién no había dudado en traicionar y abandonar a su superior, quién había intentado trasladar toda una población sin consultar previamente a sus habitantes para saber qué era lo que ellos deseaban hacer, quién como consecuencia de sus actos manejaba tan discrecionalmente el poder en aquellas tierras, no era otro que Domingo de Irala. Álvarez venía a desplazarlo de su provisorio lugar al frente de la gobernación y, más allá de la legalidad de sus títulos, no dudaba, por todos los antecedentes que de él conocía, que esta situación iba a resultarle muy difícil de aceptar a quien, desde la muerte de Ayolas dos años atrás, detentaba el poder que ahora debería resignar.

Desalentado por las malas nuevas el gobernador entendió que lo más urgente era socorrer a los dos poblados españoles más importantes y optó por embarcar a parte de sus hombres, al mando de Pedro de Estopiñán Cabeza de Vaca, para que navegaran hacia Buenos Aires entretanto él, paralelamente, se internaba con los demás por tierra para llegar caminando hasta Ascensión.

La decisión no fue fácil de tomar porque los españoles sabían que para llegar a su meta deberían atravesar montañas, selvas y ríos. Lo evidente fue que su jefe, quien había recorrido tantas leguas por las nuevas tierras del norte, no se iba a detener por tener que recorrer trescientas por las nuevas tierras del sur.

Antes de comenzar el viaje, dos frailes franciscanos supieron de la presencia de sus compatriotas y vinieron a presentar sus respetos y a informar sobre la situación de los indígenas de aquellos lugares.

—Dios bendiga al señor gobernador.

—Y lo colme de gloria.

—Bienvenidos sean ¿Cuáles son las nuevas que desean transmitirme?

-Los indios, de esta región, esos ladinos, hipócritas desagradecidos, han fingido ser buenos amigos y luego, aprovechándose de nuestra confianza, nos han atacado.

-A traición y mientras dormíamos

-Cinco de los nuestros han sido asesinados y unos pocos, nosotros dos entre ellos, hemos podido salvarnos porque tenemos el sueño ligero y escapamos al escuchar los primeros gritos.

-¡Extraño lo que relatan! Hasta el momento, todos los nativos nos han recibido muy bien y continuamente se acercan con alimentos para que no pasemos necesidades. Ya mismo ordenaré que se inicie una investigación sobre lo sucedido.

-¿Acaso duda de la palabra de dos representantes de Dios en el mundo?

- Por experiencia he aprendido a confiar siempre en Dios y no muchas veces en sus delegados. Si dicen la verdad los responsables de la matanza serán castigados, pero quiero conocer bien los hechos antes de actuar.

Esclarecer el caso no llevó mucho tiempo, diversos indios e incluso algunos cristianos disgustados con lo ocurrido dieron su testimonio. Gracias a ello se pudo saber que los que habían iniciado el conflicto habían sido los españoles, incluidos los dos religiosos, quienes habían atacado a los indios intentando robarse a sus mujeres y que, al fracasar, habían prendido fuego a varias de sus viviendas.

Cuando supo Alvar Núñez cómo se habían desarrollado los hechos, buscó apaciguar a los nativos del lugar quienes, al tomar conocimiento de aquellas tropelías, quisieron vengarse de los dos frailes. Hubo entonces que convencerlos para que los dejaran vivos a cambio del compromiso de llevarlos a Ascensión. No fue una buena decisión, el tiempo demostró que lo mejor hubiese sido limitarse a echarlos de aquellos parajes. Ambos religiosos comenzaron a adelantarse por el camino y a robar para ellos los víveres que los indios acercaban en abundancia, con muestras de gran placer por la llegada de los conquistadores, y que Alvar pagaba con camisas y cuentas. Indignado por la situación, el jerezano ordenó prenderles, ellos quisieron escapar y entonces se decidió asignarles una guardia personal para que los custodiaran hasta que llegaran a Ascensión. En muy poco tiempo, el nuevo gobernador ya podía contar en su haber con dos enemigos más.

Desde un principio no pudo ser mayor el contraste entre el paisaje que el jerezano había fatigado unos años atrás y el que ahora recorría. En el norte la tierra había sido seca y sus frutos escasos, aquí el suelo era fértil y la vegetación tan abundante que tenían que recurrir a cuchillos y machetes para abrirse camino en ella. Si el color que evocaba la otra región era el marrón, en ésta el verde cubría el horizonte y el rojo se extendía bajo sus pies. A las aldeas pobres y escasas de alimentos de las tribus que conociera en su primer viaje, las reemplazaban las de los indios guaraníes que poseían maíz en cantidad y criaban patos y gallinas. Lo que en un lugar había sido escasez y mesura, en el otro era exhuberancia y desborde.

Único factor común entre tierras tan distintas era el buen trato con el que los indios de ambas regiones los acompañaban en su camino, buen trato al que Alvar intentaba responder con generosidad, no sólo repartiendo regalos entre ellos sino también estableciendo normas de convivencia entre indios y cristianos para impedir que estos últimos se aprovecharan de los primeros. A poco de llegar había tenido que intervenir reiteradamente para solucionar los conflictos que surgían porque los españoles pretendían que, si las tierras que iban descubriendo pasaban a pertenecer a la corona, las pertenencias de sus habitantes debían pasar a manos de quienes hasta allí llegaban. Para evitar estas discusiones, estableció la prohibición del comercio entre ambos grupos.

Al mes de partir de Santa Catalina decidió tomar posesión, en nombre del rey, de la región ya recorrida y le impuso Vera como nombre. De este modo, en Cananea una cabeza de vaca y en esa tierra la provincia de Vera, hacían honor a sus apellidos materno y paterno y a su linaje todo.

La tranquilidad de poseer provisiones les aliviaba las dificultades del camino donde la vegetación cerrada, las sierras y montañas que debían atravesar y la gran cantidad de ríos y ciénagas que los obligaron a construir hasta dieciocho puentes en un día, disminuían el ritmo de la marcha y la hacían fatigosa. La presencia de algunos animales como los gatos monteses, las víboras y los yacarés volvían la ruta más difícil. Para los indios, el yacaré era el pez más peligroso pues la dureza de su cuero impedía que penetraran las flechas o la hoja del cuchillo. También temían su aliento pues lo suponían capaz de matar, envenenándola, a cualquier persona a quien se lo echara en la cara. Al parecer, los españoles no dieron

demasiado crédito a estos dichos, un soldado (y futuro cronista) llegado al Río de la Plata en 1535 (Ulrico Schmidel) se jactaba de haber cazado y comido más de...3000 yacarés.

Calor; árboles enormes, helechos de todo tipo y lianas tendidas de rama en rama y de tronco en tronco impidiendo el paso de los hombres; flores extrañas, de todos los colores y de todas las formas esparcidas sobre la vegetación; y mosquitos, cientos de mosquitos acompañando la caminata, zumbando en los oídos y picando la piel de noche y de día. La pequeña molestia convirtiéndose con su insistencia en la realidad más insoportable.

En lento recorrido llegaron, el último día de enero, a un río que los indígenas llamaban Iguazú, lo que en su lengua significaba "agua grande", y los naturales que allí vivían los recibieron amistosamente y les avisaron que una tribu muy belicosa los estaba esperando aguas abajo para atacarlos. Alvar partió entonces sus fuerzas enviando una parte de ellas por tierra en tanto la otra, comandada por él, bajaba por el río hasta donde éste, según se les había informado, se unía con el Paraná. Allí se reencontrarían con el grupo que había seguido a pie por la selva.

Apenas iniciado el viaje por agua, observaron que la corriente aumentaba de velocidad y optaron por desembarcar en la orilla y transportar por tierra las canoas que acababan de comprar a los indios. Al parecer estos, en su interés por cerrar el negocio, olvidaron aclarar que a muy poca distancia el río se volvía innavegable... El gobernador comenzó muy rápido a comprender que toda desconfianza se justificaba en aquellas tierras.

Desembarcados todos, retomaron la marcha y entonces vieron un humo oscuro que, a lo lejos, se elevaba por sobre los árboles y escucharon un ruido sordo que aumentaba a medida que se acercaban.

Asustados y enmudecidos continuaron caminando mientras historias de dragones y monstruos desconocidos rondaban por sus cabezas. La vegetación era tan tupida que no les permitía observar nada más allá del largo de sus brazos y hubieron de apelar a todo su coraje para continuar avanzando entre ella.

La imposibilidad de anticipar lo que los esperaba detrás de cada árbol, sumado al temor por lo que cada uno imaginaba que debería enfrentar, cerraba sus bocas y abría sus ojos. Los arcabuceros apretaron sus armas y los demás desenvainaron las espadas, todos dispuestos a combatir con lo que fuera que sea que...

De pronto, las vieron

Allí estaban, rugientes, terribles, magníficas.

Inmensos caudales de agua que se precipitaban desde distintas alturas, chorros de espuma que caían y millares de pequeñas gotas que se elevaban al cielo desde lo más profundo del abismo para formar las nubes que habían confundido con humo.

Aquellos saltos se desplegaban ocupando el primer plano de un enorme escenario en cuyo segundo plano, una garganta gigante no dejaba de no llenarse nunca con las aguas que desde la mayor de todas aquellas alturas caían constantemente en ella.

Rocas y plantas asomaban entre las cascadas y el sol atravesaba la corriente despeñada multiplicando arco iris.

El río por el que habían viajado poco antes, por la violencia de la caída se convertía en otro y volvía luego a tener la misma apariencia plácida de cuando lo habían conocido. Tanta agitación, tanto ruido y tanta belleza eran sólo la aceleración de un fluir constante; un estruendo entre dos silencios. La eternidad del tiempo y el instante de la vida.

Mudo y azorado, Alvar Núñez Cabeza de Vaca hincó su rodilla en tierra para agradecer al Creador tanta maravilla gratuitamente ofrecida al hombre. A su alrededor, sus hombres se arrodillaron imitándolo.

Las cataratas del Iguazú proclamaban la gloria de Dios, la de España y la de todos ellos.

Lloraron.

Domingo Martínez de Irala

Señor gobernador, un indio desea ser recibido por usted para transmitirle importantes novedades.

-¿No ves que estoy ocupado estudiando las rutas posibles de nuestra próxima expedición?

-Si señor, lo veo, pero el mensajero insiste en la urgencia de hablar con usted

-De acuerdo, hazlo pasar ¡y más le vale a ambos que las noticias justifiquen tanta premura!

-Buenos días señor gobernador.

-¿Qué tienes para decirme?

-Señor gobernador, vengo enviado por...el señor gobernador Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Él acaba de llegar de España y quiere que sepa que trae consigo los papeles de su nombramiento firmados por el rey. En estos momentos ha iniciado por tierra, desde la isla de Santa Catalina, el camino hacia esta ciudad y solicita le envíe dos bergantines al Paraná para facilitar su llegada y la de sus hombres.

-¿Pero qué dices? ¿Cómo puede ser que...? ¡Retírate de mi vista si aprecias tu vida! ¡Vete!

Bien, bien, bien. Así que su majestad finalmente se ha molestado en nombrar un gobernador para el Río de la Plata y ha decidido que no sea yo sino otro súbdito quien ostente el cargo. ¡Es lo que yo llamaría una elección muy inteligente!

Han pasado seis años desde que llegué a estas tierras acompañando a Mendoza. Las he recorrido, las conozco, he participado en la fundación de varias poblaciones, he peleado contra sus habitantes y he tenido que sufrir hambre y sed. Hace ya dos años que mis compañeros y el veedor Cabrera, delegado del rey, me eligieron gobernador siguiendo la voluntad de Ayolas que me había designado su sucesor. Todavía no entiendo cómo aquel oficial pretendía que nos quedásemos casi un año tranquilos esperando su vuelta de la expedición por tierra que inició. Nosotros somos hombres, no ángeles, y las indias tampoco se hicieron rogar demasiado. En fin, que tuvimos que huir de Candelaria y para cuando volví a buscarlo él ya estaba muerto y yo tenía su mandato en mis manos. Mi conciencia y yo sabemos hasta que punto me he jugado el todo por el todo ¿Y ahora debo aceptar que el rey, cómodamente instalado en su palacio y rodeado por su corte, decida que sea otro el que continúe en mi lugar? ¿Tan poca idea tiene de lo que valgo y de lo que estoy dispuesto a hacer para conservar lo alcanzado? ¡No he nacido vasco para abandonar fácilmente lo que me pertenece! ¡No por casualidad ni romanos ni moros pudieron pisar nuestra tierra! Tenía veintiséis años cuando mis padres murieron y yo abandoné todas mis posesiones para acompañar a Mendoza en su viaje al Río de la Plata; aventuras y riquezas me llamaban por igual ¿Acaso pueden pensar que quien estuvo dispuesto a dejarlo todo, va a renunciar así como así a los derechos que adquirió, no por voluntad soberana sino por mérito propio? Ya veremos cuál es la talla de Alvar Núñez pero, por empezar, voy a detener los preparativos para la expedición que estaba preparando para ir en busca del oro y la plata. No trabajaré para que otro se lleve riquezas y honor. No será mi intención facilitar su tarea... ni los dos bergantines que me pidió.

¿Quién era este Domingo Martínez de Irala de los documentos oficiales, "Chomín" para la familia, "Capitán Vergara" para sus compañeros y Domingo de Irala según su firma? En principio, era miembro de una familia que habitaba en la villa de Vergara (provincia vasca de Guipuzcoa, España) y su padre era Escribano real (Pedro Pérez de Irala) lo que señalaría, de acuerdo a las costumbres vascuences de aquella época, su rango de persona principal. Por disposición testamentaria de sus padres, se estableció que Domingo heredaría el mayorazgo⁵ ya que su otro hermano varón, Pedro,

⁵ Conjunto de bienes familiares vinculados entre sí que no pueden separarse; su objetivo es evitar la diseminación del patrimonio familiar.

había fallecido y las provincias vascas habían adoptado la costumbre castellana de nombrar herederos a los hombres.

Al quedar huérfano Irala abandonó la preparación para ejercer el notariado, que dejó como marca una cuidada caligrafía, vendió los pocos bienes que poseía libres del vínculo del mayorazgo y, renunciando a una vida económicamente cómoda y a un cargo de prestigio, se alistó en la expedición de Pedro de Mendoza.

Ya en estas tierras, participó con el Adelantado en las fundaciones de Santa María del Buen Ayre, Esperanza y Corpus Christie y en la de Candelaria junto a Juan de Ayolas. Con este último se dirigió, en octubre de 1536, aguas arriba de los ríos Paraná y Paraguay acatando las órdenes de Mendoza de buscar una entrada por donde dirigirse por tierra al país del rey blanco. Precisamente el lugar que llamaron Candelaria, donde decidieron emplazar un fuerte, fue el punto más apto que encontraron para iniciar dicho camino.

Quien iba al mando de la expedición era Juan de Ayolas y allí fue donde él decidió internarse tierra adentro mientras Irala lo esperaba con las naves prestas en el río. Antes de partir dejó por escrito su voluntad de que Domingo de Irala lo reemplazara en el mando en tanto él estuviera ausente. Cuatro meses después de su partida, dos naves llegaron desde Buenos Aires para prestar su apoyo pero, como sólo cabía esperar el regreso de quienes se habían internado por tierra, decidieron volver al Río de la Plata. Por sus capitanes Irala tomó conocimiento de que Mendoza se preparaba a volver a España y había nombrado a Juan de Ayolas como su sucesor al frente de la gobernación. En el viaje de retorno a Buenos Aires uno de los capitanes, Juan de Salazar, fundó Ascensión.

Pasados seis meses más, Irala bajó hasta la nueva villa para reparar los barcos y aprovisionarlos. Tal como los españoles que escapaban de Buenos Aires habían relatado a Cabeza de Vaca, al volver a Candelaria, Irala y su gente cometieron todo tipo de atropellos con los indios del lugar y debieron huir ante su reacción. Cuando Ayolas y los suyos retornaron al puerto, se encontraron solos, sin ninguna nave esperándolos y los indígenas, que los habían recibido amistosamente y a quienes habían dejado conviviendo pacíficamente con sus compañeros, terminaron con sus vidas. Unos meses más tarde, Irala se dirigió nuevamente hacia el puerto de Candelaria y allí supo de la muerte de todos los españoles. Al volver a Ascensión, sus pobladores y un veedor (inspector) real lo

designaron gobernador (1539) de acuerdo con el mandato escrito dejado por Ayolas (quien, además, ordenaba que se lo esperase, se mantuviese el buen trato con los indios y se construyera un fuerte). El asesinado gobernante en todo fue desobedecido salvo en la disposición sucesoria.

Ascensión

Pasadas las cataratas, los hombres de Cabeza de Vaca pudieron botar nuevamente las canoas en el río y continuar hasta el Paraná donde esperaban encontrar los navíos que, en su socorro, habían solicitado al gobierno de Ascensión.

Confirmando el presentimiento del nuevo gobernador respecto a la molestia que para los entonces gobernantes significaba su presencia y la escasa colaboración que estarían dispuestos a brindarle, los barcos no aparecieron nunca.

Ante la situación difícil que se planteaba se decidió enviar en las canoas, aguas abajo, a treinta de los hombres que se hallaban muy enfermos. Su estado era tal que continuar caminando con ellos hubiera sido llevarlos hacia una muerte segura y, simultáneamente, arriesgar la vida de los demás demorando aún más su marcha por aquellos dificultosos caminos. Algunos de los enfermos debían ser transportados en angarillas por la cerrada selva y, amén del tiempo que ese transporte insumía, sus portadores quedaban imposibilitados de defenderse de cualquier ataque de los indios.

Tomada la resolución, se los hizo acompañar por otros cincuenta hombres armados de ballestas y arcabuces que los protegerían de eventuales ataques de las tribus que por aquella región se encontraban y cuya disposición pacífica u hostil hacia los conquistadores ellos ignoraban. La idea era que llegasen hasta las posesiones de un indio llamado Francisco quien, según contaban los nativos, había sido criado por cristianos y participado en la fundación de Ascensión. Él no dudaría en ayudar a los enfermos y a sus custodios.

Embarcados quienes viajarían en las canoas, los demás hombres continuaron el camino por tierra y en su transcurso tomaron conocimiento, por palabras de cristianos que iban encontrando en su marcha, que la villa de Ascensión había sido atacada reiteradamente por algunas tribus indias. Por esta razón sus habitantes aguardaban esperanzados la llegada de los refuerzos para sentirse protegidos. La noticia preocupó a Alvar porque sus tropas, disminuidas en su número por los contingentes que envió a Buenos Aires y a las tierras del indio Francisco, no iban a arribar a Ascensión como un poderoso ejército salvador sino apenas como un grupo de unos doscientos soldados agotados. Pensó en la desilusión que esta llegada provocaría en los vecinos y se preguntó si ella influiría en sus relaciones posteriores con ellos.

También en aquel tiempo se le informó que los oficiales de Irala habían logrado cumplir con las órdenes recibidas. Buenos Aires había sido totalmente despoblada y su gente trasladada a la ciudad hacia la cual se dirigían.

Ambas novedades le hicieron apurar el paso. No podía dejar de pensar en el riesgo que corrían los miembros de su propia expedición a quienes había enviado a Buenos Aires en la ignorancia total de su despoblamiento. Alvar había supuesto que iban a encontrarse con el grupo de españoles que estaban afincados en aquellas tierras y que su tarea consistiría en imponer su autoridad sobre los enviados de Irala para que respetasen la voluntad de los pobladores. Ahora tomaba conocimiento de que las circunstancias eran otras y al imaginar aquel puñado de hombres en medio de una total desolación, expuestos al hambre y a los ataques de los nativos, se le hacía imprescindible asumir rápidamente el cargo de gobernador para disponer el auxilio necesario.

Por otro lado, le urgía comenzar las tratativas de paz con los indios de la región que ya eran súbditos de su majestad y muchos de los cuales, de acuerdo a lo que se le informaba, no parecían estar dispuestos a reconocerlo; lograr que lo hicieran era uno de los objetivos que se le habían encomendado.

A medida que se acercaban a la ciudad, más y más cristianos e indios pacíficos salían a saludarlos y a darles la bienvenida. Finalmente, el 11 de marzo de 1542, llegaron a Ascensión y allí fueron recibidos por Irala y sus oficiales ante quienes Cabeza de Vaca presentó las provisiones y poderes con las que el rey lo había hon-

rado. La ceremonia fue breve y los rostros adustos. No hubo festejos ni grandes recepciones. Para los recién llegados quedaba claro que no era la pobreza evidente de la ciudad la causa de tan austero recibimiento sino el enojo de Irala por tener que dejar el poder que detentaba desde la muerte de Ayolas.

Al mes de haber arribado los "conquistadores nuevos", así llamados para diferenciarlos de los "conquistadores viejos" llegados con Mendoza, pudieron reencontrarse con los compañeros (enfermos y custodios) que habían sido enviados en canoas por el Paraná. Supieron entonces, por su relato, que la supervivencia no había sido fácil. Apenas iniciado su viaje aguas abajo, las tribus que habitaban en las orillas de aquel río se habían reunido y durante catorce días con sus noches, los habían hostigado con sus flechas. Afortunadamente el indio Francisco, conocedor de la situación, había ido a buscarlos junto con un grupo de indígenas que atacaron a quienes los acosaban y acompañaron a los españoles hasta tierra firme. Ya en ella, el tal Francisco los alimentó y protegió hasta el día en que llegaron los dos bergantines que el gobernador Cabeza de Vaca había enviado en su búsqueda desde la ciudad de Ascensión.

Ninguno de los hombres había muerto y ellos no dudaban de haber sido amparados en el río por la gracia divina. Socorridos después por el aliado indio, todos pudieron volver sanos y salvos al lado de sus camaradas que los recibieron con grandes muestras de júbilo.

Santa María del Buen Ayre

Para socorrer con rapidez a quienes estaban en Buenos Aires, el nuevo gobernador ordenó la inmediata construcción de dos barcos y envió en ellos a varios de los hombres que Irala compulsivamente había trasladado a Ascensión. La medida tenía como fin aprovechar sus conocimientos del lugar para facilitar el nuevo afincamiento de españoles en él. Posteriormente, otros dos bergantines fueron remitidos con el objeto de transportar alimentos, herramientas y armas que alejaran los fantasmas del hambre que muchos de ellos habían padecido junto a Mendoza, y les permitieran defenderse de los indios en caso necesario.

Alvar entendía que la decisión de despoblar la villa había sido un desacierto de Irala pues su existencia era imprescindible como puerto de arribo de las naves españolas y como lugar adecuado para levantar un astillero donde se construyesen barcos ligeros para remontar el Paraná. Se preguntaba por qué su antecesor, al hacerse cargo de la gobernación, había tomado esa actitud y qué lo había llevado a deshacer lo que los pobladores de Buenos Aires habían logrado consolidar. No lo conocía lo suficiente pero sus ambiciones las consideraba tan claramente expuestas en su proceder con Ayolas, que no podía dejar de pensar que lo suyo no había sido un error estratégico sino, por el contrario, que fue su interés personal el que lo llevó a reunir a todos los españoles en Ascensión. Su concentración en un solo lugar le facilitaría el ejercer sobre ellos en forma directa la autoridad que por aquel entonces detentaba.

Pero la idea de volver a fundar aquella castigada ciudad, quedó finalmente en el plano de las intenciones. A pocos meses de haber llegado, todos los cristianos que se encontraban en ella se vieron obligados a abandonarla y llegaron a Ascensión. Recién entonces se conocieron los detalles de la suerte corrida por los hombres de la expedición de Cabeza de Vaca que habían sido enviados desde Santa Catalina para ayudar a los habitantes de Buenos Aires. Al llegar y desembarcar, sólo habían encontrado los restos del poblado vacío. Un papel, amarrado a un solitario poste y agitado por el viento de aquel devastado lugar, avisaba que allí había una carta y ésta fue hallada enterrada al pie del madero. En ella, y en unas pocas líneas, Irala informaba que todos los pobladores del lugar habían sido trasladados a Ascensión. Donde habían esperado encontrar casa, comida y cristianos, los esperó el hambre y la lucha con los indios. Veinticinco hombres huyeron hacia el Brasil y el resto salvó su vida gracias a la llegada providencial de las naves que, desde Ascensión, Cabeza de Vaca les había enviado. Fortalecidos con los alimentos que colmaban sus bodegas y bien pertrechados con las armas que ahora poseían, decidieron proceder al restablecimiento de la villa pero la tarea se transformó en imposible. El clima invernal riguroso llegó acompañado por las crecidas intermitentes del río de la Plata que no dejaba de derruir lo que ellos construían. Paredes y parapetos eran levantados con esfuerzo y destruidos con total facilidad. El viento helado cruzaba las pocas calles de la aldea y el escaso número de habitantes, unido a la indefensión que la falta de muros suponía, los convertía en un blanco demasiado fácil para los ataques de los indios (a quienes el maltrato recibido por los soldados de Irala los había enemistado nuevamente con los españoles). Salir a cazar se convirtió en imposible por el acecho y las flechas de los nativos, el invierno impedía trabajar la tierra y sólo la pesca y el racionamiento de los víveres que habían traído los barcos les permitió sobrevivir. La suma de inconvenientes convenció a los pobladores de que era necesario abandonar la empresa y de allí su decisión de regresar a Ascensión.

Buenos Aires no pudo ser reconstruida y Alvar vivió esta imposibilidad como un fracaso personal. Estaba convencido de la importancia estratégica del emplazamiento de aquella villa y estaba dispuesto, si Dios se lo permitía, a insistir hasta lograr repoblarla nuevamente.

Los indios

A mén del tema Buenos Aires, al nuevo gobernador lo desvelaba la relación con los indios pues estaba convencido de que era imposible continuar con la conquista y gobierno de la tierra si no se llegaba a un entendimiento con quienes la ocupaban. Cualquier movimiento para extender los dominios de la corona iba acompañado de una disminución en las fuerzas que custodiaban las zonas ya ocupadas y era de suponer que, salvo que aceptasen su vasallaje al rey, los indios aprovecharían estas circunstancias para atacarlos. Por otro lado, vivir en poblados continuamente asediados y con sus habitantes más preocupados por defenderse que por levantar las paredes de sus casas, cultivar el suelo y criar animales, dificultaba que los cristianos se arraigasen a la tierra y la hiciesen suya. España había aprendido, en la reconquista de los territorios invadidos por los moros, la importancia que tenía que el ocupante de un pedazo de tierra supiese que pelear por él era mantener como suyo algo que ya le pertenecía. El honor, la patria, la Corona, eran valores e instituciones que se estaba dispuesto a defender, pero el maíz, el pato, la gallina y la casa con su fuego encendido, eran cosas por las cuales se estaba preparado para morir.

Alvar sabía, por su experiencia en las tierras del norte del continente, que la buena palabra y el gesto amistoso acercaban incluso a las criaturas más rebeldes. En sus nuevas circunstancias decidió apelar a ellos para ganarse la buena voluntad de los indios. Necesitaba que los hombres de la Iglesia lo ayudaran porque consideraba que la iniciación de los indios en el amor y el respeto al

único Dios verdadero, era el camino más seguro para que reconociesen simultáneamente la autoridad del rey católico de España. Para lograr su propósito, reunió a oficiales y religiosos, les encomendó que tuviesen buen trato con los indígenas y les leyó una carta donde Carlos I sostenía igual temperamento. No dudó en recordarles que el Papa Paulo III había establecido en la Bula *Sublimis Deus*, en 1537, la naturaleza humana de los indios e insistió en que se les impartiera la doctrina religiosa. Simultáneamente les ordenó que quienes la enseñaran velaran por la no existencia de abusos y les exigió que, si los hubiese, los denunciaran ante él.

Poco después convocó a los guaraníes que allí vivían y les explicó que el rey lo había enviado para asegurarse de que conocieran la verdadera fe y para convertirlos en buenos súbditos de su majestad. También les hizo saber que aquello redundaría en su propio beneficio ya que serían bien tratados y mejor favorecidos. Personalmente se comprometió a intervenir para hacer justicia ante cualquier denuncia de ofensa o maltrato que ellos le hiciesen llegar. Finalmente, y como prueba de sus buenas intenciones para con los cristianos y de aceptación de la Verdad revelada que les hacían conocer, les exigió que se abstuvieran de ingerir carne humana. A diferencia de la conducta escandalosa que para los indios de las tierras del norte había supuesto el canibalismo practicado por los cristianos entre sí (incluso siendo éste motivado por una necesidad extrema), los nativos de esta región lo aceptaban e incluso lo practicaban comiendo el cuerpo del enemigo que derrotaban en alguna de sus habituales guerras.

El pedido del gobernador produjo un gran revuelo entre los guaraníes. En el tiempo que se extendió su mandato, Irala no había presentado objeción alguna a su costumbre.

-Pero, si no comemos su cuerpo ¿cómo haremos para apoderarnos de su espíritu?

-¡No podremos aumentar nuestra valentía con la que habitaba en los enemigos muertos!

-¡Terminaremos siendo más débiles que las otras tribus y seremos derrotados por ellas!

-No, no, ¡están equivocados! Nuestro Dios, el Dios que queremos que conozcan y amen, los acompañará en sus luchas aumentándoles su valor.

-¿Tan poderoso es?

-Se los aseguro, abandonen esta práctica que a Él ofende y recibirán Sus favores a través de espléndidas cosechas en los campos y grandes victorias en las batallas.

Más difícil que con los guaraníes era la situación planteada con la tribu de los agaces, indios que habían luchado contra los españoles y que luego les habían dado una palabra de paz que rápidamente violaron. Poco antes del arribo de Cabeza de Vaca, habían atacado varias veces a la población y particularmente a los guaraníes que habitaban junto a los cristianos y que eran, desde tiempos inmemoriales, sus mortales enemigos. Al conocer su llegada, tres o cuatro de sus jefes pidieron una entrevista con el flamante gobernador y ofrecieron un nuevo acuerdo de paz. Alegaban que el anterior había sido roto por unos jóvenes de la tribu que habían actuado impulsivamente y sin haber solicitado el permiso de los principales (autoridades de la tribu, caciques) para hacerlo. Con cierta desconfianza, el jerezano aceptó sus razones y les ofreció tenerlos por vasallos del rey y por amigos en tanto cumpliesen con su palabra, pero les advirtió que, en caso contrario, no toleraría una nueva traición y los consideraría sus peores enemigos. Como garantía de renovada relación les ofreció alimentos para llevar y ellos, por su parte, se comprometieron a dejar bien en claro sus intenciones acercándose sólo de día a Ascensión y evitando atacar a los guaraníes que allí moraban.

Los indios agaces no eran los únicos que estaban en guerra con los guaraníes. Río arriba, la tribu de los guaycurús había atacado a varios de sus asentamientos, había matado a muchos de sus miembros y había despoblado el lugar donde se encontraban, Caaguazú. Enterado de tales nuevas, Alvar les envió varios emisarios para pedirles que se tranquilizaran, cesaran los ataques contra los aliados indios de los españoles y acataran la autoridad del rey por él representada. El reiterado rechazo de todas las embajadas, determinó que el mismo gobernador se pusiese al frente de sus hombres y de cientos de guaraníes que vinieron a acompañarlos. Terminados los aprestos, marcharon juntos contra los guaycurús.

En la formación de su ejército Cabeza de Vaca colocó primero a los indios, luego a los arcabuceros y ballesteros comandados por él mismo y, cerrando la formación, a la tropa de a caballo. A miles de leguas de Europa y de sus campos de batalla, había decidido emplear la táctica militar que Gonzalo Fernández de Córdoba había

ideado para la conquista de Nápoles. Como en el ejército del Gran Capitán, la infantería era la que adquiría preponderancia y la artillería y la caballería las que la apoyaban. El éxito logrado por esta nueva formación contra los franceses (en la concepción táctica anterior el papel principal le correspondía a la caballería) justificaba su empleo. También aumentaba el optimismo respecto a los resultados de esta guerra contra los indios dado que servía para compensar la escasa cantidad de caballos que se poseían

Mientras los hombres atravesaban el monte ocurrió que un tigre cruzó la fila de los indígenas y el miedo que esta situación les provocó, hizo que comenzaran a correr y a emitir alaridos. Los cristianos, al ver tamaño desquicio, supusieron que los guaraníes los estaban atacando y dispararon contra ellos. Despavoridos, los indios huyeron a refugiarse entre los árboles y, aclarada la situación, fue necesario emplear un largo tiempo y una extensa paciencia para convencerlos de que volviesen con el resto de la formación. Finalmente pudieron aceptar que todo se había debido a la mala interpretación de un hecho fortuito como había sido la aparición de aquel tigre entre sus hombres y volvieron a encolumnarse. Igualmente Alvar debió olvidar las tácticas empleadas en la vieja Europa y, adaptándose a la realidad de aquellas tierras, modificó la disposición de la tropa y colocó a los nativos cerrando la marcha y a los cristianos encabezándola. Buscó así demostrarles que los españoles no temían exponerse y avanzar al frente para encontrar y atacar a quienes habían exterminado a los miembros de la tribu hermana..

La experiencia vivida, en la cual en plena desbandada no faltaron dos arcabuzazos que pasaron muy cerca de su cara, hizo reflexionar al gobernador. Era evidente que las dificultades que presentaba su proyecto de lograr que se desarrollara un clima de buena convivencia entre cristianos e indios eran muy superiores a las esperadas. La desconfianza mutua era una presencia casi ostentosa entre ambos grupos.

Después de mucho andar sin dar con ningún asentamiento guaycurú, los guías informaron que era muy posible que en aquel tiempo los indios hubieran levantado sus poblados, cosa que regularmente hacían, y estuvieran buscando un lugar nuevo para radicarse. Cuando los españoles lograron establecer contacto visual con los miembros de aquella tribu decidieron seguirlos de lejos hasta que se detuvieran y, cuando así lo hicieron, los atacaron en horas de la

madrugada. Al verlos, los guaycurús corrieron a buscar sus armas y los enfrentaron con la valentía que todos los relatos sobre sus guerras habían hecho esperar; sin embargo, la presencia de los hombres a caballo, que nunca habían visto antes, los desconcertó y finalmente optaron por huir al monte, no sin antes prender fuego al poblado. Pese a todo, los triunfadores lograron hacerse de cuatrocientos prisioneros y con ellos volvieron victoriosos hacia Ascensión. Allí los pobladores, guaraníes y cristianos, los esperaban para agasajarlos y festejar con ellos la victoria.

Tiempo después, los principales de estos indios llegaron hasta la gobernación y acordaron la paz con Cabeza de Vaca. Su argumento era que, en su larga historia de enfrentamientos con distintos pueblos, los cristianos eran los únicos que habían logrado vencerlos y, por lo tanto, reconocían su valor y no consideraban indigno darles su voto de obediencia. De ahí en más siempre mantuvieron su palabra y fueron fieles súbditos del rey.

Para quienes, quedaba claro, los conceptos de fidelidad y de palabra empeñada no tenían ningún valor, era para los agaces. En ausencia del grueso de la tropa, nuevamente habían roto sus promesas y habían quemado las casas y robado las mujeres de los guaraníes que allí residían. Cuando el ejército regresó y se conocieron estas novedades, el gobernador decidió que era necesario dar una respuesta clara a lo que él juzgaba una vil perfidia y condenó a muerte a trece agaces que se hallaban prisioneros. Buscó de esa manera dejar asentado, ante indios y cristianos, que sus palabras no habían sido pronunciadas en vano cuando advirtió que una nueva traición de los miembros de aquella tribu los convertiría en sus enemigos y que no tendría piedad para con ellos.

Por ese tiempo, en Punta Piedras, al norte de Ascensión, un grupo de cristianos enviados por Alvar para explorar una entrada tierra adentro buscando caminos posibles para llegar a los dominios del rey blanco, fue traicionado por un indio principal que se había ofrecido como guía. El nativo se llamaba Aracare y con mañas y habladurías consiguió que los guaraníes que participaban en la expedición se volvieran a sus pueblos en tanto él convocaba a otros grupos tribales para que atacasen a los españoles. Ante esta situación, superado ampliamente su número por el de sus enemigos, los exploradores debieron regresar a Ascensión para poder salvar su vida. Visto lo ocurrido, Cabeza de Vaca ordenó que un ejér-

cito formado por cristianos y guaraníes partiera hacia aquella zona, pero se perdieron tierra adentro y debieron regresar, siendo todo el camino hostigados por Aracare y sus secuaces. Ante la reiteración de los ataques, el gobernador decidió iniciar un proceso al cabecilla de los rebeldes y, como consecuencia de éste, lo condenó a muerte. La sentencia fue ejecutada por Irala cuando volvía de una expedición encomendada por Alvar para buscar también una entrada hacia el soñado reino de los tesoros.

El incendio

Era de noche, era la hora de profunda quietud que anuncia la cercanía del alba.

Un perro dio el alerta, sus ladridos desesperados despertaron a su dueño quien por la ventana vio el perfil iluminado por el fuego de una casa vecina. A sus gritos, hombres y mujeres salieron al descubierto para contemplar impotentes cómo el viento levantaba remolinos de chispas y los depositaba en techos y paredes.

En el cielo oscuro miles de mariposas anaranjadas volaban y enormes y sibilantes serpientes rojas y azules proyectaban extrañas sombras que bailaban sobre los cuerpos y los rostros demudados de cristianos y de indios.

Ya no había oscuridad ni silencio. A los llantos de los pobladores que observaban como se iban consumiendo sus pertenencias, se sumaba el crepitar de la paja que, al quemarse, transformaba en cenizas las casas enteramente construidas con ella.

El fuego se llevó todo; viviendas, alimentos, ropas, herramientas. Duró cuatro días y cuatro noches y nada se pudo hacer para detenerlo; el dragón se calmó cuando ya no quedaba nada para devorar. Entre el polvo gris deambulaban las grises carnes en cueros de aquellos espectros que habían sido los habitantes de Ascensión.

Doscientas casas se perdieron y sólo quedaron en pie cincuenta de ellas que se levantaban en el medio de un arroyo. Con su propia hacienda Alvar socorrió a quienes nada les había quedado y ayudó a que se construyesen nuevas viviendas con paredes de barro para que no se repitiese tanta pérdida y dolor.

Con igual propósito, se trazaron calles más anchas y que delimitaban con claridad las distintas manzanas de la ciudad. También se le concedió un terreno mayor a cada vivienda para que, al construirlas, no estuvieran tan encimadas entre sí facilitando la propagación de eventuales llamas.

El reparto de los terrenos fue una fuente de conflicto pues los “conquistadores viejos” acusaron a Cabeza de Vaca de haber beneficiado con la cercanía del río (fuente básica de la alimentación de los pobladores) a los “conquistadores nuevos”. El otro conflicto se presentó con los miembros del Cabildo quienes quisieron intervenir en los planes de la reconstrucción de la villa y fueron impedidos de hacerlo por el gobernador.

La misión del Cabildo comienza cuando el pueblo ya está erigido, sostenía Alvar.

A partir de ese momento el Cabildo de Ascensión dejó de reunirse.

¿Así que no quieres saber nada de la opinión de los cabildantes? ¿Y que las mejores tierras las entregas a quienes más aprecias en lugar de echarlas a suerte? Muy bien Alvar, continúa sembrando estos vientos que yo, Domingo de Irala, estaré presente cuando coseches tus tempestades.

Las tierras del Rey Blanco

Ascensión se quemó en los primeros días de febrero de 1543 y a mediados del mismo mes regresó Irala del viaje aguas arriba del Paraguay que el gobernador le había encomendado. Cumpliendo esa tarea fundó el Puerto de los Reyes (el 6 de enero de aquel año) y en el camino de regreso hizo efectiva la orden que se le había impartido de matar al cacique Aracare.

La vuelta de Irala estuvo acompañada por el relato detallado de la existencia de pueblos que se levantaban tierra adentro del Puerto de los Reyes, donde los naturales llevaban como adorno de su cuerpo y de sus vestimentas planchas de oro y de plata. Los metales los extraían de minas inagotables que allí se encontraban. Tribus amigas, que habían conocido a lo largo del recorrido que habían efectuado, eran las que les habían informado con toda certeza de estas circunstancias. Los indigentes habitantes de Ascensión, que habían visto reducido a nada lo poco, escucharon en silencio, maravillados y atentos, lo que aquellos expedicionarios les relataban y el deseo de buscar y encontrar el lugar donde se acumulaban tales riquezas creció al ritmo de sus necesidades y de sus ambiciones.

Alvar no dudaba, nunca lo había hecho, de la necesidad de armar una expedición para descubrir las tierras del rey blanco que guardaban tantos tesoros. El problema era la ignorancia total de la ubicación exacta de aquellos pueblos, del tiempo que les insumiría llegar hasta ellos, de la existencia o no de otras tribus a lo largo del camino y, en caso de que las hubiese, de su actitud rebelde o pací-

fica hacia los españoles. Por todas estas razones, Cabeza de Vaca no quería partir hasta obtener más información. Buscándola había enviado a los hombres que Aracare traicionó y también a Irala en el viaje que acababa de concluir. Sin embargo, cuando vio la reacción del pueblo de Ascensión ante las palabras de los soldados recién llegados, decidió que no se podía esperar más para iniciar la búsqueda de los tesoros que a todos desvelaban.

La misma prudencia que le aconsejaba reunir la mayor cantidad de datos posibles antes de iniciar la expedición, le decía ahora que la gente no iba a soportar más dilaciones. Desilusionados y maltratados por los ataques de los indios y por su pobreza continua, agravada ahora por el fuego, necesitaban encontrar con urgencia un motivo para entender por qué seguían permaneciendo en estas tierras. Un argumento que los detuviese antes de que comenzaran a volcar entre ellos la ira que, por su decisión de venir al nuevo mundo, empezaba a sentir cada uno consigo mismo.

El gobernador decidió entonces iniciar los aprestos para el viaje y ordenó a Gonzalo de Mendoza que se dirigiera a distintos asentamientos guaraníes buscando adquirir las provisiones que reemplazaran a las perdidas en el incendio. Al tiempo, recibió una carta de su enviado donde le explicaba que dos indios principales, Guacani y Atabare (este último hermano del ahorcado Aracare), se habían rebelado, habían sublevado a muchos grupos indígenas y hacían la guerra matando y robando a los naturales que ayudaban a los cristianos. La expedición no se podía iniciar si no se contaba con los abastecimientos necesarios y el temor a ser asesinado por los rebeldes anulaba cualquier posibilidad de negociar con los indios amigos.

Necesitado de socorro para defender los pocos víveres obtenidos y para proteger a quienes estuviesen dispuestos, pese a todo, a comerciar con los conquistadores, la situación de Mendoza volvía necesaria la presencia de más fuerzas españolas en la región. Se decidió entonces enviar hacia ella a cuatro bergantines tripulados por un total de ciento cincuenta hombres e Irala fue nombrado al mando de la flota. El jerezano confiaba en sus dotes de mando pero no ignoraba el trato despiadado que sabía tener para con los indígenas y por esta última razón le solicitó que agotase todos los medios para llegar a un acuerdo con ambos caciques.

Si algo no era aconsejable en ese momento en que se aprestaban a partir por un largo tiempo de Ascensión, era el despertar el enojo

de las tribus indígenas haciéndolas objeto de despojo y empleando la violencia contra ellas. Por supuesto que cabía preguntarse por qué correr el riesgo de enviar a un matón como Irala en un momento en que lo que se necesitaba era un negociador. El punto era que el temperamento violento del capitán Vergara estaba acompañado de una gran valentía y una fuerte intuición para adivinar qué era lo que más convenía a sus ambiciones y, Alvar apostaba a ello, no iba a tomar medidas que atrajeran hacia él, el enojo de los demás cristianos. No sería Domingo de Irala quien se expondría al repudio de sus compatriotas por entorpecer la ansiada búsqueda del tesoro del rey blanco.

El gobernador no se equivocó en su razonamiento. El enviado negoció con inteligencia el acuerdo con los dos principales y consiguió que ambos le aseguraran que iban a mantener la paz con los cristianos. Cabeza de Vaca necesitaba imprescindiblemente que los indios estuviesen tranquilos para poder emprender la expedición. Por esta razón, ante los buenos resultados obtenidos y haciendo uso de la autoridad que lo investía, perdonó a los rebeldes y ratificó la aceptación de los términos del pacto.

Concluido el episodio, Irala y Mendoza regresaron con los víveres necesarios para asegurar el mantenimiento de los expedicionarios, se llenaron con ellos las bodegas de todos los navíos y se proveyeron armas a los españoles que carecían de ellas.

En pocos días todo estuvo listo para partir hacia el Puerto de los Reyes.

En busca del tesoro deseado

I. El viaje por el río

En septiembre de 1543 se inició la expedición. No faltaban en ella víveres, armas...ni colorido. Por detrás de los diez barcos españoles, y desplegándose como la cola de un pavo real, navegaban las canoas de mil doscientos guaraníes. Todos ellos ataviados con plumas de colores, todos con sus rostros pintados y todos ocultando su frente con planchas de metal que relumbraban al sol y disminuían así la visión del enemigo. ¡Extraña estela la que dejaban aquellos bergantines al ir surcando las tranquilas aguas del río!

Al ponerse en movimiento, las velas de las naves se desplegaron y pudo verse que las de la nave capitana ostentaban el escudo de armas del gobernador pintado sobre ellas.

Como había sucedido en Cananea cuando se ordenó esculpir una cabeza de vaca en una piedra, muchos de los españoles reaccionaron indignados ante lo que veían. Los comentarios sobre la soberbia de Alvar Núñez se multiplicaban y los conquistadores viejos se encargaban de instigarlos

-¿Han visto qué escudo encabeza esta expedición?

-¿Se tomará posesión de las tierras en nombre del rey o del gobernador?

-¡Seguro que piensa reclamar para sí todo lo que hallemos!

-¡Tal parece que sigue creyendo más importante a su familia que a la real!

Indiferente a la reacción de sus compatriotas, el gobernador se congratulaba porque fuese un Cabeza de Vaca quien dirigiese

aquellas fuerzas para conquistar el país del rey blanco y ofrendarlo a los pies del rey de España.

Atento a todo lo que se decía a su alrededor, Irala sonreía.

Poco a poco la flota fue dejando atrás las casas y las tierras de Ascensión. La ciudad no quedaba sola. Antes de partir, el capitán Juan de Salazar de Espinosa fue nombrado teniente de gobernador y quedó al mando de doscientos hombres para cuidarla. Las experiencias anteriores habían enseñado a prevenir los posibles ataques de los indios agaces que, por haberlos traicionado más de una vez, se habían ganado la desconfianza más absoluta por parte de los conquistadores.

Navegaban por el Paraguay y desde el puente de mando Alvar veía empequeñecerse viviendas y paisajes y anticipaba la alegría con la que serían recibidos por aquellos que hoy los despedían, el día en que arribasen con los barcos cargados con el oro y la plata.

La flota se deslizaba río arriba y los guaraníes, que vivían en poblados ubicados en la costa del mismo, se acercaban a los viajeros para agasajarlos con alimentos. Fiel a su idea de que los indios debían sentirse bien tratados y que era ése y no el de la violencia el mejor camino para asegurar el dominio de la tierra, el jerezano los dejaba llegar en sus canoas. Luego repartía y hacía repartir a sus soldados, bonetes de grana y cuentas. Pero además, como no quería que imaginaran que la expedición se proponía algún fin bélico, les explicaba que su objetivo era descubrir nuevas tierras y les comunicaba su esperanza de que mantuviesen relaciones de paz y amistad con quienes quedaban en la villa cristiana.

Mientras tanto, las aguas seguían corriendo con la tranquilidad que lo hombres no encontraban, agitados por las esperanzas que despertaba el lugar adonde se dirigían. Cada cuál soñaba con lo que sería para él un mejor destino; los había que ya se veían ostentando sus riquezas en España, los había que se imaginaban sumando haciendas en el nuevo mundo y los había que no sólo pensaban en el oro y la plata sino también en el renombre y la gloria que esta empresa les depararía. Alvar Núñez tenía muy claro en cual de los tres grupos se incluían sus expectativas... y no dudaba que también allí estaban puestas las de Irala.

Al mes de haber iniciado la navegación, llegaron al Puerto de la Candelaria, el sitio donde Ayolas encontró la muerte a manos de los indios payaguos. El gobernador sospechó que la vista del lugar que había sido testigo de la traición a su jefe, de la cual Alvar no tenía

duda alguna, conmovería a Irala. Poco lo conocía, aquel guipuzcoano de pocas palabras y gestos rudos, no se inmutó cuando llegaron al puerto. Ninguna palidez, ningún movimiento inesperado; sereno e impasible continuó con sus tareas como si aquella fuese una simple escala más de las muchas que habían hecho y de las muchas que aún debían hacer. Ni el fantasma de Ayolas, ni el de sus acompañantes asesinados perturbó su calma, demasiado claro tenía lo que quería ser y adónde quería llegar como para conmoverse con el recuerdo de algún mal paso dado mientras buscaba lograr sus fines.

Pero la alteración que no mostró Irala sí fue visible en los pocos indios payaguos que allí se encontraban. Tan clara fue que, antes de iniciar cualquier otra conversación, Alvar se aseguró de informarles que ellos no eran los mismos hombres que habían acompañado a Juan de Ayolas y que tan mal uso habían hecho de la confianza con la que los indígenas los habían recibido. Tranquilizados por sus palabras los indios lo convencieron de sus propios deseos de paz. Cuando supieron que el gobernador estaba dispuesto a pactarla, pidieron permiso para regresar a tierra, comunicar las nuevas a su principal y regresar con él a la brevedad. Cuatro días después no habían vuelto todavía y la demora de ellos se convirtió en la convicción del jerezano de haber sido engañado por aquellos nativos que sólo habían buscado tiempo para poder huir. Las huellas del paso de gran cantidad de payaguos que fueron descubriendo en las playas de las orillas del río mientras proseguían la navegación, confirmaron las sospechas.

Alvar estaba convencido de que nada podía reprocharles. La experiencia que habían tenido con Irala y sus hombres persiguiendo y violando a sus mujeres y traicionando a sus propios compañeros, no era precisamente un certificado de buena conducta y proceder civilizado para extender a los cristianos que allí llegaban. Huían y era lógico que así lo hicieran, mucho trabajo demandaría de allí en más hacerlos amigos nuevamente y lograr que se llamaran súbditos del rey de España.

Entretanto, los barcos seguían su ruta y, a medida que avanzaban, el curso del Paraguay se complicaba con vueltas y revueltas que obligaban a navegar a vela, a remo y a la sirga⁶.

⁶ Remolcando el barco desde la orilla por medio de cuerdas.

Afortunadamente para los navegantes, sus cuerpos estaban bien dispuestos para la fatiga pues la comida era mucha y, amén de las provisiones, árboles con las ramas dobladas por el peso de ricas y extrañas frutas se espejaban en el río al alcance de sus manos y la pesca se multiplicaba a su alrededor.

La próxima aldea en la que se detuvieron pertenecía a los indios guaxarapos y muy cerca de ella dieron con un río muy profundo y caudaloso que llamó su atención. Los indígenas contaron que, mucho tiempo atrás, por ese río había llegado desde Brasil, un portugués llamado García, del cuál todavía quedaba triste memoria entre los naturales del lugar. Había aparecido repentinamente, acompañado de un gran número de guaraníes, y con ellos había asolado el territorio, destrozado pueblos y robado y matado a sus ocupantes. El portugués había avanzado con sus seguidores y a su paso todo se había transformado en ruinas y dolor; con su barba negra y su cuchillo en la mano al frente de su gente, había desgarrado carnes, incendiado pueblos y violado mujeres que luego había asesinado junto a sus hombres y a sus hijos. Nada lo detenía. Ni la piedad ni el perdón le resultaban conocidos. El día que los habitantes del lugar lograron reagruparse, hacerle frente y derrotarlo, él simplemente se marchó aguas arriba por el mismo río por el que había llegado y los pocos guaraníes que sobrevivieron se marcharon tierra adentro donde aún vivían sus descendientes. Como un mal sueño, como una pesadilla, llegó y se fue sin que nada de él o de su historia se conociese antes o después.

Mientras escuchaba el relato, Alvar pensaba para sus adentros qué lejos y qué cerca de Europa y sus guerras se encontraba. *¡Cosa admirable es, que siendo tan distintos entre nosotros, nuestras luchas sean tan parecidas! En Europa, el turco; en el norte de estas tierras, españoles como Diego de Alcaraz; aquí el portugués García (y, por qué no, Irala) o el indio Aracare. La codicia y la violencia no son cuestiones de lugar sino de hombres.*

Después de escuchar la historia de aquel remolino de furia que llegó, devastó y desapareció, el encuentro con los guaxarapos culminó con la entrega de obsequios a la tribu. Posteriormente la mitad de la flota continuó rumbo al norte pues la otra mitad iba a retaguardia, al mando del capitán Gonzalo de Mendoza. Se había buscado que los indios no se asustaran ante las dimensiones de aquellas fuerzas y por esa razón se había decidido llegar a sus tierras en dos tandas sucesivas.

Siempre a la vanguardia, continuaron su ruta y, al hacerlo, pudieron divisar en la costa un gran número de aldeas pertenecientes a diversos grupos indígenas pero el comandante ordenó que no se detuviesen en ninguna de ellas. Quería impedir que surgieran problemas entre los pobladores y sus hombres. La experiencia indicaba que los españoles buscaban engañar a los indios en las transacciones y no respetaban nunca las normas que, para evitarlo, el gobernador había establecido desde los tiempos de su caminata hacia Ascensión. Si algo no le interesaba a Cabeza de Vaca era tener que laudar entre un compatriota tramposo (cuya fidelidad le era imprescindible para lograr sus objetivos) y un indio (a quién necesitaba amistoso) burlado por aquél.

La mayor parte de los expedicionarios estuvo en desacuerdo con la medida. Acostumbrados con Irala y sus oficiales a sacar todo el provecho posible de sus acercamientos a los indios, entendían que Alvar Núñez estaba particularmente empeñado en perjudicarlos. El jerezano, por su parte, no ignoraba lo impopular de sus órdenes pero actuaba convencido de que la única opción inteligente era evitar que los caminos de conquistadores y conquistados se cruzaran entre sí.

A fines de octubre dejaron el río Paraguay y se internaron por uno de sus afluentes, un río que los indios llamaban Iguatú que en su lengua significaba "agua buena". Al entrar en él, el comandante hizo levantar tres cruces en su boca para que Mendoza no equivocara la entrada; en aquel lugar se multiplicaban los ríos que vertían sus aguas en el Paraguay y era muy fácil perderse entre ellos.

Avanzaron rápidamente y al poco tiempo vieron cómo, en medio de las aguas del río, surgían unas sierras bermejas que carecían de toda vegetación. La visión de estas sierras los entusiasmó y avivó sus sueños pues sabían que esa falta de vegetación en medio de tanto verdor sólo podía estar dada por la presencia de minerales en su suelo. Si lo que buscaban eran tierras con inagotables minas de oro y de plata, aquella parecía ser una señal de estar en el buen camino y su presencia prometedora los ayudó a encontrar las fuerzas necesarias para vencer el próximo obstáculo. Ocurrió que algunos de los indios que los acompañaban conocían la región y les advirtieron que, para alcanzar el Puerto de los Reyes, era necesario atravesar una zona donde el río alcanzaba una muy escasa profundidad en aquella época del año. Los barcos encallarían sin remedio.

El desánimo se extendió como una capa de polvo sobre el ánimo de los navegantes, pero Alvar había llegado hasta esas tierras y no pensaba retroceder. Dispuso que la navegación continuara a remo hasta acercarse a aquellos bajos y, cuando ya estuvieron allí, ordenó a todos los tripulantes que descendieran a tierra y pasaran uno a uno los cinco bergantines, apoyados en sus hombros. Los barcos fueron transportados de este modo hasta donde el agua tenía la profundidad suficiente como para depositarlos en ella sin temor a que ninguno quedase varado. Poco después llegaban a su destino.

Puerto de los reyes

El trabajo que había demandado el último tramo del viaje hizo que los expedicionarios llegaran desfallecientes al Puerto de los Reyes y rápidamente se acostaran a dormir en los barcos. El cansancio era tal que decidieron dejar para el día siguiente toda la ceremonia de presentación ante los indios del lugar.

Era una noche serena y con un cielo estrellado como Alvar creía no haber visto nunca en España pero que siempre los acompañaba en estos nuevos parajes. Cerró los ojos y se durmió. Tuvo entonces un extraño sueño; en él iba desplazándose entre árboles, altas hierbas y enredaderas que entorpecían su paso. Avanzando con dificultad, sus pies desnudos se hundieron en un pequeño pantano que allí había y Alvar pensó que era una suerte no haber ido en barco por aquel camino. En ese momento un loro se acercó a su oído y comenzó a gritar "no podrás, no podrás, no podrás"; ofuscado por la ira, el jerezano trató de espantarlo y, al no lograrlo, buscó dejar el sendero que seguía e internarse aún más en la selva. Al verlo, un águila que reposaba en lo alto de una montaña bermeja, se arrojó sobre él. Asustado, Alvar quiso correr, tropezó y el ave picoteó su pie. Inmediatamente, para calmar el dolor, sumergió su pie en un charco que allí se encontraba y observó como el agua se mezclaba con la sangre, empapándolo. Con angustia despertó de su pesadilla, vio que su pie estaba realmente bañado en sangre y supo que un

murciélagos lo había mordido. No era nueva para él la presencia de estos animaluchos pero, más allá de la herida, lo que le preocupó fue preguntarse cuánto de presagio agorero podría tener lo soñado y a qué o a quién representaba el pájaro que lo atacaba.

A la mañana siguiente, la luz del sol lo ayudó a alejar fantasmas y prevenciones y tomó posesión de la tierra en nombre del rey. La acción molestó a Irala y a sus seguidores por haber sido aquél quien fundara el puerto en su último viaje pero Cabeza de Vaca parecía decidido a dejar bien en claro quién era el legítimo representante de su majestad en aquellos lugares. El gobernador hizo emplazar en el lugar una gran cruz de madera, con ella buscaba no sólo recordar el momento fundacional sino también que los indios que habitaban en la región no rindiesen más culto a ídolos de barro. En su larga caminata por las tierras del norte del nuevo mundo y en lo que llevaba conocido de este territorio del sur, era la primera vez que encontraba indígenas que los adorasen.

-Escuchen con atención lo que les diré. Ya saben que deseamos que ustedes conozcan y amen a nuestro Dios porque Él es la fuente de todo lo bueno. Pero deben saber que, enfrentado con Él, existe otro ser, el diablo, que es causante de todo lo malo. Estas figuras que ustedes adoran son representaciones del diablo y no de Dios, por lo tanto, deben destruirlas de inmediato. Sólo así podrán obtener los favores divinos.

-¡Pero si lo hacemos el diablo se enojará con nosotros!

-¡Y si lo hace destruirá a nuestra aldea y a todos lo que en ella vivimos!

-¿Cómo podemos declararle la guerra a quién es tan malo?

-Entiendo lo que plantean y no me parece mal que, para evitar cualquier represalia diabólica, tomemos algunas precauciones. Lo primero que haremos es levantar una iglesia, que es la casa de Dios, para que él habite entre ustedes. Luego daremos allí una misa para que la bendición del Señor llegue a todos y recién entonces destruirán sus ídolos porque ya no correrán ningún riesgo al hacerlo.

Así se procedió y los indios quedaron en paz.

Cuando, poco tiempo después, llegó Gonzalo de Mendoza con los barcos que Alvar había dejado a su mando, las noticias que trajo no fueron buenas. Los indios guaxarapos a quienes Cabeza de Vaca les había encomendado que trataran amigablemente a los hombres que venían detrás suyo, los habían atacado y matado a cinco cris-

tianos. Además de la muerte de los conquistadores en sí, la noticia era inquietante porque, dada la relación comercial que existía entre los guaxarapos y los indios del Puerto de los Reyes, era esperable que aquellos viniesen a relatarles lo que había ocurrido. Para los españoles mantener la fama de su invulnerabilidad era esencial, necesitaban que se conociesen sus triunfos y no sus fracasos para que el miedo fuese su aliado. Aquellas no eran buenas nuevas.

Más preocupado y apenado se sintió Alvar cuando tomó conocimiento de que la rebelión de los indígenas había sido causada por el maltrato que les habían dispensado algunos cristianos y por la actitud de Mendoza de apropiarse de algunas vestimentas sin pagar por ellas. Para ese entonces, el gobernador estaba molesto con las mentiras y las traiciones de los indígenas pero no lo estaba menos con la desobediencia de sus hombres.

Entretanto, dos exploradores habían sido enviados, acompañados por varios nativos del lugar, a una tribu de indígenas que vivían tierra adentro. El objetivo era que buscaran información sobre las características del territorio, las de sus ocupantes y sobre los mejores caminos a tomar para internarse en él. Ocho días demoraron en ir y volver hasta el lejano asentamiento y lo único que pudieron averiguar fue que la ruta a seguir para llegar a las poblaciones donde estaban el oro y la plata era muy difícil. Abundaban en ella los terrenos anegadizos, el agua limpia y fresca para beber era escasa y las pocas tribus indígenas que lo poblaban eran muy pobres y no podrían ayudarlos con los mantenimientos necesarios. Como el camino que ellos mismos habían recorrido para llegar hasta aquel poblado tenía mucha de las características del que les describían, ambos enviados les creyeron a los indios. No era cosa fácil en aquellos lugares separar mentira y verdad en las palabras de los nativos. Por esa razón, a la falta de conocimiento sobre las tierras en las que estaban, se sumaba la poca credibilidad que por sus costumbres, por su miedo o incluso por su resistencia, se le podía dar a lo que sus habitantes contaban.

Junto con la embajada, llegó un indio de la tribu que ellos habían visitado y que se ofreció como guía de la expedición que iban a iniciar. El indio era de origen guaraní y, siendo todavía pequeño, había partido con los guerreros de su tribu para internarse tierra adentro y hacer la guerra y saquear a los dueños del oro y la plata. Vencido junto a los suyos, pudo huir y los indios de la tribu donde

los españoles lo habían encontrado, le habían ofrecido asilo. El nativo se prestaba amigablemente a guiarlos pero, dado el tiempo transcurrido, no podía asegurar el recuerdo del camino que alguna vez recorrió con su gente. En tales condiciones, lo que aquel indígena presentaba como credenciales para conducirlos eran más testimonio de su voluntad que de sus habilidades, pero el jerezano estaba convencido de la inutilidad de seguir buscando mayores precisiones sobre la ruta a seguir. Encomendándose a Dios y a la memoria del guía, comenzó a caminar acompañado de trescientos cristianos y varios cientos de indios.

En el camino, el perseverante guaraní buscaba permanentemente indicios que le permitieran orientarse y recordar aquello que alguna vez había conocido. Se detenía, subía a montículos y árboles, observaba la vegetación y los riachos...todo en vano; al quinto día confesó su impotencia, los cambios experimentados por el paisaje lo confundían y se sentía incapaz de continuar dirigiendo el rumbo de los, para entonces, desolados expedicionarios.

La renuncia del guía desconcertó a los españoles pero su jefe decidió que continuarían adelante. Lo espeso de la vegetación y la ausencia de señal alguna de los pueblos buscados, pudieron más que sus propósitos y, cuatro días después, se decidió regresar. No fue por su propia voluntad que Alvar Núñez así lo dispuso.

En el tiempo que la exploración se había extendido, Domingo de Irala y sus seguidores habían trabajado en forma lenta y continua para alcanzar su objetivo. No era el oro ni la plata lo que los movía sino el lograr la caída del gobernador. Si lo conseguían, Irala sería su reemplazante natural y, entonces sí, armarían una gran expedición para llegar hasta el rey blanco. Hablando con los hombres de uno en uno o reunidos en grupos, los conspiradores agitaron los ánimos

-Es incapaz de organizar y dirigir a sus hombres. Se nota demasiado que nunca estuvo al frente de nada.

-¿Cómo puede ser tan ingenuo para creer que un indio lo va a llevar porque sí adonde están los tesoros?

-Tal vez piense que lo hará porque se enteró de que él es un Cabeza de Vaca

-Sí, seguro que cree que Dios se le apareció al indio para advertirle de su presencia y ordenarle que lo sirva.

-¡Y cuando el guía le dice que no recuerda nada, le agradece el

esfuerzo en lugar de ahorcarlo como merecía por habernos dejado aquí perdidos, sin idea de dónde estamos!

Por momentos, el propio Alvar parecía hacer todo lo necesario para ganarse el odio de su gente. Al partir de Puerto de los Reyes, todos los hombres llevaban consigo abundantes víveres y muchos de ellos los consumieron rápidamente esperando reaprovisionarse en las aldeas indias que fueran encontrando. En el momento en que tomaron conciencia de que tales aldeas no existían, ya era tarde y comenzaron a pasar hambre. Enterado Alvar de lo ocurrido, insultó por su falta de previsión a quienes habían cometido tan gran error y los acusó de parecerse más a animales que a seres humanos. Irala, al conocer lo mismos hechos, se acercó gentilmente (ya que no inocentemente) a los hambrientos y les ofreció que pasaran por su tienda para recibir los víveres que necesitaban. El contraste entre ambas actitudes alejó más aún a Cabeza de Vaca de sus subordinados.

Cuando el gobernador insistió en su propósito de continuar con la expedición, fueron los oficiales y los clérigos quienes, alegando las dificultades del camino y la escasez de mantenimientos con que contaban, insistieron en volver a Puerto de los Reyes. Su argumento era que allí podrían aprovisionarse y reanudar el intento, Alvar intuía que retornar era abandonar definitivamente el proyecto. La tropa cansada, desilusionada y hábilmente predispuesta contra su jefe por las maniobras de la gente de Irala, no hizo nada por apoyar a Cabeza de Vaca. Por el contrario, se alegró con la idea del regreso.

El jerezano no ignoraba que la época de la crecida de los ríos se acercaba y que para entonces sería imposible recomenzar la expedición. Otra vez sus proyectos fracasaban y sus manos quedaban vacías; con el alma asolada ordenó volver a la costa.

Antes de partir, encomendó al capitán Francisco de Ribera y a seis cristianos que, junto con algunos indios, continuaran camino adelante y luego le informasen sobre lo que hubieran podido observar.

En busca del tesoro deseado

II. El viaje tierra adentro

El regreso a Puerto de los Reyes enfrentó a los expedicionarios con un paisaje donde sobrevolaban el hambre y el temor. Los indios habían agotado sus provisiones y los cristianos se desvelaban esperando ser atacados y privados de las pocas que aún les quedaban. Los regalos que Alvar Núñez llevaba para los nativos, y que todavía no habían sido entregados en su totalidad, sirvieron para calmar la situación en lo inmediato. Paralelamente, Gonzalo de Mendoza fue enviado a buscar mantenimientos a distintas tribus y por primera vez el gobernador indicó que, si los naturales se negaban a vendérselos, se los quitaran por la fuerza. Pensaba que el estado de absoluta necesidad en el que se encontraban justificaba la orden.

La realidad se encargó de demostrar que su mandato había sido el adecuado. Los indios no sólo se negaron a comerciar sus alimentos sino que, además, atacaron a los cristianos. Como, pese a todo, Mendoza alcanzara a recoger provisiones de algunas de sus viviendas, pusieron fuego a sus poblados para impedir que lo siguiera haciendo. Cualquier intento de pacificación era inútil y Cabeza de Vaca concluyó llamando al capitán para que regresara a Puerto de los Reyes con sus naves y lo poco que hubiese obtenido.

En esos días también volvió Francisco de Ribera con su gente y su reaparición despertó gran alegría entre todos los españoles. El grupo ya se daba por perdido habida cuenta del regreso previo de

ocho de los once indios que habían sido enviados para acompañarlos. Estos últimos fueron reprendidos por Alvar por el abandono de la misión encomendada pero no se tomaron medidas más drásticas para evitar que sus familiares y amigos se alteraran.

Por el relato de Ribera supieron que él y sus hombres habían caminado unas setenta leguas tierra adentro. La selva por donde lo hicieron había sido generosa en frutos, riachos, árboles huecos llenos de miel y abundante caza, todo lo cual les evitó pasar hambre y sed en su recorrido.

Cuando ya habían transcurrido veintiún días, un indio apareció ante ellos adornado con una barrita de plata que le atravesaba el labio inferior y portando un par de orejeras de oro. Al ver a los conquistadores los saludó con mucha cortesía y, por señas, los invitó a que lo acompañaran hasta una casa grande de madera y paja que a unos metros de allá se divisaba. Para sorpresa de Ribera y de los suyos, a medida que se acercaban percibieron a un grupo de mujeres indígenas que estaban muy atareadas entrando y saliendo de la vivienda y llevando consigo ropas y adornos de plata que depositaban luego bien lejos del lugar. Los españoles supusieron que era el temor a ser saqueados por ellos lo que explicaba su actitud y, una vez que estuvieron bajo techo, el indio ordenó a dos de sus esclavos que les alcanzaran unas pequeñas vasijas y les sirvieran en ellas el vino de maíz que se encontraba guardado en dos tinajas enterradas hasta el cuello en el piso de tierra de la habitación.

Quiso la suerte que los indígenas calcularan mal el efecto de aquel vino y, antes de que los españoles se embriagarán haciendo los correspondientes honores a tan cordial recibimiento, comenzaron a acercarse a la casa en gran número, empenachados y pintados con vivos colores. Ribera sabía muy bien que tal atuendo sólo podía significar guerra, entendió entonces que lo que habían sacado de la casa había sido para poder quemarla después sin problemas y ordenó a los suyos que lo siguiesen. A su voz, salieron todos corriendo hacia el monte dando gritos y llamando en su ayuda a los muchos cristianos que, supuestamente, permanecían ocultos en la maleza.

La primera reacción de los indios había sido tratar de detenerlos pero luego, asustados por la idea de que realmente se encontrara allí escondido un ejército, optaron por dejarlos ir, no sin haber arrojado previamente un gran número de flechas que hirieron sin gravedad a varios de los hombres.

El regreso a Puerto de los Reyes les insumió nueve días menos que la ida; la emboscada no sólo aceleró el ritmo de sus corazones sino también la velocidad de sus pies...

Como recuerdo del incidente, un expedicionario había traído consigo una de las flechas que les había sido arrojada. Al verla, uno de los indios que habitaba en Puerto de los Reyes la reconoció como propia de la tribu a la que él mismo pertenecía. Explicó entonces que el enojo de los indios no se había debido a la presencia de los cristianos sino a la de los guaraníes que los acompañaban. Ellos se habían convertido en sus enemigos acérrimos desde aquella excursión, que ya su frustrado guía les había relatado, en la cual se dirigieron tierra adentro para robarles el oro y la plata a los pueblos que los poseían.

Cabeza de Vaca escuchaba hablar al indio y no podía dejar de pensar que los guaraníes parecían tener menos problemas con los cristianos que con el resto de las tribus indígenas. También comenzó a preguntarse si cuando se hablaba del oro y de la plata, nativos y cristianos hacían referencia a los mismos metales. Para averiguarlo sin lugar a dudas, solicitó que trajeran un candelabro de latón dorado y lo presentó al indio que había reconocido la flecha.

—Fíjate con cuidado ¿Los objetos de oro que posee tu tribu son semejantes a este candelabro?

—No mi señor, para nada se le parecen. Aquellos son mucho menos amarillos que éste.

—¿Tal vez como esta sortija?

—Sí, sí, ése es el oro que hay en mi pueblo.

A continuación Alvar hizo traer un plato de estaño y una copa de plata

—Dime ahora, la plata que tú conoces ¿a cuál de estos dos metales es igual?

Sin vacilar, el indio señaló la copa y, abundando en explicaciones, señaló que el material con el que estaba fabricado el plato era más oscuro y más blando que la plata de la copa.

El viejo y el nuevo mundo estaban en un todo de acuerdo respecto a cuáles eran metales preciosos y cuáles no.

La relativa cercanía de aquellas tierras donde se confirmaba que las riquezas que buscaban eran abundantes, aumentó la decepción del jerezano por haberse visto obligado a renunciar a la expedición ante la negativa de oficiales y religiosos a continuar con ella. Para

mayor mal, Ribera confirmó que las aguas lentamente iban cubriendo todo el suelo por el que deberían internarse. La crecida de las mismas era tal que, en su viaje de vuelta, debió atravesar en balsa junto a sus hombres, la misma laguna que en el viaje de ida habían cruzado a pie.

Empecinado en no regresar a Ascensión con las manos vacías, Alvar decidió no darse por vencido y tratar de explorar otras posibilidades, otros accesos que les permitiesen llegar a los dominios del rey blanco. Con tal propósito envió al capitán Hernando de Ribera al mando de un bergantín para que, navegando río arriba buscase obtener nueva información.

Las amazonas

Un mes después de su partida, Hernando de Ribera regresó a Puerto de los Reyes respondiendo al llamado del gobernador. Al llegar confirmó que la tierra estaba completamente inundada y agregó que los indios le habían asegurado que la creciente se mantenía alrededor de cuatro meses. También de sus labios supieron de la existencia, tierra adentro, de un reino con gran número de ricas poblaciones y un lago muy extenso en cuyo centro se encontraba una isla donde se levantaba una construcción que los indígenas llamaban la Casa del Sol. Por aquellos parajes, además, habían sido vistos hombres de barba, armados y de a caballo.

Pero más atrayente fue para los españoles, la descripción que se les hizo de una tribu de mujeres indias que por aquellas tierras se encontraba. Los hombres de Ribera habían sabido de su existencia por los relatos de los indígenas. Estas indias, las Amazonas, vivían en la isla del gran lago y tenían tanta inclinación por al arte de la guerra que todas ellas quemaban su seno derecho para poder manejar su arco con mayor facilidad. Feroces como eran, no permitían que ningún hombre les hiciese compañía en su poblado y, dos o tres veces por año, se dirigían hacia tierra firme para aparearse con los indios que allí habitaban. Cuando sus hijos nacían, los llevaban con sus padres si eran varones y se quedaban con ellas si eran niñas, para poder adiestrarlas como futuras guerreras. Se contaba que alguna Amazona había despertado el amor del hombre con el que había yacido pero ninguno pudo conservarla a su lado o

seguirla a su isla. Más aún, corría la historia de un indio que, desesperado por la ausencia de su amada, había echado al agua su canoa aprovechando la oscuridad nocturna, para ir a buscarla. Al día siguiente, su tribu había observado espantada cómo su cuerpo, flechado y sangrante, yacía sobre una canoa que se mecía solitaria sobre las aguas del río...

Aquel relato les hizo a todos compañía por mucho tiempo, cada uno imaginando cómo sería yacer con una de estas mujeres y cómo llegar a ser el único hombre que pudiera doblegarla empleando la fuerza, la cortesía o la destreza. Cualquier medio era considerado lícito para lograr sus afiebradas fantasías. Mujeres como aquellas poco tenían que ver con las que habían conocido hasta entonces. Ninguno de los cristianos había tenido madre, esposa o amante que se le igualara. Sólo en aquellas enloquecidas tierras, tanto despliegue de vegetación, de agua y de sol parecía conformar un escenario adecuado y magnífico dispuesto por Dios para ser recorrido por aquellas guerreras.

En los momentos en que la historia sobre aquella extraña isla se repetía en la memoria del jerezano, las imágenes de las Amazonas no estaban solas sino acompañadas por la pregunta sobre la identidad de aquellos hombres barbados que los indios del lugar decían haber divisado⁷. Sin encontrar respuesta a sus interrogantes, el gobernador hubo de enfrentarse con Hernando de Ribera. La orden de su regreso debió ser impartida ante la información recibida de

⁷ En realidad, ambos relatos tenían un único referente deformado por la distancia y el paso de los años. Las ciudades con grandes tesoros eran la multiplicación legendaria de lo que antes había sido la ciudad de Cuzco (centro político y cultural del impero incaico) Las mujeres sin hombre no eran las Amazonas de la mitología clásica sino las Vírgenes del Sol, quienes habitaban el templo ubicado en la isla del Sol del Lago Titicaca y allí se dedicaban a la veneración del dios supremo de los incas, el Sol o Inti. Las montañas con venas de plata supuestamente inagotables de las que habían tomado conocimiento las tropas de Irala en el viaje en que fue fundado Puerto de los Reyes, eran las del Potosí. El español Francisco Pizarro había llegado al Cuzco en 1533 y el cerro Rico de Potosí era explotado por los españoles desde el 1545. El esfuerzo de las expediciones armadas desde Ascensión era vano. Las tierras del rey blanco ya estaban descubiertas y explotadas por sus propios compatriotas, aquellos hombres barbados que tanto intriguaron a Cabeza de Vaca.

boca de unos indios que avisaron que el capitán había desoído las instrucciones de no descender del barco y se había internado en tierra con sus hombres buscando alcanzar el oro y la plata. El propósito de Cabeza de Vaca al hacerlo regresar había sido castigar su desobediencia condenándolo a la horca. Así lo hizo, pero la sentencia no pudo ser cumplida porque sus seguidores se amotinaron y Alvar se vio obligado a liberarlo y a devolverle la mercadería que, en el viaje, había sustraído a los indígenas. El episodio de Hernando de Ribera estuvo acompañado por la rebelión de una tribu que se asentaba en una isla cercana y que provocó la muerte de cinco cristianos y de numerosos guaraníes. Alvar Núñez, harto ya de estos indios a quienes creía tratar de la mejor manera e igual terminaban enfrentándolo, tomó una decisión drástica y ordenó que se los reprimiera sin piedad. Muchos fueron muertos y los demás esclavizados y marcados con un hierro candente para que nadie ignorara su condición. Más tarde, Alvar se recordaba tomando aquella actitud y no se reconocía. *Cierto es que cuando lo hice me hallaba preso de la fiebre porque el agua ya no era buena para beber y estábamos todos enfermos. También lo es que, además de mi debilidad física y anímica, ya varias veces había ocurrido que los indios se mostraran amables conmigo y luego me traicionaran. Pero creo que la desilusión de no poder concluir con éxito la expedición, la desconfianza hacia mis propios hombres que me habían llevado a tener que regresar a Puerto de los Reyes contra mi deseo y el haberme visto obligado a dejar sin castigo el desacato de Ribera, me ubicaron en el lugar de la impotencia. La impotencia se transformó en ira y aquella tribu de indios me ofreció la excusa para descargarla. La sangre de mi abuelo Vera venció a mi habitual mesura y desde entonces me pregunto ¿Mi cordialidad con los nativos de América era consecuencia de haberlos conocido y haber sido ayudado por ellos en mi larga caminata por las tierras del norte? ¿O era una muralla con la que intentaba contener los ríos de barbarie que corren dentro de mí?*

Enfrentado con la imposibilidad de reanudar la expedición y con la mayoría de sus hombres enfermos, Cabeza de Vaca ordenó volver a Ascensión. El 8 de abril de 1544 llegaron allí y quince días después fue arrestado.

Juana

Al poco tiempo de ser apresado, la mujer con quien Alvar vivía en el Paraguay huyó hacia las tierras del indio Francisco. Un grupo de amigos la ayudó a lograrlo. Ella nada podía hacer; conocedores de la relación, los enemigos de Cabeza de Vaca no dejaban que se acercara al lugar en el que él se encontraba prisionero. Sus partidarios, temiendo que Juana misma fuese hecha prisionera, facilitaron los medios para que escapase. Su avanzado embarazo volvía más peligrosa la situación.

Alvar la había conocido pocos días después de su llegada a Ascensión. Era la viuda de un capitán que acompañó a Ayolas en su expedición y que había sido asesinado junto a aquél en Puerto de los Reyes.

El jerezano no tenía en claro qué fue lo que la atrajo de ella en un principio. No la consideraba especialmente hermosa pero sí cálida y tierna. De ojos celeste-verdosos, pelo rubio oscuro y sonrisa a flor de labios, su imagen contrastaba con la de su esposa. La serenidad de María y la lucidez y profundidad de su pensamiento, eran jovialidad, ligereza y picardía en Juana. En todo lo que la rodeaba encontraba motivos para alegrarse; un color, un aroma, un sabor, eran regalos que la vida le daba y que disfrutaba sin preguntar.

En los días pesados y amargos del gobernador en Ascensión, ella fue quien supo cantar y reír por él. No era simple ni ignorante, sólo estaba convencida de que Dios era más feliz cuando sus hijos tam-

bién lo eran. Si uno dejaba sus asuntos en Sus manos, Él los resolvería mucho mejor de lo que cualquier hombre pudiera hacerlo por sí mismo.

La fe de Alvar no dejaba de plantearle contradicciones entre los preceptos de la Iglesia y su proceder. La religión católica no permitía que un hombre tuviese dos mujeres pero él confiaba en que Dios, que creó dos mundos tan distintos, podría entender que también el jerezano fuese distinto al pasar de uno al otro. Cuando estuvo en las tierras del norte había dormido con muchas indias sin que ninguna ocupara ni remotamente el lugar de su esposa. Pero en aquellas regiones también él había sido otro y había ejercido un poder de sanación que, cuando se fue, perdió para siempre. Ahora, había encontrado en el sur del nuevo mundo, una mujer capaz de curar sus propias fatigas y desmayos. Su amor era entendido por Cabeza de Vaca como otro don semejante al que se le había concedido en su viaje anterior y le adjudicaba un origen tan divino como aquél.

El sentimiento que no podía eludir era el de la culpa en relación a María. En su viaje anterior había pasado diez años ausente de su hogar y lo había hecho atormentado por lo que ella estaría haciendo o dejando de hacer. A su regreso, había dedicado gran parte de las horas que habían compartido para perseguirla con sus dudas. La ayuda que su esposa le brindó para que alistase las naves e iniciase su segundo viaje, lo había desvelado por la dificultad para saber si había provenido de la voluntad de que él cumplierse con sus sueños...o de la voluntad de sacárselo de encima. ¿Cómo podría no plantearse ahora el hecho de que pasaban días enteros en que ni siquiera la recordaba? ¿Cómo negar que quien había sido tan exigida en su fidelidad había pasado a ocupar el lugar del remordimiento y ya no el del deseo? ¿Cómo ignorar la soledad a la cual sus propias búsquedas de gloria la habían condenado?

Alvar confiaba en que Dios comprendería su circunstancia y lo perdonaría, sólo ignoraba si algún día podría perdonarse él.

Lo que poco le importaba era lo que los demás murmuraran de ellos; ni siquiera estaba seguro de que alguien lo hiciese (quizás Irala criticase que tuviera una segunda mujer española...y no siete concubinas indias como él) Aquella vida que llevaban era tan dura que cualquiera entendía a quien buscara evitar estar solo. Cabeza de Vaca estaba convencido de que no era ésa su situación. Juana

representaba para él mucho más que una simple compañía, pero igualmente se decía que cada cuál podía pensar lo que quisiera y que, mientras nada se le dijera, tanto le daba la opinión de todos.

El día que ella le dijo que iba a ser padre, tembló de emoción. Ver duplicados aquellos ojos y aquella alegría, tener en sus brazos a un ser que los llevara a ambos unidos en sí, nada más maravilloso podía pedir a su suerte. Al saber la noticia, fantasearon juntos el futuro de su hijo. Si mujer, Alvar sólo pedía que heredase la sensibilidad y el buen humor de la madre; si varón, esperaba que también él viviese para alcanzar la gloria de España y la suya propia.

En ese entonces el gobernador estaba realizando los últimos aprestos para iniciar el viaje hacia Puerto de los Reyes en búsqueda del oro y de la plata. Cuando partió al frente de la flota, la silueta de Juana despidiéndolo desde el muelle no revelaba aún en la curva de su vientre la vida que encerraba; por ella y por su hijo, se prometió más que nunca, volver victorioso.

Alvar, querido mío, ya tu silueta de pie en el puente de la nave se ha perdido en el horizonte y todavía permanezco en este lugar, mirando hacia ese norte desde donde bajan las aguas que un día, que espero cercano, te traerán nuevamente a mi lado. No eres el primer hombre que he amado y lo sabes porque nunca te negué cuánto quise a mi primer marido. También cuando Hernando partió de Buenos Aires acompañando a Ayolas quedé con mi vista clavada en el horizonte y rogando a Dios que le permitiera volver. El día que Juan de Salazar puso proa al norte yo fui una de las mujeres que lo acompañó y estuve presente en la fundación de Ascensión. Tiempo después llegó Irala para reaprovisionarse y seguir esperando en Candelaria el regreso de Ayolas, mi marido y los demás hombres que habían entrado a tierra firme. Me complació entonces saber que tan valiente oficial cuidaba sus espaldas. Al verlo regresar inesperadamente poco después de partir y saber que había tenido que levar anclas por la ira que sus atropellos despertaron en los indios, me aterroricé. ¿Cómo podía aquel hombre dejar sin custodia a sus compañeros precisamente cuando el peligro era mayor? No sólo provocaba la rebelión los nativos sino que además no se hacía responsable de sus acciones y huía sin pensar en los que en aquellas tierras quedaban ¿Qué monstruo era capaz de tanta bajeza? Cuando finalmente volvió al puerto de Candelaria, de donde jamás debió retirarse, y desde allí nos trajo la noticia de la muerte de Ayolas y de todo su grupo creí enloquecer de dolor. Sólo mi fe en Dios me sostuvo. Luego llegaste tú y volví a estar viva. Mucho quise a Hernando como para acom-

pañarlo hasta estos dominios pero no menos te quiero a ti como para estar a tu lado adonde lo dispongas. Yo no ignoro, Alvar, que esta historia de tener dos mujeres muchas veces frunce tu entrecejo y opaca tu mirada; mi situación es mucho más simple porque mi otro hombre se murió. Sin embargo en los momentos en que te sientes culpable por lo que le haces a María, yo no puedo dejar de enojarme contigo y con ella. Sé que mi carácter cambia y me vuelvo irritable pero no puedo evitarlo. Me indigna que te remuerda la conciencia por una mujer que, si tanto te quería, nunca hubiese facilitado el dinero para que vinieses a estas tierras. Y si decidió hacerlo porque sabía que el viaje era importante para tí, debió acompañarte y no quedarse cómodamente en España. ¿Pero de qué amor estamos hablando? Yo no puedo olvidar que en ese tiempo sólo habían transcurrido poco más de dos años de tu regreso después de diez años de ausencia. Uno debe aprender a pelear por lo que quiere y, si no lo hace, no merece compasión cuando lo pierde. De todos modos poco me importa lo que está más allá de nosotros y del hijo que Dios nos mandó para bendecir nuestra unión. ¡Hasta pronto amor, aquí te estaré esperando el día que vuelvas!

Al regresar Alvar sus manos estaban vacías pero el vientre ahora redondeado de Juana las llenó con un calor que, el pensó, nadie podría robarle. Su prisión le enseñó que estaba equivocado, que también ese último refugio podía serle arrebatado.

Perspectivas

I. Alvar

Siempre supe que Irala y sus hombres no eran confiables pero nunca tuve real conciencia de la magnitud de su perfidia. Mi cuna y mi educación me hicieron suponer que podría manejarlos con cierta facilidad y evalué mal las múltiples señales de su iniquidad.

Que hubiese dejado morir a Ayolas para poder ocupar el cargo de gobernador fue una de sus peores acciones. No lo fue menos el haber violado la confianza del mismo Ayolas apropiándose de su mujer. Tampoco el maltrato que daba a los indios y las tropelías que cometía con sus mujeres. Mucho menos el haber privilegiado sus ansias de poder por sobre las necesidades de España y, como consecuencia, haber despoblado a Buenos Aires para poseer el manejo directo de todos los cristianos que en esta tierra se encontraban. Cuando llegué a Ascensión, tanto Irala como los oficiales que lo rodeaban trataban despectivamente a todos los pobladores, cristianos e indígenas, e incluso habían creado un nuevo impuesto que ellos cobraban directamente sin dar parte al rey. Una de mis primeras medidas fue anularlo y la clausura de esta entrada ilegal de dinero a sus arcas, hizo que me ganara su odio inmediato.

Tampoco me gané el favor de Irala cuando pedí se realizara un inventario de los bienes dejados por Don Pedro de Mendoza y otros españoles. Las irregularidades que se encontraron sólo podían entenderse a partir de su complicidad. Al tomar esas medidas yo no había ignorado la resistencia que provocarían en los seguidores del guipuzcoano, pero neciamente confié en el honor y la fidelidad al soberano, a quien yo representaba, por parte de mis enemigos. Sin embargo, tan empecinada fue la negativa de ellos a

acatar mis órdenes, que en los últimos tramos de mi gestión debí oponerme a su intención de llevarse cien muchachas indias de Puerto de los Reyes hasta Ascensión. Incluso, para ser escuchado, tuve que apelar a directivas ya establecidas por el rey.

En el momento en que fui alejado de la gobernación, todas las cosas que habían ido pasando desde mi llegada tendieron a unirse delineando la imagen de la traición y pude reconstruir hechos y situaciones que en su momento no pude o no quise ver. Recordando entonces los arcabuzazos que me rozaron el día en que un tigre irrumpió entre los indios, tuve la convicción de que los mismos no se debieron a un accidente sino que fueron hechos adrede (lo accidental, en todo caso, fue que no me mataran).

Igualmente entendí que, cuando poco antes de iniciar la expedición tierra adentro del Puerto de los Reyes, dos frailes quisieron huir hacia Santa Catalina, no lo hicieron sólo por propia iniciativa. Fueron los mismos guaraníes quienes me avisaron de dicha huida; los religiosos no eran otros que fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso Lebrón, los mismos que me habían buscado cuando desembarqué en Santa Catalina y a quienes tuve que poner bajo custodia en el camino a Ascensión. Era evidente que nunca me habían perdonado mi intransigencia para con sus abusos. De la misma manera en que en la primera ocasión buscaron ampararse en su condición de miembros de la Iglesia para no ser castigados, en la segunda apelaron a la religión para hacer jurar a los indios sobre un crucifijo, que no me dirían nada. Su objetivo era llegar a Brasil para embarcarse luego hacia España llevando documentos que me acusaban de los peores delitos contra la autoridad real. La lascivia que siempre los identificó fue su ruina, en su viaje decidieron llevarse como compañía a treinta y cinco jóvenes indias pero la reacción indignada de los indígenas fue mayor a su miedo al perjurio y los denunciaron ante mí. Cumpliendo mis órdenes mis hombres los persiguieron y lograron prenderlos en el camino, más los oficiales dijeron no haber encontrado ningún documento entre sus pertenencias. En esa instancia creí en sus palabras pero a la luz de todo lo que ha sucedido después, es evidente que ellos mismos estaban implicados en la partida de los religiosos, en la confección de los papeles con denuncias y en su posterior ocultamiento.

También se puede ver desde este ángulo la insistencia de aquellos oficiales en abandonar la expedición a las tierras del Rey Blanco y regresar a Puerto de los Reyes. Suyas, que no mías, querían que fueran la gloria y las riquezas y cuando hablaron de volver para abastecernos y reiniciar la empresa, tenían tan claro como yo mismo que el viaje acababa de terminar.

Mi error en la apreciación del carácter de Irala me llevó a creer que, como a los indios, la mejor forma de comprar su buena voluntad era a través de obsequios y lo nombré Contramaestre de Campo. Supuse que de esa manera podría evitar el resentimiento que le debía provocar con mi presencia y mis prerrogativas de gobernador y, por otra parte, que sería más fácil controlarlo teniéndolo cerca. Ambas ideas resultaron falsas; por mi equivocación, mi rival continuó al mando de sus hombres, no dudó en difundir entre ellos noticias falsas sobre mi persona que los fueron alejando de mí y, peor aún, pudo seguir exhibiendo en su cargo la intrepidez que lo caracteriza. Mi orden para que explorase el Paraguay río arriba (que llevó a la fundación del Puerto de los Reyes), el haber vencido a los seguidores de Aracare y haber ajusticiado a éste, el socorro prestado a Mendoza y la forma exitosa en que llevó a término las tratativas de paz con los indios que asediaban a aquel capitán y a su nave; todo contribuyó a consolidar su fama de hombre decidido y valiente.

Al lado suyo, mi interés por fomentar el buen trato con los naturales, buscar su pacificación y tratar de evitar que los cristianos los engañaran, debió haber ido debilitando mi imagen entre muchos de los ignorantes pobladores. Ellos tenían a la violencia como único lenguaje y para colmo de males yo me había presentado ante su desilusionada vista con unos pocos hombres y no con el poderoso ejército que esperaban.

A fuer de sincero debo admitir que tampoco evalué correctamente el impacto que algunas actitudes mías podían tener entre los habitantes de Ascensión. Así, por ejemplo, ellos nunca aceptaron de buena gana que yo hubiese usado las palmas que habían acarreado para cercar el pueblo en la construcción de mi casa y de las caballerizas. Igualmente sé que les molestó que, durante la expedición en busca de los metales preciosos, hiciera cargar a los indios con mi cama de campo, una silla con orinal y varias cajas con ropa mía.

Existen prerrogativas de sangre que en España no se hubieran discutido pero las condiciones en las que transcurre la vida de esta gente y su generalizado origen bajo, les han hecho olvidar las más elementales reglas de urbanidad. La grosería y los desmanes de Irala tienen mucho más que ver con sus costumbres que mi trato cortés pero distante. Nunca se sintieron cómodos conmigo, ni yo lo estuve con ellos. Toda mi vida igual. Si Jerez, Sevilla; si Sevilla, las Indias; si las Indias, España; si España, las Indias; si distinto con los distintos, igualmente distinto con los iguales; si mis hermanos Vera, yo Cabeza de Vaca.

II. Domingo

Más rápido de lo que tú imaginaras, más lento de lo que yo esperaba, el momento de tu derrota ha llegado. Sería injusto responsabilizarte por todo lo que ha pasado. Culpa de Carlos I, no tuya, fue que se te nombrara en un puesto de mando para el cuál no estabas preparado. También es cierto que pudiste rechazarlo y no lo hiciste pero es muy difícil pedir a un hombre que tenga ideas claras sobre los límites de sus capacidades. Supongo que tu famosa caminata en el norte (de la que nosotros tuvimos noticias recién a tu arribo a esta provincia) te hizo conocer muchas tribus indias y pensaste que sería tan fácil relacionarte con las de esta tierra como con las de aquéllas. Craso error Alvar. Allí, tú y tus compañeros fueron hacia los indios para que los recibieran y hospedaran, aquí, viniste para someterlos.

Recuerdo en este momento que eres nieto de Pedro Vera y ni yo mismo puedo creerlo. Él sí que supo como debía comportarse un conquistador; al décimo nativo de las Canarias muerto, ya nadie le oponía resistencia. Los demás fueron porque sí, gratuitos, para que no quedaran dudas de lo absoluto que era su absoluto poder. Y tú, su descendiente, hablando de dar un buen trato a los indios, de convencerlos con buenas razones para acercarlos a nosotros y al buen Dios ¡Regalando cuentas y bonetes de grana a cambio de sus alimentos! ¿Para qué, Alvar, para qué? Dos arcabuzazos, tres estocadas y ya los hubieses tenido a todos calladitos, apoyando tus iniciativas y cumpliendo tus órdenes. A propósito, ¿nunca se te ocurrió pensar que la amistad de los guaraníes se debió más a los ataques que hicimos en conjunto contra sus enemigos tribales que a tus obsequios y sonrisas?

¡Y tu insistencia con el tema del respeto para con las mujeres indias! Perdona, pero si no fuera que Juana vivió contigo y lleva en su vientre un hijo tuyo, creo que hubiera llegado a dudar de tu hombría. ¿Desde cuándo un vencedor no puede disponer de las mujeres del vencido? ¡Si hasta los indios se asombraban con tus órdenes! Sabes muy bien que el hecho de que dispusiésemos de sus mujeres no debía molestar mucho (de acuerdo, había excepciones como los nativos de la Candelaria y alguna que otra tribu aislada) a quienes estaban acostumbrados a que sus caciques nos regalaran sus hijas. De hecho, dos de mis siete concubinas son hijas de principales. Por supuesto que la piel de todas ellas es oscura y sus ojos no son claros ni su pelo rubio como el de Juana ¿Hubieses podido acostarte con alguna si no hubieses dado con la viuda del capitán de Ayolas? (entre nosotros, parece que algo tienes para agradecerme...) ¿Cómo hiciste en el norte? ¡Seguro que no te acercaste a una sola mujer en todo tu viaje! ¿Un Cabeza de Vaca

con una india? ¡No lo permita Dios! Una cosa es ser amistoso con ellas y otra muy distinta bajarse del pedestal y yacer juntos.

Unas preguntas más quisiera hacerte ¿Qué te hizo pensar que estabas habilitado para comandar a otros compatriotas? ¿Cuándo desarrollaste tal capacidad? ¿Creías que un servicio militar fuera del país y sofocar la rebelión de unos cuantos paisanos te autorizaba para conducir ejércitos? ¿Alguna vez te planteaste que los hombres que se alistaban para venir a estas regiones tenían que ser más duros que el hierro de tu espada y encontrarse muy ávidos de aventuras o muy maltratados por sus circunstancias? ¿A ellos pensaste que lograrías disciplinarlos arrojándoles ordenanzas y decretos por la cabeza?

Necio hasta el fin, ni siquiera buscaste el apoyo de los que serían tus oficiales. Al llegar no tuviste mejor idea que suprimir los impuestos que cobrábamos directamente a los pobladores ¿Y si a Carlos no le llegaba el dinero, qué? Adivina quiénes dejan todos los días su pellejo para extender sus excelsas y reales posesiones.

Desde que apareciste en Ascensión siempre has mantenido tu actitud distante para con nosotros, tus pares. Por tu propia decisión, te empeñaste en mostrarte como el más fiel de los súbditos, el más honrado, el más generoso y comprensivo. Ni hincando mi rodilla ante ti hubiese logrado que actuaras mejor para lograr el repudio de tus camaradas de armas. Sé que entre los pobladores no faltan quienes simpaticen contigo pero si entiendes algo del arte de gobernar a la gente comprenderás que, más allá de las razones que asistan a cada uno, la fuerza es la que finalmente desequilibra la balanza.

Escondido entre los bastidores he estado aguardando que cayeras del lugar que me pertenece. Ha llegado mi hora, el escenario me espera para que vaya a ocupar su centro.

Propios y extraños

La mala fe con la que los oficiales rebeldes acompañaron sus acciones quedó en evidencia el mismo día en el que el gobernador fue encarcelado.

Horas antes de hacerlo, se acercaron a unos cien pobladores y les contaron que era intención de Cabeza de Vaca repartir las haciendas, casas e indias que les pertenecían, entre los cristianos que habían vuelto con él desde Puerto de los Reyes. Para poder evitarlo los incitaron a concurrir esa noche frente a su residencia y plantear allí sus reclamos.

A la hora del Avemaría, doce de los conjurados entraron en la habitación donde Alvar continuaba convaleciente de la enfermedad que contrajo por beber las malas aguas del Puerto de los Reyes. Al irrumpir en sus habitaciones, negaron a los gritos que estuviese efectivamente enfermo y lo acusaron de haberse encerrado en su casa para evitar el trato con los pobladores. Su enfermedad fue traducida como un acto de soberbia. Inmediatamente, y vociferando "¡Libertad; viva el rey!" colocaron un arpón y varias ballestas contra su pecho y lo sacaron a la calle asegurándole que pagaría las ofensas que les había infligido.

Cuando los habitantes que los sublevados habían convocado vieron lo que ocurría, tuvieron por falsas las acusaciones que contra el ahora prisionero habían escuchado. Entendieron que los oficiales no los habían llamado para que planteasen sus demandas al gobernador sino para fingirse apoyados por el pueblo de Ascensión y se retiraron a sus hogares.

Empujado por brazos y armas, Cabeza de Vaca fue trasladado hasta la casa de uno de los rebeldes y arrojado adentro de una pequeña habitación donde se le colocaron grilletes en los pies. Para mayor seguridad se le asignó una custodia permanente a cargo de dos hombres que permanecían día y noche en una habitación vecina a la suya.

Las acciones de sus enemigos no terminaron allí; el Alcalde Mayor, el Alguacil y el Escribano de la Provincia (de quien tomaron hacienda y escrituras) fueron arrestados y conducidos a la cárcel donde se los colocó en el cepo. Por último se dirigieron a la residencia del gobernador, abrieron las arcas, robaron sus pertenencias y las repartieron entre sus amigos.

Apresados ya todos los que ellos deseaban, un pregonero salió por las calles de la ciudad e hizo conocer las órdenes de los oficiales que prohibían a los habitantes salir de sus viviendas después de determinada hora, así como reunirse en la vía pública en grupos de más de dos personas. Al día siguiente, se convocó a todos los pobladores a que se reuniesen frente a la casa de Domingo Martínez de Irala. Cuando todos estuvieron allí, los complotados repitieron el argumento de haberse visto obligados a defenestrar a Cabeza de Vaca para impedir que se apropiara de las posesiones de los moradores de Ascensión y que los esclavizara. Como la mentira se vuelve creíble por repetición, esta vez la gente que la escuchaba dio crédito a las palabras de los alzados y todos juntos vivaron a Irala que fue nombrado Teniente de Gobernador y Capitán General de la Provincia.

El guipuzcoano no había participado de manera directa en los hechos. Encerrado en su casa, se mantuvo alerta a su desarrollo y desenlace. Su proceder le permitió, posteriormente, ubicarse en el lugar del que es forzado por las circunstancias y no en el de que las fuerza.

Sin embargo, el paso de los días fue permitiendo la reflexión y muchos de los habitantes comenzaron a pedir por Alvar y a repudiar lo que había sucedido. Sólo prisión y pérdida de su hacienda lograron sus seguidores e incluso hubo muchos de ellos que, buscando asilo en las iglesias, fueron sitiados hasta que el hambre los obligó a rendirse. Pese a todo, el alboroto y las luchas entre bandos continuó extendiéndose, pobladores había que luchaban contra el proceder de los oficiales y otros había que los defendían. La

división interna determinó que todos los españoles se enfrentaran entre sí.

Ante tanta alteración, los conspiradores cercaron las calles donde vivían y levantaron empalizadas alrededor de sus residencias. Estaban sobresaltados, con las armas siempre al alcance de la mano, vigilando la casa donde el ex gobernador permanecía encerrado y también las cercanas a ella pues temían que desde allí sus partidarios cavasen túneles para venir en su rescate. El temor los llevó a redoblar el número de guardianes y no dudaron en amenazar al jerezano con cortar su cabeza si sus seguidores irrumpían en la prisión.

Alvar, mientras tanto, continuaba con los pies engrillados y tiritando de fiebre en la húmeda oscuridad de aquella habitación devenida calabozo. Una india le alcanzaba la comida todos los días y, escondido entre los dedos del pie, traía siempre un medio pliego de un papel muy delgado en el que sus aliados le daban a conocer las nuevas.

El primer mensaje que recibió no fue en verdad de orden político, su remitente era Juana. "Alvar, mi amor. Me piden que sea breve cuando bien sé que no alcanzaría toda la tinta y el papel que hay en el mundo para escribir lo mucho que te quiero. Dios no desea que sigamos juntos pero alivia mi dolor encarnándote en un hijo que pronto estrecharé en mis brazos. Yo nada puedo dejarte salvo mi recuerdo. Espero que él te abrigue y te acompañe como el tuyo me abriga y me acompaña a mí. ¡Adiós, hasta siempre, te amo!"

El prisionero leyó el mensaje después que la india se hubo retirado y, por precaución ante la posibilidad de alguna requisa, lo deshizo en pequeños pedazos y los fue tragando. Como en la misa la comunión, también entonces el rito alivió su alma.

Leonor (éste era el nombre de la mensajera) era una india guaraní a quien Alvar no recordaba haber conocido. Su disposición para ayudarlo llamó su atención y por eso quiso conocer sus motivos.

-Leonor, no tengo palabras para agradecerte lo que estás haciendo por mí. Conozco el riesgo que corres y quisiera saber por qué lo haces.

-Señor gobernador, yo sé que para usted yo soy una india más pero, para mí, usted no es un cristiano más. Nunca hasta su llegada nos habíamos sentido protegidos y cuidados. Sabíamos que su

trato generoso era rechazado por la mayoría de los españoles acostumbrados como estaban a hacer lo que querían con mi gente. Con su presencia, nuestras posesiones fueron respetadas, los tratos cumplidos y nosotras, las indias, volvimos a acostarnos con quienes queríamos y no con quienes nos obligaban. Si usted, señor gobernador, corrió riesgos para ayudarnos a nosotros, yo, una pobre india, bien puedo correrlos para ayudarlo a usted.

Como Leonor también traía entre sus dedos unos polvos que al mojarse con saliva hacían las veces de tinta, Cabeza de Vaca podía contestar sin problemas las notas que recibía.

Los oficiales sospechaban que, de algún modo, el jerezano estaba en comunicación con sus adeptos y continua y exhaustivamente revisaban a la india para ver si era ella quien pasaba los mensajes pero, por más que llegaron a dejarla en cueros, nunca descubrieron la artimaña. En su búsqueda llegaron a pedir a cuatro cristianos que se acostaran con ella y trataran de encontrar el escondite pero, por más que Leonor aceptó gustosa todas las invitaciones, tampoco ninguno de ellos pudo lograr su cometido.

Con el tiempo, la india se transformó en un maravilloso recuerdo para el prisionero. Ella nada le debía, salvo el buen trato, y fue él finalmente quien quedó como deudor de su coraje. Cada vez que llegaba era sometida a la humillante inspección y en ella se jugaba la vida de ambos. Esta mujer, esta india que sin necesidad ni premio lo apoyó fue, más allá de su credo, una de las mejores cristianas que Alvar conoció en su vida.

Mientras tanto, la ausencia de Cabeza de Vaca en el ejercicio del poder impulsó a los hombres de Irala a reiniciar sus viejas costumbres. Las mujeres indias fueron nuevamente abusadas, los indígenas en general, saqueados, apaleados y esclavizados. Los guaraníes comenzaron a despoblar sus tierras y a huir buscando refugio en los cerros y muchos de ellos que se habían inclinado hacia la fe cristiana, abandonaron su creencia en el Dios de los conquistadores y volvieron a sus cultos paganos. Esto último se vio favorecido por la actitud del grupo de españoles insurrectos que, para compensar sus atropellos, intentó congraciarse con los indios permitiéndoles nuevamente la práctica de la antropofagia que, en su momento, Alvar Núñez había prohibido.

En Ascensión comenzó por entonces a aparecer pintada una leyenda que se repetía en muchas de sus paredes y que rezaba "Por

tu rey y por tu ley morirás"; los enemigos del ex gobernador enloquecieron y dieron tormento a todo aquél que fue encontrado escribiéndola. El temor al castigo real por la traición cometida los perseguía y aumentaba su crueldad hacia quienes se lo recordaban.

Finalmente, y habiendo transcurrido un año desde la detención de Alvar Núñez, los oficiales decidieron que la única forma de lograr que los ánimos se aquietaran era sacando al prisionero de la ciudad y enviándolo a España. Para llevar adelante su propósito, comenzaron por llamar a dos religiosos y a dos caballeros para que lo vieran y pudiesen atestiguar ante los demás vecinos que, pese a que se rumoreaba lo contrario, todavía estaba vivo.

Cumplido lo anterior, se escribieron varios documentos conteniendo diversas denuncias contra su persona y sus actos y en ellos llegaron a sostener que Cabeza de Vaca había deseado convertirse en "Rey y Papa del Paraguay". Todas las acusaciones fueron redactadas para ser enviadas en el mismo bergantín en el que el prisionero iba a ser embarcado.

Sus partidarios, en tanto, pudieron acercarse y llegar a un acuerdo con un carpintero que trabajaba en el barco. Por su intermedio, lograron esconder en un madero de la popa, convenientemente ahuecado por su aliado, escritos que el jerezano había concluido antes de que lo prendiesen y que tenían por objetivo informar a su majestad sobre la situación en la que se encontraban sus dominios. Otros documentos confeccionados por sus seguidores explicaban todo lo ocurrido en aquella región desde el momento en que Alvar había sido hecho prisionero y denunciaban la falsedad de los cargos que contra él se habían levantado. Todos los papeles fueron colocados en el mismo escondite.

Prisionero, cargos y descargos, navegarían juntos hacia el rey.

Volver

C oncluidos los aprestos, Cabeza de Vaca fue arrastrado fuera de la prisión; estaba tan débil que no podía caminar sin ayuda. Sin embargo, las fuerzas le alcanzaron como para aprovechar la presencia de algunos vecinos y manifestar ante ellos, en voz alta, que nombraba como lugarteniente al capitán Juan de Salazar de Espinosa. A él le confiaba el ejercicio de la gobernación hasta tanto su majestad hiciera conocer su voluntad. Sus palabras enojaron aún más a sus enemigos dado que muchas veces habían intentado que el prisionero dejara formalmente a Irala al frente de la Provincia y nunca lo habían conseguido. Alvar Núñez no estaba dispuesto a sumar su propia traición a la de sus hombres.

Asido de los codos por dos de los rebeldes, acompañado por un cortejo de soldados con las armas prestas, el ex gobernador fue llevado al bergantín. Allí se le colocaron nuevamente los grilletes y se le arrojó solo y a oscuras en una hedionda sentina. Aislado de toda presencia humana, una terrible angustia comenzó a sofocarlo, se ahogaba y no sabía qué hacer para evitarlo. No sólo estaba teñido de negro su pasado sino también su futuro todo. Los años habían pasado y ya era un viejo de más de cincuenta que no había logrado lo que se propuso, que no había alcanzado gloria ni riquezas y a quien no le restaba tiempo de vida para volver a intentar nada. Él no ignoraba que cuando se adquiere la experiencia ya no se tiene lugar para aplicarla.

Alvar pensaba que los hombres carecen de la capacidad de adivinar el futuro y a ciegas tantean su destino pensando que sus ojos están bien abiertos y la luz es plena. El tiempo se encarga de hacerles comprender su equivocación. Si sus enemigos hubieran decidido matarlo, al menos no tendría que enfrentar la existencia gris que le esperaba en España. Se adivinaba afrontando un largo Juicio de Residencia, con cargos y descargos, mientras lo acompañaba la convicción absoluta de que todo había sido para nada. Hasta ese momento, sus errores y sus fracasos nunca los había tenido por definitivos, siempre había confiado en que la próxima oportunidad iba a ser la buena, pero ya no podía engañarse, sabía que existía el nunca más y debía convivir con la certeza de que lo no alcanzado permanecería como tal para siempre.

Al hijo que he concebido no lo he llegado a conocer, nunca podré verlo crecer a mi lado y la mujer que he amado debió alejarse de mí tan rápidamente como ahora lo harán estas tierras hostiles que nunca me aceptaron. Es posible que en España me espere María, pero esto ya dejó de ser una esperanza para convertirse en un tormento. Quizás ella se haya cansado de mis ausencias y esté con otro hombre. Justicia divina sería si tal cosa sucediese pero no sé hasta dónde, en este caso, deseo que Dios sea justo.

En lo que hace a mis funciones no he logrado fundar nuevamente a Buenos Aires, ni pacificar definitivamente a los indios, ni conseguir el oro y la plata que España espera. Más aún, estoy seguro de que a nadie le importarán las cataratas que descubrí y que en algún momento fantaseé como mi gloria. Si mi apellido materno carecía de brillo épico, no parezco ser yo el llamado a dárselo.

El jerezano siempre había creído que acatar las normas era la mejor manera de asegurar una buena convivencia entre los hombres y de recibir la bendición de Dios; la experiencia le mostraba el triunfo de quienes las ignoraban y la indiferencia divina ante sus crímenes. Indios y cristianos podían ser maltratados, traicionados y muertos sin que nada, salvo el silencio más profundo, bajara desde el cielo.

El Juicio de Dios

Embarcados ya los oficiales y los tripulantes en el bergantín que hacía las veces de cárcel, comenzó la navegación aguas abajo por el río Paraguay y luego por el Paraná.

Dos días después de haber iniciado el viaje, el prisionero escuchó un barco que se acercaba y percibió gritos y forcejeos del otro lado de la puerta, la que repentinamente se abrió para dar paso a dos nuevos prisioneros. Pedro Estopiñán Cabeza de Vaca y Juan de Salazar de Espinosa, ambos partidarios del ex gobernador, también habían sido apresados e iban a compartir con él el regreso a España.

-¡Pedro, Juan! Flaco favor les he hecho al brindarles mi confianza. Tú, Pedro, fuiste nombrado al frente del grupo que desde la isla de Santa Catalina envié hacia Buenos Aires. Tú, Juan, fuiste designado como sucesor mío al frente de la gobernación. Veo que mis enemigos no les han perdonado mi reconocimiento. Lamento que, por mi culpa, hoy se encuentren en esta situación.

-Alvar, amigo, mal haces en hablar así. No existe circunstancia alguna que pueda hacerme lamentar el haberte acompañado antes en tu empresa y ahora en tu injusto encierro.

-Calla ya, compañero. Honor ha sido para mí el tenerte como amigo y mayor honor el compartir contigo los enemigos. Si nuestra prisión sirve para aliviar tu desazón, bienvenida sea. No te preocupes, Alvar, con los documentos que llevamos escondidos en este barco y con nuestros testimonios, toda esta conjura contra ti será rápidamente desmontada a poco que lleguemos a España.

-Difícil me resulta explicarles lo que para mí valen sus palabras. Meses y meses he pasado sin escuchar otra cosa que injurias y amenazas. Me he sentido muy solo y muy mal. Me pesa todo lo que he perdido y todo lo que no he alcanzado, pero más aún me pesan mis propios errores. No puedo dejar de pensar en mi ceguera ante las maniobras de Irala, el no haber considerado cuan bajo puede llegar incluso aquél que no tiene la excusa de una mala cuna. También me culpo por actitudes mías que pudieron ser consideradas ofensivas pero que, en realidad, sólo fueron inadecuadas para el lugar en el que nos encontrábamos. Pero basta ya, tampoco yo, como el último rey moro de Granada, debo llorar como mujer lo que no supe defender como un hombre.

-¡Ni tienes por qué hacerlo! Lo que tuviste enfrente no fue un ejército de hombres sino un montón de serpientes venenosas. Comprendo tu pena pero creo firmemente en que Dios no sólo te absolverá en el Cielo sino que también te ofrecerá una recompensa en la tierra para que olvides todo lo que has sufrido.

-¡Pues entonces me pondré contento porque ella habrá de ser muy abundante!

Pero los padecimientos de Cabeza de Vaca no habían concluido. Sus enemigos no se dieron por satisfechos con haberlo privado de títulos legítimos y hacienda, con haber perseguido a sus seguidores o con mantenerlo engrillado como un malhechor. Pasados unos días desde la partida, el jerezano comenzó a experimentar fuertes dolores de estómago y violentos vómitos. No dudó en interpretar estos hechos como signos de envenenamiento (probablemente con sales de arsénico) y rápidamente comenzó a mezclar aceite con polvos que había traído ocultos entre sus pertenencias suponiendo que esta situación podía presentarse.

Con el brebaje que tomó y su negativa a ingerir un solo bocado de la comida que sus adversarios le acercaban pudo recobrar su salud. Lo que no logró fue que los dos criados que lo acompañaban cocinasen para él de allí en más. Por necesidad, y con todo el temor del caso, debió aceptar nuevamente las viandas que los del barco le preparaban. Afortunadamente, sus captores no volvieron a intentar asesinarlo.

Navegando siempre río abajo, llegaron al mar y, apenas entraron en él, una terrible tormenta se desató llenando el bergantín de agua y arruinando todas las provisiones. El cielo estaba negro y cruzado

por la luz de los rayos, las olas se elevaban en columnas que se precipitaban sobre la cubierta, el casco crujía y todo anunciaba el naufragio. Los oficiales que estaban a cargo del barco entendieron que lo que estaban sufriendo era la manifestación de la ira divina que los condenaba a morir por haber perseguido y encarcelado a un justo. Cuando llegaron a esta conclusión, para calmar tanto enojo bajaron a la sentina, besaron los pies de Cabeza de Vaca, abrieron los grilletes y rogaron su perdón por todos los ultrajes de los que lo habían hecho víctima.

Buscaban que Alvar Núñez los disculpara, él así lo hizo... y la borrasca terminó.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca (II)

El viento canta en las velas y el barco hunde su proa en el agua espumosa. Las tierras que soñé conquistar son apenas una línea oscura en el horizonte. Nada hicieron por unirme a ellas y tampoco nada me une a la tierra hacia las que nos dirigimos.

Uno puede irse pero nunca debe volver, lo que encuentra nunca es lo que abandonó. Toda esperanza de regreso al mismo lugar es vana. Ni España, ni Sevilla, ni Jerez, ni siquiera María son ahora como yo los recuerdo. Tampoco Juana sería la misma si yo algún día pudiese volver a buscarla. La experiencia la tuve cuando volví de mi primer viaje y por esa causa inmediatamente comencé el segundo; la anticipación de las penas que me esperaban no lo hubiera evitado en aquel entonces.

Siempre pensé que en algún sitio debía existir un espacio a mi medida del cual pudiera hacerme dueño y de donde nunca buscaría ausentarme. A veces supongo que incluso el honor y la gloria jamás me importaron tanto como dar en mi camino con ese sitio que me rodearía y abrazaría sin hacerme sentir extraño a él. No lo encontré, ni siquiera sé si lo que faltó fue el lugar o que yo percibiese que estaba en él.

El barco se mece, acuno mis penas y me refugio en mi fe mientras transcurro entre los marineros que respetuosamente me abren paso y acompañan con su mirada todos mis movimientos.

Acá vuelve el caballero que nunca debió partir.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca (III)

Alvar Núñez Cabeza de Vaca "murió en Valladolid harto pobre
caballero"

Alonso Gómez de Santaya

Verdadera relación de lo que sucedió al gobernador Jaime

Rasquiza

(Posterior a 1560)

Índice

Introducción	11
Álvar Núñez Cabeza de Vaca (I)	19
Jerez de la Frontera	21
Sevilla	27
María	33
Primer viaje	37
El norte del nuevo mundo	43
La Huida	49
Ausencias	55
Los sanadores	57
El reencuentro	65
Estebanico	71
El regreso	75
Naufragios	79
El Nombramiento	85
Segundo viaje	89
El sur del nuevo mundo	91
Domingo Martínez de Irala	99
Ascensión	103
Santa María del Buen Ayre	107
Los indios	109
El incendio	115
Las tierras de rey blanco	117
En busca del tesoro deseado I El viaje por el río	121
Puerto de los Reyes	127
En busca del tesoro deseado II El viaje tierra adentro	133
Las Amazonas	137
Juana	143
Perspectivas	147
Propios y extraños	153
Volver	159
El juicio de Dios	161
Álvar Núñez Cabeza de Vaca (II)	165
Álvar Núñez Cabeza de Vaca (III)	167

Existe otro mundo mejor y está en este

Somos optimistas bien informados. Los que integramos CICCUS sabemos que, en gran medida, el desencuentro humano obedece a la inequidad en la distribución y disfrute de los bienes tanto materiales como intangibles. Y no pecamos de ingenuos cuando creemos que esto se debe y se puede corregir.

Nuestros cuidadosos libros divulgan textos de reconocidos especialistas e investigadores que animan valores tales como la cooperación, la solidaridad, el respeto a la naturaleza y la adhesión gozosa de lo diverso desde la propia identidad.

Crisis: oportunidad y/o conflicto. Siempre depende de nosotros elegir, decidir. Nosotros y nuestros autores ya lo hicimos.

El libro como creación cultural es una aventura que se recrea con los lectores, necesita de su complicidad.

Para leer, sentir, pensar y actuar situados.

Consejo de Administración:

Juan Carlos Manoukian, Mariano Garreta, Susana Ferraris, Enrique Manson, Violeta Manoukian, Héctor Olmos.

EDICIONES
ciccus
CENTRO DE INTEGRACIÓN
COMUNICACIÓN, CULTURA Y SOCIEDAD

Bartolomé Mitre 4257 - PB "3"
C1201 ABC - Ciudad de Buenos Aires
(011) 4981-6318
www.ciccus.org.ar

Harto pobre caballero, como toda novela histórica, es un intento de encuentro, de cruce, entre ficción y realidad. No es casual la elección del género para relatar la historia de un protagonista marcado por el acercamiento entre los diferentes. Alvar Núñez Cabeza de Vaca nació en Jerez de la Frontera, España, y podría afirmarse que esa frontera, ese lugar de arribo y separación entre diversas culturas, habría de acompañarlo toda su vida. De pequeño, cristianos y musulmanes; ya adulto, cristianos y americanos nativos. Su lugar de crianza le facilitó un reconocimiento del otro, original y distinto dentro de su época. Podemos conjeturar que también su historia personal y la ubicación que dentro de la constelación familiar le dio su apellido, facilitaron esa apertura. Ese mismo apellido que, generalmente, recordamos más por lo insólito del mismo que por la valoración de quien lo portara.

Extraño destino para quien protagonizara tantas situaciones y circunstancias extraordinarias a lo largo de gran parte de su vida. Darlas a conocer y humanizar al Adelantado es el propósito de este libro.

Enrique Manson

ISBN 978-987-1599-31-8



9 789871 599318